



เปลี่ยนรัก ด้วยแมวแล้วเลี้ยง

CAT FOR CASH



INTRO

Cat for Cash

Lynx, un intérprete que odia a su madre y a los gatos, se ve obligado a hacerse cargo del café de gatos de su madre, además de trabajar junto a Tiger, el atractivo cobrador de deudas (*y fanático certificado de los gatos con la habilidad de entender los maullidos de los felinos*) para saldar la deuda que su madre acumuló.

Nightly Solace at the Silent Cats Café
por fohlenfeder

Resumen

Lynx dirige a regañadientes el café que su madre le dejó y cuida de los gatos que venían con él.

Ellos traen consuelo y amor a los distintos clientes y a sus diferentes tipos de tristeza, pero el enorme vacío de soledad en el corazón de Lynx es algo que ni siquiera ellos pueden llenar. Un cliente habitual podría cambiar eso.

Nota de Autor

Bienvenidos a la edición 2025 de mi historia de diciembre.

Empecé a escribirla en noviembre, veamos si logro terminarla a tiempo este año. Esta es mi versión de Tiger y Lynx. Ojalá no pase tanto tiempo para que los conozcamos de verdad.

Los capítulos son cortos, habrá un poco de angst, algo de fluff, café y ¡gatos!

Gracias de nuevo a todos los que se ofrecieron como voluntarios y se convirtieron en un gato en mi historia. Espero que les gusten sus papeles.

Y no se preocupen, no he abandonado mis otras historias...

Feliz lectura <3

Por favor, déjenme saber qué piensan.

Capítulo 1: Noche Uno - Frío en el silencio

El café estaba en silencio, tal como su nombre prometía. El mundo afuera estaba oscuro; la mayoría de la gente ya dormía, perdiéndose la forma impresionante en que las Auroras Boreales iluminaban el cielo con colores vibrantes.

Lynx las había observado desde una ventana durante un rato; las luces del café detrás de él estaban en el nivel más bajo. Le habría encantado salir y ver las luces en toda su belleza, sin vidrio de por medio, pero la puerta del café ahora solo funcionaba para los clientes, no para él. Ya no.

Lo había intentado. Oh, cómo lo había intentado, una y otra vez, sin éxito. Desde que su madre murió y él regresó a su lugar para vivir ahí de forma permanente, no podía abrir esa puerta, sólo veía a los clientes entrar y salir por ella.

Las luces eran una señal segura de que alguien vendría al café esa noche. Había clientes otras noches también, a veces. Cuando recién empezó a llevar el café solo, los gatos lo alertaban cuando sentían que venía un cliente y lo hacían preparar todo. Pero ahora, y especialmente en noches como esta, ya no necesitaba su advertencia.

En noches como esta, Lynx detestaba el café y a los gatos.

Era un refugio silencioso para almas solitarias, que les brindaba consuelo en forma de un abrazo en una taza, una palabra amable o el ronroneo de un gato en su regazo.

Cada noche, el café aparecía en un lugar diferente, en una ciudad distinta, donde más se necesitaba. La gente lo encontraba sin siquiera saber que lo estaba buscando. A veces había hasta cuatro clientes por noche, en otras solo uno. Venían por razones distintas, con necesidades diferentes, pero todos se iban un poco más ligeros de lo que habían llegado, con una pequeña chispa de esperanza, de amor en el corazón. Y en noches como esta, Lynx los odiaba por eso.

Lynx tenía frío. No debería tenerlo, ya que el café estaba perfectamente climatizado para la comodidad de los gatos, que descansaban en diferentes camas o almohadones felinos, y tenía un aura de calidez y acogida, pero él tenía frío. Frío por dentro. Su corazón parecía congelarse un poco más con cada día que pasaba, dejándolo temblando incluso con una taza de chocolate caliente entre las manos.

Cuando las campanitas sobre la puerta anunciaron al primer cliente de la noche, su corazón recibió otra pequeña grieta. El sonido de las campanitas plateadas le recordaba tanto la risa de su madre. Un sonido que rara vez iba dirigido a él.

Nunca se había decidido a cambiarlas.

Algunas noches, ese sonido lo llenaba de calidez y recuerdos felices de ella. En noches como esta, solo había temor.

Lynx lo odiaba. Odiaba que el lugar fuera reconfortante para los demás, para los gatos, pero nunca para él.

Se odiaba a sí mismo por pensar así, sintiendo que su corazón se enfriaba más cada día. El café era para las almas perdidas y solitarias. Había visto a tantas, sabía cuánto lo necesitaban.

Pero ¿quién veía su soledad? ¿Quién guiaba su alma perdida de vuelta a la luz? Ni siquiera los gatos parecían notar la oscuridad creciente dentro de él. ¿Era porque formaba parte del café que no podían ayudarlo como a todos sus clientes?

Lynx no recordaba cuándo había empezado a sentirse así, cuándo el legado de su madre y su café se había vuelto demasiado pesado.

El café siempre había sido un lugar extraño para él. Era donde su madre pasaba la mayor parte del tiempo, atendiendo a los clientes y a los gatos. Cada uno de ellos había sido un callejero, llegando al café con sus propias historias y quedándose por sus propias razones. A veces Lynx se preguntaba si también él tendría que convertirse en un callejero para conseguir la atención y el cariño de su madre, que alguna vez había anhelado tanto.

Había salido al mundo y abrazado todo lo que este le ofrecía, ausentándose por períodos cada vez más largos hasta que casi olvidó cómo regresar. Su madre no parecía notarlo. Siempre lo recibía de la misma forma, sin importar si había estado fuera un día, una semana o varios meses.

Ahora el café era suyo, y cada día se sentía más como una prisión, cuando el único lugar al que podía ir era el jardín trasero de la casa, y las únicas personas con las que podía hablar eran el veterinario, el repartidor y, por supuesto, los gatos del café.

Lynx sentía la soledad hasta en los huesos, y eran noches como esta, con las Auroras Boreales superando en belleza todo lo de afuera, las que lo hacían desear con todas sus fuerzas que alguien llegara a aliviar el peso de su corazón.

El primer cliente de la noche fue un hombre alto de rostro serio. Miró directamente a través de Lynx, o tal vez simplemente no lo vio detrás del mostrador, intentando fundirse con la antigua registradora.

El hombre dio tres pasos hacia adentro, buscó un lugar para sentarse, vio a los gatos y su rostro serio se transformó en una amplia sonrisa (*una sonrisa con los hoyuelos más adorables que Lynx había visto jamás.*)

“¡Awww, gatitos!”

Su voz era sorprendentemente suave y alegre, distinta a tantas otras que Lynx había escuchado antes.

El hombre se arrodilló, atrapó a uno de los gatos más cercanos y comenzó a arrullarlo y acariciarlo a su antojo. Pasó toda la noche en el suelo, jugando con la mayoría de los gatos y mimándolos, sin dejarle a Lynx otra opción más que observar con un poco de envidia en el corazón, mientras tomaba té verde con un toque de jengibre para mantenerse caliente.

No llegó ningún otro cliente.

El extraño se fue cuando todos los gatos se habían acomodado, despidiéndose de cada uno de ellos, incluso de los más tímidos que no se habían acercado, pero ignorando de nuevo a Lynx. Ni siquiera había pedido una bebida, pero tal vez la compañía de los gatos había sido todo lo que necesitaba.

Capítulo 2: Noche Dos - Corazones Grises

El alto desconocido con los hoyuelos adorables volvió la noche siguiente.

Le sorprendió a Lynx. No era que esto nunca ocurriera, pero era raro, y el hombre no parecía estar en un estado que necesitara varias noches de apoyo y compañía de los gatos o del café.

Lynx dejó que su mirada recorriera el lugar. Alejándose del invitado rodeado de gatos, buscando cualquier cosa que pudiera distraerlo de esa escena.

¿Siempre había sido el café tan gris?

Lynx estaba seguro de haber limpiado y desempolvado cada rincón, pero aun así parecía haber un velo gris cubriendo todo. Atenuaba la viveza de los colores, haciendo que el café se viera como una fotografía desvaída.

El alto desconocido pasó su tiempo nuevamente con los gatos, hablándoles en voz baja, como si supiera que podían entenderlo. Esta vez, todos los gatos recibieron caricias de él. Incluso aquellos que normalmente no les gustaba que los tocaran, especialmente por alguien desconocido. Era raro ver a Lady, la gata persa negra y altanera, pidiendo caricias en la cabeza de esa manera, o a Cheddar, el curioso pero tímido gato naranja que había llegado al café solo un año antes de que muriera su madre, abandonando su lugar seguro de observación en uno de los estantes para recibir mimos suaves. El desconocido

incluso había logrado atraer a Celeste, que también era más de observar y rara vez bajaba de su sitio en la torre de gatos más alta.

Lynx intentó ignorar la voz del hombre y la envidia que sentía en su corazón. Los gatos lo escuchaban con tanta atención; le recordaba a las veces que había visto a su madre hablarles. Cuando él les hablaba, rara vez conseguía su atención completa. Siempre andaban corriendo, jugando, comiendo o durmiendo. Ahora, parecían ignorarlo también a él.

Deseaba poder ser como el desconocido, jugar y sonreír tan despreocupado con los gatos y tener toda su atención. También deseaba poder entender a los gatos como parecía hacerlo el hombre. Y una pequeña parte de él, que apartaba apenas la reconocía, quería que esa hermosa sonrisa del desconocido se dirigiera hacia él, que fuera la única razón de esos hoyuelos.

No era la primera vez que Lynx anhelaba una sonrisa solo para él, que alguien lo viera por quien realmente era. Siempre había soñado con alguien que lograra acercarse a su corazón. Una figura borrosa, mucho más apta que él para cuidar a los gatos, y con un corazón lo suficientemente grande como para que hubiera un espacio para él también. Un rinconcito diminuto donde Lynx pudiera instalarse. Un lugar cálido, como un abrazo suave.

Los días después de esos sueños eran los más duros para Lynx. Despertar con las mejillas empapadas en lágrimas, el corazón lleno de un anhelo por algo inalcanzable. Incluso la cercanía de los gatos durmiendo a su alrededor, dándole compañía y apoyo silencioso, nunca era suficiente para ahuyentar la soledad que se quedaba.

Esa noche, al menos, había otro cliente que fue una distracción bienvenida para Lynx.

El nuevo invitado también era un hombre alto, pero ahí terminaban las similitudes. A diferencia del desconocido de los hoyuelos, que vestía ropa cómoda y en tonos cálidos, este llevaba lentes negros, un traje oscuro con corbata oscura y, en marcado contraste con su atuendo formal, un yeso en el brazo derecho y en la pierna izquierda, lo que lo obligaba a usar una muleta.

Lynx lo ayudó a llegar a la mesa más cercana, asegurándose de que estuviera lo más cómodo posible con sus lesiones, y le leyó el menú de la noche. A primera vista, Lynx habría jurado que el hombre pálido y de aspecto miserable pediría un café negro. Una bebida que combinara con su ropa.

Pero recibió otra sorpresa cuando el hombre pidió una taza de chocolate caliente con malvaviscos extra.

Después de preparar y servir la bebida, Lynx acercó una pequeña silla a la mesa para que el hombre pudiera descansar la pierna un rato.

La mayoría de los gatos seguían ocupados con el primer cliente, pero Cat, una calicó amistosa que solía ser la primera en saludar a los nuevos invitados, se había acercado, frotándose contra la pierna sana del hombre. Lynx lo ayudó a acomodarla en su regazo sin lastimar sus lesiones.

Lynx dejó que el hombre disfrutara de su bebida un rato a solas con Cat antes de regresar para ofrecerle su compañía. Algunas personas solo querían la compañía silenciosa de uno o dos felinos. Otras se conformaban con observarlos desde lejos mientras tomaban su bebida caliente. Otras necesitaban a alguien cerca para saber que no estaban solos. Y algunas solo necesitaban a una persona dispuesta a escucharlas.

Alan, así se llamaba el hombre, como Lynx descubrió durante la noche, definitivamente necesitaba a alguien que escuchara sus penas. Le contó a Lynx sobre su relación fallida, el sentimiento de amor perdido y los sueños rotos de su futuro. Cómo su ex lo había lastimado, no solo con palabras, sino con acciones, y cómo él también lo había lastimado a cambio. Cómo todo parecía incierto ahora, y cómo no sabía qué paso dar a continuación, a dónde ir, en quién confiar, de dónde sacar consuelo o cómo siquiera seguir adelante.

La calicó ronroneaba en su regazo, empujando suavemente su mano sana con la cabeza cuando sus dedos dejaban de acariciar. Su calor y su amor silencioso parecían ser exactamente lo que Alan necesitaba esa noche. Cuando se fue, su rostro pálido había recuperado algo de color; las lágrimas en sus ojos y la furia en su corazón habían dado paso a una calma que venía de aceptar la verdad y del deseo de seguir adelante, y tal vez algún día volver a abrir su corazón a una persona que realmente lo mereciera.

Lynx esperaba que Alan encontrara a alguien que lo amara como él necesitaba y merecía, y que para esa persona fuera lo más fácil del mundo hacerlo. Pero también lo envidiaba. Lo envidiaba por tener la oportunidad de conocer a alguien nuevo, de encontrar a alguien con quien quisiera compartir su vida. Podía dejar el café, incluso cambiar de trabajo si quería, abandonar su ciudad y empezar de nuevo en otro lugar. No estaba atrapado como Lynx.

Lynx, que intentaba convencerse de que estaba bien con estar solo, cuando cada fibra de su ser anhelaba un compañero.

Capítulo 3: Noche Tres - Remanentes de Otoño

Lynx despertó de un sueño extraño. Ya no podía recordar qué había visto, solo que lo había dejado inquieto. Esa sensación lo acompañó hasta que llegó el momento de abrir el café otra vez.

Se sentó un rato en el porche trasero, observando cómo el sol se ponía y las primeras estrellas aparecían en el cielo. La silla a su lado quedó vacía. Normalmente, al menos dos o tres gatos le habrían hecho compañía, pero ese día todos prefirieron quedarse adentro. Estaban inquietos, mirando constantemente hacia la puerta del café, como si esperaran algo, e incluso ignoraron las golosinas extras que Lynx había escondido para ellos.

¿Esperando algo o esperando a alguien? Ahí estaba de nuevo. Una imagen de su sueño. Alguien había venido a llevarse a los gatos de Lynx. Y ese alguien no era un desconocido sin rostro, sino el cliente alto con los hoyuelos adorables que había llegado dos noches seguidas, jugando con los gatos e ignorando a Lynx.

Miró alrededor del jardín. Los colores del verano y del otoño habían desaparecido. Solo quedaban tonos grises y marrones, flores muertas y árboles sin hojas. Recordó la diversión que él y los gatos habían tenido cuando juntaba las hojas coloridas en un montón grande y todos saltaban dentro, excepto Lady, que o bien tenía miedo por su pelaje o consideraba que esa alegría tan simple estaba por debajo de ella. Pero cuando Lynx la observó en secreto desde el jardín, ella también se había divertido persiguiendo una hoja por el porche. Parecía haber pasado una eternidad. Ahora el jardín, al igual que él, estaba atrapado en un estado de transición, esperando la primera nevada para transformarse de nuevo, antes de que la primavera trajera nueva vida a este pequeño rincón del universo también.

La noche anterior, después de despedir a Alan con los mejores deseos y un abrazo suave que sanó una pequeña parte de ambos, Lynx había encontrado el café vacío. El extraño alto se había ido sin decir una palabra, sin que Lynx siquiera lo notara, y los gatos ya se habían acomodado para dormir su sueño de belleza, salvo la gata calicó, que había estado con Alan y él toda la noche y quería unas golosinas extras antes de descansar.

Ningún gato se acercó a él mientras dormía, dejándolo solo en una cama que se sentía demasiado grande para una sola persona y demasiado fría sin alguien con quien acurrucarse. Incluso al prepararles el desayuno, todos parecían distraídos cuando normalmente lo vigilaban para asegurarse de que usara los tazones correctos, la cantidad perfecta de comida y agregara la misma cantidad de pequeñas golosinas crujientes en forma de corazón para cada gato.

En momentos como estos, Lynx extrañaba a su madre más que nunca. Ella conocía todas las manías y personalidades de cada gato, podía leer sus estados de ánimo y, Lynx estaba

casi seguro a veces, podía entenderlos y hablarles, lo que le facilitaba descubrir si algo andaba mal. Lynx nunca supo si era verdad y ahora era demasiado tarde para aprender esas cosas de ella.

Había tantas cosas que no sabía de ella y de su vida. Su habitación seguía exactamente como la había dejado, como si aún estuviera esperando que regresara. Lynx no había logrado revisar sus pertenencias. Lo intentó una vez, pero al ver un álbum con fotos de ella cargándolo de bebé en brazos, con esa sonrisa brillante y feliz que llevaba puesta sin ningún gato a la vista en algún lugar, se quebró. Cerró el álbum de golpe y nunca más tocó ese libro ni ninguna de sus cosas que no estuvieran relacionadas con el café.

Su madre había amado el café y había puesto todo su corazón en él. Lynx lo veía en los colores cálidos, en las tazas cuidadosamente elegidas, en las fotos de las paredes, en su selección de empapelados, en las mesas desparejadas pero extrañamente armoniosas, en las sillas con cojines cómodos y coloridos, en las pequeñas decoraciones que no saturaban el espacio sino que sumaban a esa atmósfera acogedora y cálida. Cada pequeño detalle hacía de ese lugar un sitio lleno de calidez y amor. Igual que su madre. Solo que no hacia él.

Esa noche puso música suave y relajante que a los gatos les gustaba. Especialmente a Celeste le encantaba esa lista de reproducción. Parecían parte del cielo nocturno, todos negros, adornados con los puntitos blancos más diminutos, como estrellas, e invisibles cuando se escondían en las sombras de alguna de las muchas cuevas para gatos dentro del café.

Con los años, el café había acogido varios gatos negros, y Lynx a veces se preguntaba si era porque en algunas partes del mundo todavía se los consideraba de mala suerte, lo que los llevaba a ser maldecidos, perseguidos o algo peor. Parecía que ellos sabían que este lugar era seguro para ellos, un hogar donde eran amados y adorados, y donde podían compartir todo el amor que tenían para dar con los clientes del café.

Una pared del café estaba llena de fotos de cada gato que había pisado el lugar desde que abrió. Sus nombres aparecían en alguna esquina de las imágenes y, a veces, su madre incluso escribía algunos datos o partes de su historia en los bordes.

También había varios álbumes de fotos llenos de sus imágenes y más información, por lo que Lynx estaba agradecido. De lo contrario, le habría tomado mucho más tiempo aprender las preferencias y aversiones de los gatos que vivían con él ahora.

No todos los gatos se quedaban mucho tiempo. Algunos solo llegaban buscando refugio, un lugar para sanar o simplemente estar calientes y cómodos por un rato, antes de marcharse otra vez. Otros se quedaban más tiempo, pero eran adoptados cuando la

persona indicada aparecía en el café. Algunos más se quedaban en el café por el resto de su vida, y a veces Lynx se preguntaba si habrían recibido a su madre del otro lado cuando le llegó su momento.

Ahora había siete gatos, todos llegados mientras su madre aún cuidaba el café: Cheddar, un gato naranja; Cat, una calicó que llegó sin nombre y desde entonces solo la llamaban Cat; Nami, una británica de pelo corto; Moomii, una azul rusa; y tres gatos negros: Lady, que en la imaginación de Lynx le decía a todo el mundo que no era solo un gato negro, sino un persa negro y el gato más hermoso que había existido jamás; Celeste, con el pelaje de un cielo nocturno; y Umi, que tenía los ojos amarillos más grandes y parecía mirar directamente al alma cuando te observaba. Lynx siempre encontraba difícil resistirse a sus súplicas, razón por la cual los otros gatos solían enviarla a él para conseguir golosinas extras para todos.

Esa noche, las Auroras Boreales sobre el café estaban en el verde más profundo que Lynx había visto jamás.

Como si alguien hubiera querido pintar un prado entre las estrellas. Estaba tan cautivado por la vista que casi no escuchó el sonido plateado de las campanillas cuando la puerta del café se abrió.

Lynx no se habría sorprendido si hubiera visto entrar a Alan otra vez. Ese hombre sin duda podía usar más amor de los gatos para sanar todas sus heridas visibles e invisibles. En cambio, era el cliente alto con los hoyuelos de nuevo, el que parecía haber conquistado el corazón de todos los gatos.

El hombre entró al café tenuemente iluminado y Lynx solo lo miró fijamente. Por un momento, pareció que pertenecía justo ahí con los gatos, como si siempre hubiera formado parte del café y de sus vidas. Parecía estar más en casa allí que lo que Lynx había sentido jamás.

Lynx no entendía qué quería el extraño, qué necesitaba o cómo podía ayudarlo el café. Nunca había oído de alguien que viniera más de cuatro noches, y ni siquiera seguidas, así que algo en ese hombre debía ser especial. Lynx simplemente aún no lo sabía y ni siquiera estaba seguro de querer descubrirlo.

Esta vez, al menos, el extraño pareció reconocer a Lynx antes de que los gatos lo abrumaran. Lo rodearon, maullando en un alboroto ruidoso. Cat y Umi incluso intentaron trepar por sus piernas, lo que lo hizo reír. Un sonido tan suave, reconfortante y cálido que, por un momento, Lynx deseó otra vez que todo eso fuera dirigido a él y no a los gatos. Quería perderse en ese sonido, hacerse un hogar en esos hoyuelos, quedarse

dentro de esa hermosa calidez hasta que ninguna parte de su cuerpo ni de su corazón se sintiera fría.

Ningún otro cliente llegó esa noche y Lynx, una vez más, quedó solo detrás del mostrador, ignorado por los gatos y por el hombre, acosado por sus recuerdos y pensamientos.

Capítulo 4: Noche Cuatro - Solo en el frío

Lynx despertó otra vez en una cama fría y vacía, y sintió que la soledad se apretaba aún más alrededor de su corazón. El dolor ya era casi imposible de ignorar, y cada día le costaba más respirar.

Era raro que los gatos no vinieran a despertarlo y a apurarlo para que les sirviera el desayuno y algunos premios extra. Les había tomado tiempo calentarse con él y confiarle.

Todavía recordaba el día en que apenas había abierto los ojos un poco, solo para encontrarse mirando directamente a los ojos de un gato sentado frente a su cama, observándolo dormir. Al principio había sido inquietante y un poco aterrador. Sobre todo cuando, con el tiempo, un único gato se convirtió en siete. Umi había sido la primera en atreverse a saltar a la cama para recibir caricias suyas por la mañana. Y cuando por fin encontró la forma de entrar en el corazón de todos ellos, casi siempre había un gato, dos o siete durmiendo a su lado. Ahora, sin embargo...

Lynx miró el calendario en su mesita de noche. No era día de baño, ni de visita al veterinario. Tampoco había olvidado ningún cumpleaños ni día especial. No había ninguna razón para que lo evitaran de esa manera, y aun así lo hacían.

Desde que aquel hombre alto había llegado al café por primera vez, parecía haber una grieta entre Lynx y los gatos. O tal vez solo lo notaba ahora. Y no tenía idea de cómo repararlo. Ni siquiera entendía cómo había sucedido. No había cambiado su rutina, no había usado comida que a los gatos no les gustara, ni había olvidado sus premios favoritos. Limpia sus areneros dos veces al día, todos sus juguetes estaban limpios y en orden, sus almohadones suaves y los rascadores resistentes. Todo parecía estar en orden a los ojos de Lynx, pero debía haber pasado algo por alto.

Lynx comenzó los preparativos para abrir el café un poco más temprano ese día. Puso una lista de reproducción con diferentes sonidos de lluvia, asegurándose de que no hubiera truenos ni relámpagos. Solo una vez había cometido ese error y aprendió, gracias a granos de café regados, unas cuantas tazas rotas, un estante volcado y cinco gatos muy asustados, que la lluvia estaba bien, pero los ruidos fuertes y repentinos no.

Solo Nami y Cheddar se habían mantenido tranquilos durante todo aquello, mirándolo a él y a los demás gatos con una mezcla de curiosidad y diversión.

El suave repiqueteo de una lluvia de verano constante pareció funcionar. Al cabo de un rato, los gatos se veían un poco más calmados que el día anterior, cada uno acomodado en su lugar favorito.

Nami estaba sentada en el alféizar de la ventana, desde donde tenía la mejor vista del exterior y de todo el café. Lady se acicalaba la cola en una de las sillas con mejor vista a la puerta. Celeste se había subido a la cima del rascador más alto. Cheddar ocupaba su estante favorito, medio escondida detrás de una planta. Umi se había acurrucado en su cama morada cerca de uno de los calentadores. Cat dormía sobre su cojín favorito en uno de los sillones de la esquina junto a la ventana. Y Moomii había logrado meterse en el pequeño espacio detrás de las latas de granos de café en el mostrador trasero. Lynx no creía que pudiera ser cómodo ahí, pero al gato azul ruso parecía gustarle.

Lynx regó las plantas, todas seguras para gatos, para que sus amigos felinos pudieran mordisquearlas a su antojo sin riesgo de enfermarse o envenenarse. Limpió el mostrador, rellenó el café y los distintos tipos de chocolates, vaporizó algo de leche para practicar su arte latte y trató de no perderse otra vez en sus pensamientos. ¿Qué haría si el hombre alto volvía esa noche? Tenía que haber una razón para que encontrara el café una y otra vez cada noche.

Su madre ya habría hablado con el hombre, sabría su nombre, su historia y cada motivo por el que estaba allí, fuera bueno o malo. Pero Lynx no era como ella, y aun después de tanto tiempo manejando el café solo, había momentos en los que se sentía perdido y cada tarea le parecía abrumadora.

Esta vez, cuando las pequeñas campanas anunciaron al primer cliente de la noche, Lynx estaba preparado para ver de nuevo al extraño alto. Pero antes de que pudiera decir cualquier saludo, el hombre fue emboscado otra vez por los gatos. Lo recibieron como a un amigo perdido hacía mucho tiempo, contándole sobre su día, empujándose unos a otros para ser el primero en recibir una caricia en la cabeza o un masaje en la barbilla, y solo se calmaron cuando el hombre se sentó en el suelo, con los brazos abiertos y las piernas separadas, para que cada gato pudiera tocar alguna parte de él.

Era una escena hermosa.

Una imagen llena de felicidad y calidez.

Era una imagen que, en silencio, le rompía el corazón a Lynx.

¿Alguna vez los gatos habían estado tan emocionados de verlo a él? ¿Le habían dado tanta atención y amor? No podía recordarlo. Y no importaba. Los gatos hacían lo que su café era conocido por hacer: repartir amor y calidez, y ayudar a ese extraño a sanar sus heridas. Tal vez llevaba una máscara, permitiendo que solo los gatos vieran su tormento interior. Lynx no estaba seguro, pero al menos eso explicaría por qué el hombre le parecía tan feliz y en paz, a diferencia de todos los demás clientes que visitaban Los Gatos Silenciosos.

Lynx también tomó nota mental de sacar más tarde algunas alfombras suaves del almacén para el café. Quería que los invitados se sintieran cómodos donde fuera que se sentaran, incluso en el suelo. Y si el hombre alto seguía viniendo y no cambiaba sus preferencias, definitivamente necesitaría más alfombras, aunque fueran un fastidio limpiarlas y ya podía imaginarse a los gatos siseando furiosos al aspirador.

Durante un rato, Lynx observó el alboroto que armaban los gatos antes de entrar en acción. O al menos intentarlo.

Los gatos parecían confiar en el extraño, pero Lynx seguía desconfiando de él. Los restos de su pesadilla aún lo perseguían. Tenía que haber una razón por la que el hombre venía tan seguido. ¿Estaría espiándolos, buscando una forma de robar a los gatos o de apoderarse del café? ¿O era realmente un cliente con el corazón tan herido que una sola visita no bastaba? ¿Podía ser que los gatos no fueran suficientes para ayudarlo, a pesar de que hacían todo lo posible? ¿O tal vez el hombre buscaba algo completamente distinto? Lynx no tenía idea de qué podría ser. No había riquezas ni tesoros secretos escondidos en el café, nada que realmente valiera la pena robar. Excepto los gatos.

Lynx se acercó un poco más a la pila de un hombre y siete gatos, y carraspeó.

Demasiado bajo, al parecer.

Los gatos seguían maullando todos a la vez, siendo cualquier cosa menos silenciosos, como sugería el nombre de su café, demasiado fuertes para su primer intento de hacer contacto.

Lynx necesitaba intentarlo de nuevo, y lo haría.

Mañana.

Capítulo 5: Noche Cinco - Un Mundo sin Sol

Lynx despertó con un leve dolor de cabeza. La cama estaba vacía otra vez, y el frío se colaba hasta partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Pero los sonidos

provenientes de abajo le indicaban que los gatos ya estaban despiertos y esperando su comida.

Bajó las escaleras con lentitud. Todos sus movimientos estaban ralentizados, como si caminara a través de un pantano. Los tazones le parecieron casi demasiado pesados esa mañana, y los sonidos de los gatos demasiado fuertes.

Lynx se revisó para ver si tenía fiebre, pero su temperatura estaba bien, incluso un poco baja, lo que explicaría por qué se sentía como un bloque de hielo andante otra vez. Un glaciar que se movía despacio pero con firmeza, cubriendo todo a su paso con hielo y destruyéndolo gradualmente.

Cuando todos los gatos estuvieron alimentados y acurrucados para una siesta, Lynx salió al porche, envuelto en dos mantas cálidas, con una taza de té de limón caliente en una mano, y absorbió los últimos rayos del sol en su viaje interminable. Se preguntó si el sol se sentía solo a veces. ¿Sería él como el sol, dando calidez y luz a los demás, pero nunca encontrándola para sí mismo? No, eso podría ser un poco exagerado. El café sin duda era un lugar de calidez y comodidad, ¿pero él? En ese momento, se sentía solo como un pequeño pedazo de carbón fingiendo ser un fuego completo.

Más tarde, Lynx se preparó un café con un chorrito de limón y una pizca de canela para ayudar con su dolor de cabeza, y luego comenzó a llevar algunas alfombras al café. Su madre las había recolectado en todos los colores del arcoíris y con todos los patrones posibles, y solía cambiarlas de vez en cuando, dependiendo de su humor o de la época del año. Incluso había intentado hacer una ella misma, pero nunca había avanzado mucho. El proyecto inconcluso seguía en uno de los estantes del almacén, esperando a que alguien lo retomara o lo descartara por completo.

Lynx siempre las había encontrado demasiado coloridas y brillantes para los tonos cálidos del café, y después de las primeras semanas de limpiarlas y casi arruinar dos aspiradoras, las había abandonado casi todas en el almacén. Solo dos o tres alfombras pequeñas se habían quedado para que los gatos tuvieran otro lugar acogedor para dormir en un rincón tranquilo, pero o bien se usaban como lugar para guardar algunos de sus juguetes o simplemente se ignoraban. Solo Moomii parecía amar esas alfombras y a menudo se lo encontraba durmiendo debajo de una de ellas.

Los gatos pronto se unieron a la diversión, rodando sobre las alfombras, que ya habían perdido todos sus olores y necesitaban ser reclamadas de nuevo, rasgando una de un tono amarillo muy peculiar y persiguiendo algunos de sus pedazos por todo el café.

Lynx estaba ocupado poniendo todo en orden otra vez antes de que fuera hora de abrir el café. Estaba seguro de haber pasado por alto algunos de los pedazos amarillos, pero

no podía evitarlo. Cuando las pequeñas campanas sonaron en el café y el hombre alto entró otra vez, Lynx solo podía esperar que estuviera demasiado ocupado con los gatos para notar los restos.

El hombre se sentó en una alfombra azul clara, lo que hacía parecer que flotaba en un suave cielo de verano. Si notó las diferentes alfombras y su mayor número, Lynx no pudo saberlo. Toda su atención estaba en los gatos, y le tomó un rato responder a la pregunta de Lynx, incluso cuando los gatos no estaban tan ruidosos como el día anterior.

“¿Le gustaría ordenar una bebida?” Era el tercer intento de Lynx para captar la atención del hombre, y su voz llevaba un toque de molestia.

“¿Eh?” El hombre levantó la vista hacia él con una expresión sorprendida pero feliz.

“Este también es un café. No solo un lugar para jugar con gatos. Servimos varias bebidas e incluso algunos bocadillos, en caso de que no lo haya notado antes, ya que siempre está tan ocupado con nuestros gatos.”

Sí, Lynx estaba definitivamente molesto y lo dejaba ver, lo que lo sorprendió, ya que usualmente era mucho más gentil con los invitados del café. Pero este hombre era especial. Lynx lo encontraba particularmente irritante.

“Oh... Yo...” El hombre tartamudeó, y Lynx vio que las puntas de sus orejas se ponían rojas, lo que le pareció encantador.

“¿Entonces? ¿Le gustaría ordenar algo?”

“No sé. ¿Qué te gusta a ti?” Su voz era suave y cálida, y finalmente oírla dirigida solo a él le hizo cosas al corazón de Lynx.

“Eso no es relevante, ¿verdad?”

“Pero podrías recomendar algo.”

“¿Quiere café, té o chocolate? ¿Caliente o frío? ¿Dulce o picante?”

“Yo... Son tantas opciones. ¿Cuál es tu favorito?” No, Lynx lo retiraba todo. El hombre seguía siendo irritante.

“No veo cómo eso sea relevante para ti, pero cambia casi todos los días, dependiendo de mi humor.”

“Entiendo. ¿En qué humor estás hoy, entonces? Tomaré uno de eso.”

“¿Sin saber qué será?”

“Los gatos me dijeron que tienes buen gusto, así que estoy seguro de que me gustará.”
Sí, definitivamente seguía siendo irritante, a pesar de su linda sonrisa.

“Los gatos... por supuesto. ¿Por qué no me sorprende? Te dejo con ellos, entonces, y volveré con tu bebida.”

“Haz uno para ti también.”

Lynx ignoró la última orden y se puso a trabajar. No era mucho, pero al menos era algún avance. Tal vez fuera suficiente para que el hombre no volviera. Si no, tendría que esforzarse más para descubrir su secreto.

Ningún otro invitado llegó esa noche, y Lynx se preguntó si la magia del café estaba de alguna manera rota. No debería ser así, pero no sabía cómo arreglarlo.

Pasó el resto de la noche observando otra vez al extraño alto con los gatos, y se encontró sonriendo más de lo usual, los hoyuelos del extraño haciendo todo lo posible para atraerlo hacia algo que aún no podía nombrar.

Lynx no estaba acostumbrado a tener un cliente regular como este y no recordaba que su madre alguna vez mencionara uno. Pero, de nuevo, él y su madre no habían hablado mucho en los años antes de que ella muriera. Y ahora... ahora era demasiado tarde para preguntarle cómo actuar y qué hacer.

¿Se suponía que debía aprender su nombre? ¿Invitarlo de vuelta para otra noche o preparar una bebida especial solo para él? ¿Era alguien que necesitaba tanto la ayuda de los gatos que venía noche tras noche a jugar con ellos, o simplemente le costaba dejar ir a las suaves y amorosas bolas de pelusa?

A los ojos de Lynx, el hombre parecía un gato él mismo: suave, acurrucable, cálido, un poco travieso y lindo, con una hermosa sonrisa y una risa melodiosa que tocaba algo profundo en su corazón congelado, y por primera vez, Lynx se preguntó qué se sentiría ser abrazado tiernamente en los brazos del hombre.

Capítulo 6: Noche Seis - La calma antes de la tormenta

Lynx despertó lentamente y luego de golpe. Había estado soñando. Algo agradable, suave y cálido de lo que no quería salir, pero había algo en su cara. Al abrir los ojos, se encontró mirando directamente a los grandes ojos amarillos de Nami, la *British Shorthair* de cara redonda y presencia tranquilizadora. Estaba sentada sobre su pecho, con una pata en la cara de Lynx, y estaba todo menos calmada, para sus estándares.

“Buenos días, pequeña” dijo Lynx con la voz todavía ronca por el sueño. **“¿Qué pasa? ¿Dónde están los demás? Tú normalmente no vienes sola, a menos que...”**

Lynx levantó un poco la manta para hacerle espacio a la gata, y no pasó ni un segundo antes de que Nami se acurrucara a su lado y empezara a ronronear, disfrutando del calor dentro del refugio improvisado por un rato. Lynx dejó caer la cabeza de nuevo sobre la almohada con una sonrisa. Hacía tiempo que uno de los gatos no se le acercaba tanto, y disfrutó cada segundo.

Unos cinco minutos después, Nami tuvo suficiente de los mimos matutinos y salió de debajo de la manta. Lynx escuchó ruidos desde abajo, lo que indicaba que los otros gatos también estaban despiertos, y siguió lentamente a Nami hacia la cocina para prepararles el desayuno.

Ese día, todos los gatos vinieron a saludarlo, se frotaron contra sus piernas y exigieron caricias.

Se sentía como si todo hubiera vuelto a la normalidad. O a lo más normal que podía ser con un café lleno de gatos.

Los gatos lo acompañaron en sus rutinas diarias. Cheddar y Celeste observaban desde lejos, mientras Cat y Moomii se paseaban entre sus piernas. Umi saltaba sobre las cajas que él quería abrir, Nami se sentó en el mostrador mirándolo mientras hacía nuevos dibujos en el menú, e incluso Lady se acomodó en una silla cercana para vigilar.

Cuando cayó la noche y las luces del norte brillaron en tonos rosados intensos, todo estaba listo para los clientes. Suave música de fondo, los gatos cómodamente acostados, y Lynx sintió una extraña calma que lo envolvía.

Entonces, el primer cliente entró tambaleándose al café, y la calma desapareció. Las campanitas de la puerta sonaron en desorden, despertando a todos los gatos con su estridente cacofonía.

Por un momento, Lynx casi se decepcionó al no ver al hombre alto otra vez.

Con suerte, fue lo bastante rápido para atrapar a la persona antes de que se estrellara de cara contra la alfombra más cercana a la puerta. Lynx llevó al hombre hasta la mesa más próxima y lo revisó por heridas, pero estaba ilesa. Solo un poco borracho. Y pidiendo otro trago. Lo cual era un pequeño problema, ya que el café ofrecía casi de todo... excepto alcohol.

El hombre empezó a gritar, pero a mitad de frase sus palabras se convirtieron en fuertes sollozos, y las lágrimas corrieron por su rostro. Lynx estaba preparando su bebida, pero alcanzó a llevarle una caja de pañuelos en el intermedio. Preparó un café bien cargado y le añadió unas gotas de esencia de repostería, que al menos le daba un aroma a algo alcohólico y quizás lo convenciera de tomarlo, ayudándolo a despejarse un poco. Además, sacó una bebida deportiva de la nevera, unos snacks salados y un paquete de premios para gatos, que aún mantenían distancia del ruidoso hombre.

Lynx tocó suavemente el hombro del hombre para avisarle de su presencia y luego comenzó a frotar círculos reconfortantes en su espalda, esperando calmarlo un poco. Entre sollozos, el hombre habló de sus amigos que siempre lo llamaban una carga y un borracho, pero que nunca parecían ver sus luchas ni su soledad. También mencionó a una madre que nunca lo quiso, y, vaya, ¿acaso Lynx no era experto en eso? Como él, aún anhelaba algo que estaba fuera de su alcance para siempre, y eso le dolía el corazón por el hombre que lloraba. Cuando empezó a hablar de alguien llamado Sand, el hombre perdió toda compostura y una devastación pura brotó de él. Dijo algo sobre amor y dinero, quizás una traición, y otra vez amor. Lynx no entendió todo, pero estaba bien. No necesitaba entender. Solo necesitaba estar ahí y escuchar.

Para sorpresa de Lynx, fue Lady, la diva sarcástica del café, quien se acercó al hombre incluso antes de que abriera el paquete de premios. Ahora que lo miraba más de cerca, Lynx también entendía por qué. El hombre era un divo él mismo, muy guapo y con el aire de un heredero rico con todos los lujos posibles a su alcance, pero con el corazón roto también.

Tras frotarse contra sus piernas, Lady finalmente saltó al regazo del triste pero hermoso hombre, quien pronto empezó a alabarla por su pelaje suave y su belleza. Ella lo miró como si supiera que era la mejor gata del mundo, pero lo consintió de todos modos, ronroneando suavemente bajo sus manos temblorosas, que la acariciaban con el mayor cuidado y ternura.

Más tarde, cuando Lynx sintió que era seguro dejar al hombre solo con Lady por un rato, finalmente abrió el paquete de premios y fue a otra esquina del café a repartirlos sin molestar al cliente. Pero antes de poder ofrecerle el primer premio a los gatos que esperaban impacientes, hubo un cambio repentino en el aire.

Unos momentos después, las campanitas anunciaron a otro cliente.

Esta vez, era el alto desconocido quien entraba al café.

Los gatos, excepto Lady, corrieron todos a saludarlo, olvidando de pronto los premios. Lynx los observó irse, miró los premios en su mano, miró de nuevo al hombre rodeado de gatos, suspiró y regresó al mostrador a preparar otra bebida.

La última vez había hecho un café caliente que tiraba un poco a dulce gracias al caramelo añadido. El hombre se lo había tomado hasta la última gota. Esta vez decidió hacer un matcha latte helado simple. Algún día lograría que el hombre eligiera algo, o al menos admitiera qué le gustaba o no.

Antes de que el otro cliente se fuera, Lynx volvió hacia él una vez más, sintiendo que su trabajo no había terminado. Las lágrimas del hombre se habían secado, pero aún se veía tan miserable que Lynx no podía dejarlo ir así. Se sentó tras pedir permiso y tomó suavemente las manos del hombre entre las suyas.

“No te conozco ni sé qué pasó en tu vida, pero puedo decirte esto: no eres una carga. Y nunca lo serás para las personas correctas. Si este Sand es tu persona, y estar sin él se siente como si te faltaran partes enormes del corazón, entonces sé valiente y ve a buscarlo. Pídele perdón, hablen, haz todo lo posible por mostrarle lo sincero que son tus sentimientos. ¿Será fácil? No lo sé. Pero estoy seguro de que valdrá la pena al final.”

La mirada de Lynx se dirigió casi automáticamente hacia el alto desconocido, que seguía feliz acurrucando a los gatos.

“¿Él es tu persona entonces?”

“¿Quién?”

“¿Quién más está aquí aparte de ti y yo? Él.”

“Ah. No... No. Es solo un cliente, como tú.”

“Ya veo. Tal vez ambos necesitamos ser valientes, ¿no? Hay tanto anhelo en tus ojos cuando lo miras, me recuerda a mí mismo con Sand.”

Capítulo 7: Noche Siete - Tiger y el gato gruñón

Tiger estaba sentado en una acogedora alfombra naranja en el suelo del ‘*Silent Cat Café*’ y escuchaba a los gatos que eran todo menos silenciosos. De vez en cuando lograba robarle alguna mirada al hombre detrás del mostrador, sin que ninguno de los gatos se diera cuenta y lo regañara por no prestarles atención.

Tiger amaba a los gatos. Tiger quería a todos los gatos, pero esos siete le habían robado el corazón desde el momento en que puso un pie en su hogar por primera vez.

Alguien, sin embargo, había sido aún más rápido que ellos, y esa persona estaba detrás del mostrador, intentando ocuparse de sus asuntos y luciendo la expresión más gruñona pero a la vez más adorable que Tiger había visto en su vida. Tiger lo contaba como el octavo gato.

La primera vez que Tiger lo vio fue solo un vistazo a través de una ventana hacia una habitación tenueamente iluminada que pertenecía al café en el que ahora estaba sentado. Tiger iba de regreso a casa después de un trabajo. Cobrar deudas no era exactamente lo que había soñado cuando era más joven, pero era una especie de negocio familiar y pagaba las cuentas, así que nunca se quejaba.

No sabía que había abierto un café nuevo en esa zona, y encima uno que permanecía abierto hasta tan tarde.

Pero la vista a través de la ventana lo cautivó, el nombre le despertó curiosidad y, antes de que pudiera decidir si entraba o no, ya estaba cruzando la puerta.

Dio un paso, dos pasos, tres pasos, y sintió un cosquilleo, como un *déjà vu*, como si estuviera entrando en un sueño que había tenido hace mucho tiempo. Pero antes de que pudiera pensar más en eso, vio a los gatos y olvidó todo lo demás por un rato.

Incluso al hombre adorable detrás del mostrador.

El resto, como dicen, era historia. O podría haberlo sido, si él hubiera sido un poco más valiente y si el café no apareciera en un lugar diferente cada noche, lo que le dificultaba volver a encontrarlo. La decepción que sintió cuando el café desapareció de repente del lugar donde lo había visto por primera vez fue enorme. Estuvo deprimido varios días, pensando que el café con gatos parlantes y la persona más adorable detrás del mostrador había sido solo un sueño, hasta que lo encontró en una parte completamente distinta de la ciudad algún tiempo después. Lo mismo ocurrió la noche siguiente, y la siguiente, y la siguiente. A veces le tomaba toda la noche encontrarlo, pero cuando entraba, parecía que acababa de abrir, y cuando salía, parecía que no había pasado el tiempo en su ciudad.

Cada vez que se iba, Tiger se llenaba de una mezcla de felicidad, esperanza, miedo y ansiedad. Desde el día en que encontró el café por primera vez, sus días estaban llenos de sueños sobre los gatos y el hombre adorable pero gruñón. Su corazón lo añoraba a él, a su sonrisa, a su voz suave, a su toque tierno.

Cada día hacía planes para finalmente hablarle y conocerlo de verdad, no solo a través de las palabras de los gatos, sino mediante su propia interacción. Hasta ahora, había fallado en esos planes todos los días.

Esa única vez que Lynx se acercó a tomarle el pedido, se quedó tan atónito que no pudo hablar y tuvo que soportar las burlas de los gatos el resto de la noche.

Lynx. Un nombre adorable para un hombre adorable, y además le quedaba perfecto. Lynx era muy tímido, pero al mismo tiempo parecía tan suave y cálido. Según los gatos, era la persona más gentil del mundo; una vez que lograban atravesar la muralla que había construido alrededor de su corazón. Era tan amable y cuidadoso con los gatos y con los clientes, pero mucho menos consigo mismo, lo que a menudo preocupaba a los gatos.

Cada vez que salía del café, Tiger temía que no volviera a aparecer y que perdiera la oportunidad de ver a Lynx otra vez. Todavía no entendía todo sobre ese café y su magia, pero sabía que necesitaba acercarse a Lynx de alguna forma.

No había encontrado ningún patrón sobre dónde aparecía el café. Hasta ahora, Tiger lo había visto cerca del distrito financiero, al lado de un bar de jazz, en las afueras de la ciudad, junto a un templo, frente a un cine abandonado y dentro de un centro comercial. Lo único que todas las noches tenían en común eran las hermosas luces del norte, que eran algo raro en esa parte del mundo y normalmente solo se veían una o dos veces al año. Verlas tan seguido y en noches consecutivas parecía algo sacado de un sueño o de un cuento de hadas para Tiger.

Casi como los gatos parlantes. Y Lynx.

Tiger siempre supo que los gatos podían hablar. O mejor dicho, que él podía entenderlos. No recordaba exactamente cuándo empezó, pero desde niño hablaba con ellos, ganándose regaños de sus padres por mentir o por tener una imaginación desbordante. Nadie le creyó nunca, así que se convirtió en uno de sus secretos mejor guardados. Había conversado con casi todos los gatos de esta ciudad alguna vez. A veces mientras hacía su trabajo, a veces entre clases cuando era más joven. A los gatos parecía no importarles demasiado; sus vidas estaban demasiado ocupadas con otras cosas, así que un humano que hablara su idioma no era tan interesante para ellos.

Con los gatos de este café era diferente. Estaban tan emocionados de poder hablar con él como la primera noche, le pedían historias sobre gatos de afuera y le contaban sobre sus vidas, el café y Lynx una y otra vez, apenas dándole oportunidad de preguntar algo específico o de iniciar una conversación normal con Lynx. Aunque era dudoso que siquiera fuera capaz de mantener una conversación con Lynx. Hasta ahora, cada vez que se acercaba, Tiger perdía la capacidad de hablar, se quedaba sentado mirándolo con adoración y casi ahogándose con las palabras, para diversión de los gatos.

Aunque solo había logrado observar a Lynx en momentos fugaces cada noche, Tiger había notado cómo su sonrisa se hacía más pequeña, sus pasos un poco más lentos y su estado de ánimo un poco más triste con cada día que pasaba. Y aun así, trataba a los gatos y a cada cliente, excepto a él mismo, con tanta gentileza y cuidado, como si fueran las cosas más preciosas del mundo. Les daba a los clientes espacio para simplemente existir, estaba ahí con una mano amiga, oídos listos para escuchar y un corazón abierto. Solo hacia Tiger, Lynx parecía un poco menos gentil y mucho más reservado, lo cual no entendía en absoluto. Nunca se habían conocido antes, nunca habían hablado de verdad, pero su humor parecía empeorar cada vez que Tiger visitaba el café, cuando todo lo que él quería era ver a Lynx sonreír.

Y algo parecía afectarlo profundamente.

Tiger había intentado hacerles entender a los gatos que Lynx ahora necesitaba su amor y su calor más que nunca, pero cada noche volvían a rodearlo a él, olvidando a la persona más importante.

Tiger sabía que tenía que hacer algo. Necesitaba poner un límite y hacer que los gatos se callaran un momento para poder conectar con Lynx sin que lo interrumpieran. Otra vez. Y si lograba formar una oración coherente delante de él y no olvidarse de la existencia de las palabras.

Otra vez.

Esa noche, cuando Tiger logró pedir una bebida a elección de Lynx de nuevo, el otro se quedó un rato a su lado. Tiger tomó un sorbo cuidadoso del chocolate caliente y se sorprendió con los copos de chile que le quemaron la lengua. Esa bebida era perfecta para noches frías y hacía parecer que Lynx necesitaba un poco más de calor. Incluso llevaba un suéter suave que le quedaba dos tallas grande, lo que le daba mangas de suéter-patas y lo hacía verse aún más como un gato gigante y suave a los ojos de Tiger.

Esta vez, cuando Lynx le habló, Tiger logró responder en oraciones casi completas y no hacer el ridículo otra vez.

“Realmente debes querer mucho a los gatos.”

“¿Eh?”

“¿Los gatos? Debes quererlos muchísimo. Si no, ¿por qué volverías todas las noches? No creo que vengas por las bebidas.”

“Es cierto, amo a todos los gatos de este café. Pero...” Tiger se inclinó un poco más cerca de Lynx y empezó a susurrar: **“Por favor, no se lo digas, pero sobre todo vengo por el que está un poco triste y gruñón.”**

“**Ya veo**” fue la respuesta de Lynx en un tono solemne. Y cuando Tiger lo vio alejarse a un paso aún más lento que antes, se preguntó si había dicho algo mal.

(Continuará...)

Capítulo 8: Noche Ocho – El hogar es donde un gato duerme en tu cajón de calcetines

Lynx sentía que iba cayendo lentamente en una espiral. El alto desconocido con los hoyuelos adorables había mencionado a un gato triste y gruñón, y ahora él estaba preocupado por todos ellos. No creía que alguno fuera gruñón. Algunos eran más reservados que otros. ¿Pero no pasaba lo mismo con los humanos? Llamarlos gruñones solo porque eran tímidos le parecía un poco exagerado.

Y desde el punto de vista de Lynx, el hombre realmente no tenía motivos para quejarse. Recibía atención de todos los gatos, incluso de los que normalmente eran un poco tímidos. Pero tal vez se le había escapado algo. ¿Estaba alguno de los gatos infeliz? ¿O quizás enfermo?

Su sueño había sido inquieto. Se despertó más veces de las que pudo contar y siempre iba a verificar si los gatos seguían ahí. Todos dormían plácidamente, ajenos a sus preocupaciones. Cuando llegó la hora de empezar su rutina diaria, Lynx sintió como si lo hubiera atropellado un camión. Todo el cuerpo le dolía de agotamiento, le ardían los ojos y solo quería volver a meterse en la cama y esconderse bajo la manta.

En cambio, se aseguró de pasar un poco más de tiempo con cada gato. Los cepilló un rato más largo, les dijo lo maravillosos, bonitos y adorables que eran, les dio uno o dos premios extra de lo habitual y estuvo atento a cualquier señal de enfermedad o tristeza en ellos. No vio ninguna.

Cuando fue a hacer la colada, Moomii lo acompañó e insistió en recibir mimos extra mientras se acostaba sobre la lavadora. Era uno de sus lugares favoritos y, al menos una vez al día, Lynx terminaba siguiéndola hasta el cuarto de lavado, ayudándola a subir a la lavadora si no lograba saltar sola y acariciándola un rato. Lynx nunca entendió su obsesión con eso, e incluso las notas de su madre no tenían explicación para ello.

Cheddar a veces los acompañaba al cuarto de lavado. Le gustaba explorar, atrapar algunas gotas que caían de los grifos y luego acurrucarse a dormir dentro de una de las

cestas de ropa sucia que cerraban con tapa. Era bastante hábil para entrar y salir de las cestas sin quedarse atascada, a diferencia de algunos de los otros gatos que Lynx tenía que rescatar regularmente. Ya fuera una olla, un cajón, una caja, la funda de una almohada, uno de sus pantalones o una bolsa, ningún lugar estaba a salvo de un gato intentando dormir dentro y quedándose atrapado de alguna forma.

Después de terminar todas sus tareas, Lynx se sentó en su sillón favorito y empezó a leerles a los gatos. Dos cosas pasaron después de leer solo unas pocas líneas: primero, Lynx no recordaba qué había pasado en el capítulo anterior, y segundo, se sobresaltó al escuchar su propia voz llenando el silencio de la sala.

¿Acaso no hablaba con los gatos todos los días? ¿Y cada dos noches con los clientes del café? Entonces, ¿por qué su propia voz le sonaba tan extraña?

Lynx intentó recordar la última conversación larga que había tenido, pero no le vino nada a la mente. El repartidor solo le dirigía las palabras estrictamente necesarias antes de ir a jugar con los gatos mientras Lynx revisaba el pedido mensual de suministros. E incluso la veterinaria que venía regularmente a chequear a los gatos solía hablar más con ellos que con Lynx. ¿Siempre había sido así, o solo se habían adaptado al silencio de Lynx?

Cat le dio un golpecito en el pie con la pata y lo sacó de sus pensamientos, así que continuó leyendo.

A los gatos les encantaba escuchar historias, pero solo si era él quien se las leía. Una vez intentó acostumbrarlos a los audiolibros y le demostraron su descontento. Les gustaba una variedad de géneros, pero lo que más disfrutaban eran las historias de detectives. Lynx ya había leído toda la colección de Agatha Christie, Georges Simenon y Patricia Wentworth, y ahora iba avanzando despacio por los libros de Sherlock Holmes. Las notas de su madre le habían dicho que a los gatos les gustaba adivinar al culpable y que siempre se decepcionaban un poco cuando no había gatos involucrados en las historias. Hasta ahora, Lynx había evitado aquellas donde aparecían perros en la trama, pero incluso sin esas, la estantería aún tenía suficientes historias sin leer como para durarles otra década o dos.

Llegó y pasó la hora de abrir el café. Lynx puso una lista de reproducción con sonidos de hojas suaves movidas por el viento, encendió las luces acogedoras y se preparó un té con naranja, chile y albahaca. La combinación sonaba rara, pero Lynx había terminado amando su sabor y cómo todo su cuerpo se calentaba después de tomarlo, así que al menos por un rato no sentía frío.

Pareció un poco más tarde de lo habitual cuando las campanitas finalmente anunciaron al primer cliente, pero Lynx no estaba seguro. El tiempo en el café se movía de forma diferente, y cuando había un cliente dentro, a menudo parecía detenerse por completo.

Esa noche, el alto desconocido con los hoyuelos adorables llegó un poco despeinado y sin aliento.

Sin embargo, su sonrisa brillante, al ver a los gatos, pronto iluminó toda la habitación y también una pequeña parte del corazón de Lynx, como una chispa diminuta que solo esperaba el momento adecuado para convertirse en un fuego ardiente.

Por una vez, el desconocido no se sentó en una de las alfombras o en el suelo, sino que eligió una silla cómoda cerca de las ventanas. Los gatos lo siguieron y se arremolinaron a su alrededor, intentando subirse a las otras sillas e incluso a la mesa. Pero el hombre fue estricto y no les permitió sentarse ahí. Para calmarlos, acercó las otras sillas, de modo que cada gato pudiera encontrar un lugar a su lado.

La bebida que Lynx le sirvió esa noche fue una mezcla fresca y refrescante de manzana, jengibre, un toque de limón, hielo picado y una sola hoja de menta encima. Lo hizo temblar de frío, pero el desconocido pareció apreciarlo, pues la bebió con un suspiro satisfecho.

Durante toda la noche, Lynx mantuvo una vigilancia cercana sobre todos los gatos, buscando señales de incomodidad o comportamiento extraño. No encontró nada. La única vez que actuaron de forma diferente (*si es que podía llamar así a su emoción*) fue alrededor del desconocido de los hoyuelos. Por lo demás, comían y dormían con normalidad, jugaban, descansaban, usaban la caja de arena, se acicalaban y seguían siendo el grupo caótico de gatos que siempre habían sido. Eso dejó a Lynx preguntándose de qué hablaba el alto desconocido cuando mencionó al gato triste y gruñón.

Capítulo 9: Noche Nueve – Almas unidas

La noche siguiente trajo algo nuevo para Lynx. Había momentos en los que pensaba que ya lo había visto todo, pero los gatos, el café y sus clientes seguían sorprendiéndolo.

Lynx se había acostumbrado poco a poco a que el hombre alto con los hermosos hoyuelos se convirtiera en una parte habitual de sus noches. Por eso, no se dio vuelta de inmediato cuando las campanitas sonaron suavemente para anunciar la llegada de un cliente, convencido de que sería él otra vez. Así que, cuando por fin logró cerrar el cajón de las cucharas diferentes sin que se atascara de nuevo, tuvo que mirar dos veces.

Allí, en una mesa en la esquina, bien resguardada de la puerta y de cualquier ventana, estaban sentados dos chicos.

Uno llevaba el uniforme de un colegio del que Lynx nunca había oído hablar, y el otro vestía una sudadera negra con un dibujo blanco intrincado en la espalda.

Ambos parecían tan jóvenes, pero al mismo tiempo como si hubieran visto más cosas de las que deberían a esa edad. El chico con el uniforme del colegio parecía cargar con el peso del mundo sobre los hombros. Era más alto que el otro, pero se encogía como si quisiera volverse invisible.

El chico un poco más pequeño tenía un brazo envuelto suavemente alrededor de los hombros de su amigo. Parecía anclarlo en este mundo y, al mismo tiempo, protegerlo de él.

Lynx podía ver el amor y la preocupación por su amigo brotando de él, pero también las pequeñas señales de alguien que luchaba contra sus propios demonios y que poco a poco perdía fuerzas y ganas de seguir adelante.

Lynx carraspeó antes de acercarse y se detuvo a cierta distancia de su mesa para no asustarlos.

“¿Quieren pedir algo?” La voz de Lynx apenas fue un susurro, pero aun así ambos se sobresaltaron. El más alto se hizo aún más pequeño, y el más pequeño lo abrazó un poco más fuerte antes de girarse a medias hacia Lynx y evaluarlo.

“Puedo volver más tarde si prefieren. Solo quiero que sepan que aquí están a salvo. Sea lo que sea de lo que estén huyendo, no puede alcanzarlos en este café. Así que tomen su tiempo, descansen, recupérense, y cuando estén listos para pedir algo o para conocer a uno de nuestros gatos, solo avísenme.”

“¿Podrías, tal vez, poner una lista de reproducción con sonidos del océano? Ayudaría a calmar a Akk y a sentirse más seguro aquí.”

“Claro, dame un momento.” Lynx buscó un rato y pronto el café se llenó con el sonido de olas suaves, acompañado de gaviotas graznando de vez en cuando en el fondo.

Tal como dijo el chico más pequeño, Akk se relajó visiblemente. Lynx regresó detrás del mostrador para darles espacio y vio que los gatos hacían lo mismo. Aún no se habían acercado, como si no estuvieran seguros de si eran bienvenidos, pero vigilaban de cerca a los invitados y esperaban la señal de que estaban listos.

Cada pocos minutos, Lynx también miraba hacia la puerta. ¿Vendría el hombre alto, o llegaría otro cliente? Una parte de él anhelaba volver a ver al desconocido de los hoyuelos adorables, pero la otra temía que otro invitado interrumpiera la paz de los dos chicos en la esquina. Esperaba que el café pudiera darles todo lo que necesitaran: tiempo, calor, un abrazo o simplemente un espacio para existir sin miedo por un rato.

Volvió a acercarse para preguntar si necesitaban algo y les aseguró que podían tomarse todo el tiempo que quisieran.

"No hay prisa. Tómense su tiempo. El tiempo se mueve diferente en este lugar. Ya sea que se queden lo que les parezca una hora, toda una noche, una semana o incluso más, afuera no habrá pasado ni un segundo. Pueden dormir aquí si quieren. Mientras no salgan de la habitación del café, el mundo exterior los esperará. Y aunque en algún momento sientan que están listos para irse, este lugar siempre estará aquí para ustedes cuando lo necesiten, así que podrán volver cuando quieran."

Cuando los chicos pidieron sus bebidas, Lynx las preparó con aún más cuidado que de costumbre.

La magia de la intención era real, así que puso todo lo bueno que pudo reunir en sus tazas.

Justo cuando servía un té de hierbas para Akk y un café caliente con trébol y un toque de chocolate amargo para su amigo, las campanitas de la puerta volvieron a sonar.

Los chicos se congelaron al instante, y Akk se escondió en los brazos de Aye, quien miró hacia la entrada con inquietud.

Por supuesto, era el hombre alto quien entró y notó de inmediato la atmósfera tensa. Miró a Lynx, luego a los chicos y de ellos a los gatos, que también parecían no saber qué hacer.

"Por favor, no se asusten. Este es..." Miró al hombre alto y le pidió sin palabras que se presentara.

"Tiger, me llamo Tiger.

"Es un cliente habitual de este café y no les hará ningún daño. De hecho, ha estado aquí las últimas ocho noches, lo que habla bien de nuestro servicio o de la excelente compañía de los gatos. Todos lo adoran, ¿saben? Nunca había visto algo así."

Como si lo hubieran ensayado, Cat, Lady y Moomii se acercaron a saludar a Tiger y a recibir sus caricias nocturnas.

“Pero si se sienten incómodos o inseguros con él en la misma habitación, estoy seguro de que se iría. Solo díganlo.”

“No, está bien, puede quedarse” dijo Akk finalmente con una voz tímida. **“¿Crees que... podríamos... podemos acariciar a un gato también?”**

La pregunta ansiosa de Akk, tan llena de esperanza, casi le rompió el corazón a Lynx.

“Claro que sí. Solo déjenlos acercarse. Algunos son un poco tímidos, ¿saben? Igual que algunos humanos. Denles tiempo y pronto tendrán el regazo calentito con un gato.”

Los chicos tomaron sorbos de sus bebidas y observaron a Tiger jugando con los gatos. Solo pasaron unos minutos antes de que dos gatos también se acercaran a ellos.

“¡Aye, mira!”

Lynx se alegró al ver su emoción cuando Cheddar dio vueltas alrededor de sus piernas y empujó a Akk para que le acariciara la cabeza, antes de saltar con gracia a su regazo. Incluso le permitió enterrar la cara en su pelaje suave y abrazarla con ternura. Era raro verla tan cariñosa con un cliente, pero debía haber sentido que era exactamente lo que Akk necesitaba.

Mientras tanto, Aye miraba con adoración entre Akk con su brazo lleno de gato naranja y Umi, el gato negro en su propio regazo, que parecía haberse encariñado con él.

“Akk, ¿ves esto? ¿Sabes a quién me recuerda este gato con esos ojos tan grandes? Se parece exactamente a ti, tan lindo, tan hermoso...”

Lynx tuvo que sonreír ante eso, y ver las puntas de las orejas de Akk ponerse rojas lo hizo aún más feliz. Esperaba que los chicos nunca perdieran el vínculo que los había traído juntos al café y que, fuera lo que fuera lo que enfrentaban en ese momento, los dejara lo suficientemente enteros como para vivir una vida larga y feliz.

Esa noche fue la más larga que Lynx había vivido jamás en el café. Para él, fue como si una galaxia entera naciera, evolucionara y muriera durante esa noche. Sus huesos dolían como el tronco de un árbol en medio de una tormenta, pero todo valió la pena al ver cómo las líneas de preocupación alrededor de los ojos de los chicos se desvanecían, cómo la mirada atormentada los abandonaba, cómo sus sonrisas se volvían más fuertes y al escuchar las bromas y las risitas de un primer amor destinado a atravesar el tiempo y los universos.

Lynx mantuvo toda su atención en los chicos durante todo el tiempo y apenas registró cuando Tiger salió del café.

Tiger.

Un nombre tan apropiado para el hombre que se parecía tanto a un gran gato. Parecía fuerte pero suave, cálido y reconfortante, con una sonrisa hermosa y unos ojos que hablaban de sabiduría y travesura al mismo tiempo.

Fue lindo por fin saber su nombre, y lo dejó rodar en su lengua, intentando saborear cada letra como si pudieran revelar algunos de sus secretos.

Tiger.

Tiger.

Algo en ese nombre le hablaba a Lynx. Era como si solo conocer esas dos sílabas los hubiera acercado un poco más.



Capítulo 10: Noche Diez – A Tiger le gustan los gatos, ¿pero a quién le gusta Lynx?

Cuando Lynx despertó al día siguiente, se sentía aturdido, como si hubiera dormido demasiado y al mismo tiempo no lo suficiente. Le costó un buen rato reunir la motivación para levantarse de la cama y comenzar su rutina diaria.

Detrás de las ventanas ya se veían los primeros signos de escarcha, como si el frío de su alma finalmente se hubiera derramado hacia afuera. Los cristales blancos se veían hermosos sobre el pasto y los árboles, pero poco a poco lo cortaban por dentro.

La noche anterior había sido pesada. Lo notaba incluso en los gatos, que parecían más agotados de lo habitual y ni siquiera tenían energía para pedir extras de premios. De todos modos, les dio algunos.

Lynx realizaba sus tareas con una extraña sensación de ausencia. Su cuerpo estaba ahí; su mente seguía vagando por la noche pasada. En un momento de claridad, recordó su intención de cambiar las campanitas de la puerta y rebuscó en el almacén uno de los paquetes más nuevos.

Había pedido más de uno, siempre los ponía en el estante con la idea de cambiarlas y luego se olvidaba. Ahora tenía al menos cinco diferentes para elegir, pero simplemente tomó el primero que encontró, sin molestarte en compararlos otra vez.

Lynx colocó la escalera frente al mostrador, pero eso fue suficiente para que los gatos se subieran todos encima.

Celeste, de alguna manera, había logrado llegar al escalón superior y se sentó ahí, orgullosa de su logro. Moomii colgaba de un peldaño, intentando bajar de nuevo. Lady estaba en el escalón más bajo, claramente satisfecha con su hazaña. Umi y Cat trataban de subir más alto que el otro y se caían uno encima del otro, dándole a Nami la oportunidad de pasarlos con su paso habitual, calmado y sereno.

Solo Cheddar no se había movido de su lugar en el alféizar de la ventana y observaba el espectáculo desde una distancia segura.

Lynx deseaba poder mantener distancia de la escalera también. No se sentía muy bien sin suelo firme bajo los pies, y equilibrarse entre los gatos no lo hacía más fácil. Al menos no necesitaba llegar al peldaño más alto para cambiar las campanitas, pero igual se habría sentido más seguro si alguien hubiera sostenido la escalera, o mejor aún, si hubiera subido por él.

¿Cómo lo hacía su madre para hacer todas esas cosas sola? ¿O tenía algún ayudante secreto que él nunca conoció? ¿Hubo alguien especial en su vida, un vínculo compartido que le daba fuerza y apoyo?

Lynx no lo sabía. Nunca encontró ninguna evidencia de eso, pero la habitación de su madre seguía intacta desde su primer intento fallido de entrar. Lo único que podía decir con certeza era que nadie había venido a llorarla junto con él. Aunque si realmente hubiera existido alguien, debía haber sabido de la relación tensa entre Lynx y su mamá, y quizás asumió que él no la extrañaría.

Era cierto en algunos días, pero no en otros.

Los gatos habían llorado a la madre de Lynx a su manera, y les tomó tiempo acostumbrarse a su ausencia y a la presencia permanente de él. No era un extraño como los que venían al café, pero tampoco era familia, y le costó tiempo y esfuerzo ganarse su confianza y su cariño.

Celeste no bajó de su torre de gatos durante días cuando él estaba cerca.

Lynx incluso intentó alimentarla ahí arriba, pero no funcionó. Solo cuando él salía de la habitación bajaban a veces a picar algo y usar la caja de arena.

Moomii durmió frente a la puerta de su madre por un tiempo, pero ni siquiera cuando Lynx la abrió entró al cuarto.

Nami, que solía ser la más calmada de los gatos, corrió por toda la casa maullando y buscando a su amiga perdida. Ningún premio ni caricia suave la consolaba, y solo cuando Lynx empezó a cantar malamente algunas de las nanas que su madre solía cantar, poco a poco se tranquilizó.

Umi de repente rechazó cualquier comida que Lynx preparara, e incluso sus premios favoritos no la convencían de comer más que un mordisco. Eso asustó tanto a Lynx que consultó al veterinario, quien le envió una caja de alimento especial solo para ella.

Cat, a quien Lynx conocía como un gato muy amigable y relajado, de pronto se volvió tímido y no dejaba que Lynx lo tocara. Se escondía en rincones y cajones, y solo salía para comer y cuando era hora de abrir el café.

Lady tal vez tuvo el momento más difícil al adaptarse a que una nueva persona la cuidara y cepillara su pelaje. Le tomó a Lynx muchos días y arañosos para que el cepillado de su pelo largo y brillante quedara justo como debía.

A veces lloraba lágrimas feas de frustración en su pelaje cuando encontraba otro nudo que no podía desenredar.

Cheddar fue la menos afectada por la muerte de su madre, pero incluso su energía curiosa se había apagado por un tiempo.

A pesar de todo su duelo, seguían cuidando a los invitados que venían al café cada noche. Fuera de la sala del café, los gatos habían estado más calmados y apagados durante semanas, pero dentro, no se notaba ningún cambio. La magia de su café no se detenía solo porque su dueña había muerto, y solo les dieron un breve descanso antes de que todo volviera a la normalidad.

Esa noche Lynx no oyó las campanitas. No sabía si estaba demasiado perdido en sus pensamientos sobre vínculos y su madre, o si habían sido demasiado silenciosas. Pero cuando levantó la vista, ahí estaba Tiger de repente sentado en una de las mesas, observándolo con ojos curiosos, claramente esperando que Lynx lo notara.

Los gatos estaban reunidos a su alrededor otra vez, una imagen a la que Lynx se había acostumbrado, pero que todavía no sabía si le gustaba o le molestaba.

Recordó las palabras de Ray y su promesa de ser valiente, y se acercó lentamente a la mesa.

Todo el tiempo no podía evitar pensar que los gatos y Tiger tramaban algo.

“Hola, Tiger.”

“Lynx, hola.”

Por un momento, Lynx se preguntó dónde habría aprendido Tiger su nombre, pero luego decidió que no importaba realmente. Solo quería volver a oírlo decirlo.

“Volviste otra vez.”

“Parece que sí.”

“¿Ya sabes qué quieres pedir hoy, o prefieres otro de mis favoritos?”

“Tu elección otra vez, por favor.”

Lynx suspiró.

“No me lo pones fácil, ¿verdad? ¿Por qué no me dices qué te gustaría?”

“Pero ya te lo dije, Lynx.”

“¿Eh?”

“Tal vez ya lo olvidaste, pero te dije lo que me gusta hace unos días.”

Lynx volvió al mostrador, preparó en silencio otra bebida para Tiger y pensó en sus palabras. Lo único que le había dicho era que le gustaban los gatos, especialmente el gruñón. Nada sobre sus razones para venir tan seguido al café ni sobre su bebida favorita. Se lo dijo cuando le sirvió una taza de té de hierbas con lúpulo, canela, clavo y naranja.

“No estaba hablando de los gatos. Está claro que te gustan, lo sabes.”

“No estaba hablando de los gatos tampoco, Lynx.”

Lynx sintió que se sonrojaba bajo la mirada intensa de Tiger y se dio la vuelta, fingiendo toser.

Había algo en los ojos de Tiger, un sentimiento fugaz, una emoción que todavía lo ponía nervioso incluso estando a salvo detrás del mostrador.

Durante toda la noche, la mirada de Lynx seguía desviándose hacia Tiger, y cada vez que lo hacía, sus ojos se encontraban, como si Tiger lo hubiera estado observando todo el tiempo.

Lynx no podía sostenerle la mirada por mucho, siempre sentía que la cara le ardía, y eso lo frustraba enormemente. Para él, parecía que los gatos y Tiger se habían confabulado en su contra, pero no sabía con qué propósito. ¿Estaba pasando algo por alto? ¿Había mencionado Tiger algo más?

De repente, las palabras de Akk volvieron a su mente. El chico había hablado con él brevemente antes de que él y Aye salieran del café. ¿Qué había dicho? Algo sobre que los ojos de Tiger le recordaban a los de Aye cuando lo miraba, y que no era Tiger quien necesitaba el café, que había otra razón para que estuviera ahí, y que Lynx debería intentar verlo desde otra perspectiva. ¿Otra perspectiva? “*Al revés*”, había sido la elección de palabras de Akk.

Otro acertijo que la mente de Lynx aún no podía resolver.

Bueno, estaba claro que no venía por las bebidas. Lynx las preparaba con todo el cariño y cuidado que podía, como para todos sus clientes, solo que con un poco más de reticencia, y ni una sola vez Tiger había comentado algo al respecto. Eso lo molestaba.

Ver a Tiger en el suelo otra vez, rodeado de gatos felices, cuando fue a llevarse la taza vacía, irritó aún más a Lynx, y antes de poder detenerse, oyó salir de su boca palabras que no quería decir.

“Tal vez, si te gustan tanto los gatos, ¡deberías quedarte más tiempo, no solo unas partes de cada noche!”

Agarró la taza y se alejó furioso, molesto con todo, pero sobre todo consigo mismo.

No vio cómo Tiger se sonrojaba, ni su sonrisa tímida cuando los gatos empezaron a bailar felices a su alrededor.

Capítulo 11: Noche 11 – Tiger en una misión

Tiger caminaba por su ciudad lleno de emoción. Todo su cuerpo vibraba; daba saltitos y tarareaba una melodía alegre. Justo ahora cruzaba otra calle, siempre atento a que el *Silent Cat Café* apareciera en alguna esquina. Cada noche le tomaba un tiempo diferente encontrarlo, así que todavía no se preocupaba. La noche aún era joven, y la idea de ver pronto a los gatos y a Lynx era suficiente para hacerlo sonreír como un tonto enamorado.

Todavía no podía creer la invitación de Lynx. Pero todos los gatos le habían asegurado que debía prepararse para quedarse un buen rato cuando volviera a visitarlos. Cuando Lynx casi gritó esas palabras, tan llenas de fastidio, se armó un alboroto feliz entre los gatos. Fue difícil entender una sola palabra. Todos hablaban al mismo tiempo, diciéndole qué llevar y cómo convencer a Lynx de dejarlo quedarse si, de alguna forma, no lo había dicho en serio como los gatos (*y él*) esperaban.

Así que ahí estaba, cargando una bolsa con las cosas que podría necesitar en una o dos semanas, una bolsa extra con premios para los gatos (*por órdenes de ellos*) y una cajita pequeña con los dulces favoritos de Lynx, también sugeridos por los gatos.

Se había asegurado de que todo estuviera en orden: las plantas regadas, una llave de su apartamento dejada con un vecino de confianza, todos sus trabajos cerrados y las entregas canceladas por el próximo mes.

Se había despedido de su familia y los había abrazado un poco más fuerte de lo usual, diciéndoles que se iba de viaje de dos semanas a las montañas, donde tal vez no estaría localizable todo el tiempo.

Era una precaución, porque no sabía cómo se movería el tiempo mientras estuviera en el lugar de Lynx, ni si habría señal dentro del café, y no quería preocupar a su familia.

Por si Lynx no lo dejaba quedarse, Tiger planeaba irse de verdad a las montañas y tomarse unas merecidas vacaciones. Aparte de sus visitas nocturnas al *Silent Cats Café*, hacía demasiado tiempo que no hacía algo solo para él.

Caminar por la ciudad sin un objetivo real, solo esperando ver un vistazo del café, le dio a Tiger tiempo para recordar algunas de las cosas que los gatos le habían contado sobre Lynx. En los primeros días, habían estado tan emocionados de conocer a alguien que podía entenderlos que lo llenaron de cariño y le contaron todas sus historias de vida y detalles del café, de su antigua dueña y la relación tensa entre ella y Lynx, sin mucho orden, mientras también probaban su atención y su don hacia ellos.

Tiger tuvo que admitir que había olvidado algunas cosas que le contaron. Simplemente eran demasiadas historias e información. Pero algunas se le habían quedado grabadas.

“Está solo”, había dicho Nami sobre Lynx en su primera noche en el café.

“Hay una sombra en su alma que no podemos levantar”, explicó Umi mientras le acariciaban la cabeza.

“Lynx necesita un amigo, no sólo a nosotros los gatos”, dijo Lady después de observar a Lynx un momento.

Solo cuando se dieron cuenta de que volvía cada noche y planeaba seguir haciéndolo todo el tiempo que pudiera, se calmaron un poco, y él pudo preguntarles detalles importantes sobre sus vidas, el café y Lynx.

Lynx, que parecía tan abrazable con sus suéteres suaves, los calcetines cálidos y coloridos, los rizos suaves que se veían tan tentadores y su sonrisa cálida cuando atendía el café, pero que al mismo tiempo tenía un aura tan triste. Parecía un gato que había sido herido demasiadas veces y había aprendido a depender solo de sí mismo, sin volver a confiar en nadie. Era una mezcla de *“no me toques, no te acerques”* y un anhelo silencioso de ser visto y abrazado, lo que hacía que Tiger quisiera gritar desde los techos que estaba ahí y listo para darle todo el amor y apoyo que su corazón rebosaba de deseo por estar cerca de él, pero tenía demasiado miedo de actuar y ahuyentarlo.

“Necesita que alguien le muestre amabilidad y cuidado. Nunca lo admitiría, pero anhela ser amado, ¿sabes?”, le dijo Cheddar en tono conspirador una noche, como si no fuera obvio que todos los gatos pensaban lo mismo.

“Habla con nosotros, aunque ahora menos, pero necesita a alguien que no solo escuche como nosotros, sino que también responda... Digo, nosotros siempre le respondemos, pero él no nos entiende como tú”, dijo Celeste, mirando a Lynx con preocupación.

"Su madre podía... tuvimos los mejores momentos con ella hablando de todo y de nada", agregó Cat.

"No sabemos por qué Lynx no puede oírnos. ¿Será la sombra fría?", reflexionó Moomii.

Y así seguía.

"Tal vez tú puedes ayudarlo. ¿O enseñarle? ¿O amarlo? ¿Puedes amarlo, Tiger? Ya lo miras con corazones en los ojos cuando crees que nadie te ve. Pero Lynx es tímido. Necesita más tiempo para conocerte mejor. Las noches no son suficientes. Tienes que quedarte más tiempo. Y hablar con él. Mostrarle que te importa él y el café..."

Aunque cómo se suponía que iba a hacer todo eso, los gatos no se lo dijeron. Solo insinuaban. Y él había observado algunas cosas por su cuenta: el cajón atascado, el cuadro en uno de los estantes que antes colgaba en la pared donde ahora faltaba el clavo, o la mesa tambaleante. Cosas pequeñas como esas serían fáciles para Tiger de arreglar, y le encantaría hacerlo por Lynx, pero no podía simplemente hacerlo sin al menos algún tipo de permiso.

Y si le dejaran meter alguna palabra de vez en cuando, sin interrumpirlo, también le encantaría hablar con Lynx, escuchar sus pensamientos, preocupaciones e historias.

Así que ahí estaba ahora, sin un plan real pero con el corazón lleno de amor para darle al café, a los gatos y a Lynx. Tiger había armado un discurso completo en su mente para convencer a Lynx de dejarlo quedarse un tiempo, incluso había tomado notas (*el papel ya arrugado en el bolsillo de su chaqueta*). Pero cuando por fin vio el café, su mente se quedó en blanco y todas las palabras cuidadosamente seleccionadas se desvanecieron en el aire frío de la noche, que por una vez no estaba iluminada por las auroras boreales.

La campanita sonó mal otra vez cuando abrió la puerta con las manos sudorosas. Al entrar, Lynx estaba detrás del mostrador, como siempre, sin notar su llegada. Los gatos vinieron a saludarlo a su manera típica, rebosantes de alegría y emoción, y por primera vez Tiger logró apartarse de ellos después de saludar brevemente a cada uno y fue directo al mostrador para hablar con Lynx.

Lynx debió oír sus pasos, porque se dio la vuelta lentamente, con una clara sorpresa en el rostro al ver que alguien entraba a su café sin que él lo notara.

Se veía tan lindo que Tiger quiso apretarle las mejillas, besarle la nariz y abrazarlo todo al mismo tiempo. En cambio, levantó sus bolsas, mostrando que venía preparado.

"Entonces, ¿dónde puedo dejar mis cosas?"

Lynx solo lo miró fijamente, mientras los gatos detrás de Tiger claramente se sorprendían por su audacia.

"No, no, Tiger, ¿qué estás haciendo?" preguntó Cat, fingiendo desmayarse después.

"Te dijimos que lo fueras despacio, no que lo atacaras así..." regañó Cheddar.

Tiger sintió la mirada juzgadora de Lady y esperaba que los premios que había traído fueran suficientes para romper el silencio helado de Moomii, Umi y Celeste. Solo Nami parecía no afectada por su comportamiento y esperaba con calma la reacción de Lynx.

Todo empezó con un suspiro resignado, pero las palabras que siguieron dejaron atónito no solo a Tiger, sino también a los gatos.

"Ven conmigo, ya preparé la habitación de invitados para ti."

Capítulo 12: Noche 12 – Llorando el amor maternal

Lynx despertó con el olor a café y los ruidos de alguien trajo en su cocina. Se frotó los ojos y se pellizcó el brazo izquierdo, convencido de que seguía soñando, hasta que recordó a su invitado.

Tiger.

Lynx gruñó para sus adentros, pensó en la noche anterior y se volvió a tapar con la manta hasta la cabeza.

¿Qué demonios de los gatos lo había hecho invitar a Tiger de esa forma, y por qué, cuando él llegó todo preparado, decidió dejarlo quedarse? ¿Por qué pensó que era buena idea dejar entrar a un extraño en su casa?

Que estaba preparando la habitación de invitados se le ocurrió mientras ya estaba cambiando las sábanas, después de quitar el polvo y pasar la aspiradora. Y como ya casi había terminado todo, decidió completar la preparación de la habitación, incluso poniendo algunos libros, un reloj despertador y un vaso con una botella de agua en la mesita de noche para hacerla más acogedora. Los gatos se mantuvieron alejados; a ninguno le gustaba el ruido de la aspiradora, e incluso se apartaban cuando solo estaba guardada en el almacén. Pero Lynx estaba seguro de que se alegrarían de recibir a Tiger, y su reacción de la noche anterior solo se lo confirmó. Para él, Tiger podía ser un extraño, pero los gatos lo habían hecho amigo desde hacía tiempo, lo adoraban y confiaban en él.

Y Lynx confiaba en los gatos. Ellos sabían distinguir a las buenas personas de las malas.

Algo que su hermanastro Leo había aprendido por las malas.

Cuando vino a reclamar el café como suyo (*de alguna forma asumía que le correspondería a él*), la puerta del café no se abrió para él. No importaba cuántas veces lo intentara ni cuánta fuerza pusiera para entrar a la fuerza, la puerta no cedía. Desafortunadamente para Leo, los gatos sí pudieron salir, le sisearon con violencia y Lady incluso logró arañarlo.

No estaban contentos con su presencia y después necesitaron muchos premios extras y caricias de Lynx.

Lynx tuvo que admitir que en ese momento una pequeña parte de él había esperado deshacerse del café, de los gatos y de la responsabilidad de esa forma. Había demasiados recuerdos y malos sentimientos atados a ese lugar, y habría preferido simplemente alejarse de todo.

No lo hizo. Aunque no fue realmente una decisión consciente. Se quedó. Por los gatos. Por las almas solitarias. Por su madre. Por sí mismo.

Y ahora estaba ahí, con una casa llena de gatos que ya no parecían quererlo tanto, y un extraño cuyas intenciones todavía no conocía.

Tiger parecía tan empeñado en quedarse más tiempo, e incluso llegó preparado con regalos y premios. Como si necesitara más oportunidades para que los gatos lo amaran. También se ofreció a ayudar en el café, lo que, Lynx tuvo que admitir, se sintió bien por un momento. Hasta que recordó su sueño, y el miedo de que alguien le quitara el café regresó.

¿Era ese el plan todo el tiempo de Tiger y los gatos? ¿Engañarlo con una falsa sensación de paz, hacerle mostrar todo lo que necesitaba saber para manejarlo solo y luego...? Lynx no podía imaginar qué le pasaría en ese caso. ¿Lo dejarían afuera, sin poder volver nunca? Los escenarios que su mente le proporcionaba eran cada vez más terribles. Pero entonces su corazón habló, recordándole el calor que Tiger parecía esparcir, la forma en que siempre reía con los gatos y cómo ellos lo adoraban, cómo a veces parecía nervioso, cómo sus hoyuelos eran los más lindos que Lynx había visto nunca...

Su corazón y su mente estaban claramente en páginas diferentes en esta batalla. Su mente parecía lista para pelear con uñas y dientes para proteger el café de cualquier daño, sin confiar en Tiger en absoluto, mientras que su corazón estaba decidido a darle una oportunidad para mostrar sus verdaderas intenciones.

Suspiró en silencio, apartando esos pensamientos oscuros. No solo se sentía demasiado cansado y frío para pelear con nadie, sino que también sospechaba que esto podría ser

una oportunidad de un poco de felicidad para él. Tiger tal vez no fuera esa persona de sus sueños, lista para cumplir todas sus esperanzas y deseos. Pero quizás, si era valiente y abría su corazón, Tiger podría convertirse en el amigo que tanto necesitaba desesperadamente.

Lynx tuvo que reírse de sí mismo y de lo ridículo de la situación. ¿Por qué había estado más que dispuesto a dejarle el café a Leo, quien claramente no estaba preparado para manejarlo ni cuidar a los gatos como ellos lo demandaban y necesitaban, pero cuando se trataba de Tiger, quien había demostrado más que suficiente que los gatos lo amaban y confiaban en él, era tan reacio a dejarlo entrar? Algo había cambiado con el tiempo, aunque Lynx no quería admitirlo. Había llegado a amar a los gatos y al café. Nunca había sido planeado así, pero se habían convertido en su hogar y su familia, y los protegería de cualquier daño con todo lo que tenía.

Lynx pensó en todas las noches en que Tiger venía al café y en cómo siempre trataba a los gatos con tanto amor y cuidado. Incluso en las pocas interacciones que habían tenido, había sido gentil con él, mientras que Lynx a menudo había estado molesto y ni siquiera había intentado ocultarlo.

Sí, había invitado a Tiger por los gatos. Especialmente por el triste y gruñón, con la esperanza de hacerlos felices de nuevo. Pero si era honesto consigo mismo, tenía que admitir que también lo había invitado por sí mismo, para disfrutar un poco de su calidez, de su sonrisa y de esos hoyuelos adorables que hacían que su corazón latiera con emociones desconocidas. Podían ablandar el corazón de cualquiera, y el suyo, que solo anhelaba los más pequeños pedacitos de amor y cariño, no tenía ninguna oportunidad.

Tal vez tomaría un poco más de tiempo bajar completamente la guardia con Tiger, dejarlo entrar no solo en su casa sino también en su corazón, pero Lynx estaba listo para al menos intentarlo.

Con una determinación renovada, Lynx se puso su suéter más suave, sus pantalones más cómodos y sus calcetines más lindos. Se sentía seguro con esa ropa, como si llevara una especie de armadura especial. Y si quería verse un poco más lindo que en un día normal sin un invitado en su cocina, eso era asunto suyo. Iba a intentar acercarse un poco más a Tiger, dejarlo entrar y ver si sus corazones se conectaban o no.

Cuando Lynx bajó a la cocina, los gatos ya estaban comiendo felices, y Tiger justo le servía una taza de café.

“Buenos días, Lynx.”

“Buenos días, Tiger.”

“Espero que esté bien que haya empezado sin ti. Los gatos parecían hambrientos...”

Un coro de maullidos resonó en la cocina.

“Pero me dijeron todo lo que necesitaba saber para alimentarlos y prepararte el desayuno, ya sabes, dónde está todo y qué te gusta más...”

“¿...y darles porciones extras? Esto es casi el doble de lo que suelen comer en el desayuno. ¿Vas a limpiarlos a ellos y su desastre cuando empiecen a sentirse mal después?” Lynx estaba dividido entre divertirse con las travesuras de los gatos y regañar a Tiger, y trabajó duro para ocultar su sonrisa.

“Lo siento, no sabía. Solo hice lo que me dijeron” Tiger se rascó la cabeza con timidez.

“Está bien. Solo recuerda nunca creerle a un gato cuando habla de hambre o inanición. Tienden a estar hambrientos todo el tiempo y luego vomitan cuando... bueno, ya entiendes. Por favor, no los sobrealimentes de nuevo, ¿de acuerdo? Voy a colgar un plan para ti, así ves la cantidad correcta de comida y premios. Y ustedes...” Lynx se volvió hacia los gatos, “...ya saben qué significa esto. Nada de premios hoy.”

Un coro de maullidos tristes fue la respuesta.

“No finjan estar tristes ahora. Sabían perfectamente lo que hacían al decirle a Tiger que les diera más comida. Todos conocen las reglas.”

Lynx se sentó a la mesa de la cocina y sintió que se le hacía agua la boca al ver todo.

“Gracias por preparar el desayuno, Tiger. Todo se ve delicioso.”

Si Lynx tuviera que describir la transformación en el rostro de Tiger, desde enterarse de que los gatos lo habían engañado hasta que Lynx elogió su desayuno, sería algo así como el cachorro más triste que acaba de ser regañado por su dueño, hasta un cachorro muy feliz con la cola moviéndose y la sonrisa más brillante después de recibir elogios. Una sonrisa con los hoyuelos más lindos.

Comieron en un silencio relativo. Los gatos habían bajado el ritmo después del regaño, y Lynx esperaba que mantuvieran todo adentro. Un gato vomitando era malo, ¿pero siete? Solo los recuerdos lo hacían estremecer.

Después, Tiger insistió en lavar los platos y guardar todo, y Lynx pudo verlo moverse con calma y facilidad por la cocina, como si siempre hubiera vivido ahí. Era extraño, pero también lindo y reconfortante de una forma que hacía que el corazón de Lynx se hinchara. Le recordaba tanto a sus sueños que por un momento temió seguir durmiendo. Si Tiger seguía tratándolo así, sin duda se instalaría en su corazón en el menor tiempo

possible, y sería tan difícil dejarlo ir después. Lynx decidió no pensar en eso por ahora. Era solo su primer día juntos bajo el mismo techo; no tenía sentido pensar ya en el final de la visita de Tiger.

Cuando la noche se asentó sobre el café y era hora de abrir, Lynx había pasado un rato mirando las auroras boreales desde la ventana, mientras Tiger jugaba con los gatos.

Esta vez oyó las campanitas sobre la puerta, pero sonaban todas mal. Si no fuera porque entró su primer invitado, las habría cambiado de inmediato.

El hombre que entró iba vestido de negro y rodeado de una nube oscura de duelo, con algo más debajo que Lynx no pudo identificar al principio. Su rostro estaba hinchado, sus ojos rojos de tanto llorar, y las huellas húmedas en sus mejillas no se habían secado del todo.

El hombre se sentó con un largo suspiro en una de las mesas, sin prestar atención a los gatos ni a su entorno. Lynx le dio un momento para calmarse y aclarar su mente antes de acercarse con cuidado.

“Bienvenido al *Silent Cat Café*, donde ofrecemos abrazos en todas las formas posibles. ¿Le gustaría pedir una bebida? ¿Conocer a uno de nuestros gatos? ¿Un bocadillo? ¿O solo quedarse un rato aquí, sin que lo molesten?”

“Yo... creo que quisiera un vaso de leche caliente con miel. Y un abrazo, definitivamente necesito un abrazo.”

“¿Quiere la bebida primero y el abrazo después, o al revés?”

“¿Eh? Ah, supongo que la bebida primero.”

Lynx se puso a trabajar y no pudo evitar recordar las pocas veces que su madre le había preparado esa bebida. Solía ser cuando estaba enfermo o necesitaba consuelo. Eran recuerdos agridulces, y los apartó lo más que pudo para no arruinar la bebida con ellos. Eligió una taza con girasoles brillantes y usó miel de flores silvestres para endulzar la leche de su invitado.

Lynx no estaba seguro de su elección de taza, porque el hombre empezó a llorar en cuanto vio las flores. Pero había una pequeña sonrisa entre las lágrimas, así que tal vez no había sido tan equivocado como temía.

Tiger y los gatos los observaban en silencio desde un rincón. Era extraño ver a Tiger sentado en una mesa otra vez y no en una de las alfombras, pero la vista de él también

le daba fuerza a Lynx en silencio. Ofreció pañuelos a su invitado, y también su compañía, que el hombre aceptó con gratitud.

El hombre tomó un sorbo de su bebida, y Lynx ni siquiera tuvo tiempo de sentarse antes de que las lágrimas volvieran a derramarse y no pararan. El hombre lloró y lloró, todo su cuerpo temblaba de sollozos, y habría caído lentamente de la silla si Lynx no lo hubiera sostenido. El hombre se aferró a él como alguien que se ahoga y desespera por ser salvado.

Lynx lo sostuvo a través de todo con un abrazo suave y reconfortante. Se enteró de que el hombre acababa de enterrar a su madre, el último progenitor que le quedaba. Que su madre había sido su mejor amiga, su mayor apoyo y su cómplice, y que no sabía cómo seguir adelante sin ella. Todo había sido tan repentino. Un día hacían planes, y al siguiente ella ya no estaba.

Se culpaba por no haber sabido que su madre estaba enferma, por no haber pasado más tiempo juntos, por correr detrás de alguien que solo lo veía como un hermano menor y desperdiciar tiempo precioso que podría haber pasado con ella, o al menos conociendo a alguien más.

Lynx lo hizo hablar de ella y de sus recuerdos: su lakorn favorito que veían todos los domingos, su amabilidad con amigos y extraños, su sonrisa y risa, lo orgullosa que estaba de su hijo, la canción que siempre cantaba y que él, Gaipa, ahora finalmente había cantado para ella cuando ya era demasiado tarde, el día del funeral.

El corazón de Lynx dolía por el hombre y sus pérdidas, pero también un poco por sí mismo y por el amor de una madre que nunca había experimentado. Lloró a la madre de Gaipa junto con él, compartió su dolor, y a través de todo eso, incluso pudo llorar por su propia madre por primera vez.

Al final, Gaipa pudo saludar a algunos de los gatos, acariciarles la cabeza y rascarles la barbilla, y cuando se fue, no solo su corazón se sentía un poco más ligero. Lynx también sintió que algo del peso en su alma se había levantado.

Capítulo 13: Noche 13 – Voces en tu cabeza

Cuando Lynx despertó con los sonidos de alguien rebuscando en su cocina otra vez, ya no le resultó tan extraño ni tan aterrador como el día anterior. Disfrutó quedarse en la cama, revolcándose perezosamente cinco minutos más, sin sentirse culpable, sabiendo que los gatos estaban siendo atendidos. También se tomó su tiempo en la ducha y eligió otro conjunto cómodo para el día antes de bajar a empezar el día. O la noche. Dependiendo de cómo se mire.

La luz en la cocina era cálida y acogedora, pero el mundo afuera de la casa ya se había vuelto oscuro. Las pocas horas de luz del día habían pasado mientras Lynx soñaba.

Esta vez, Tiger había alimentado a los gatos siguiendo el plan, aunque confesó a Lynx mientras se sentaba que había colado uno o dos premios extras para cada gato. Lynx solo sacudió la cabeza, sonriendo.

Tiger era incorregible en su amor por los gatos.

Lynx disfrutó el desayuno otra vez. Que lo cuidaran así se sentía bien, casi como unas vacaciones, ya que normalmente solo comía un tazón de cereal o un poco de pan con mermelada, sin siquiera sentarse. Que Tiger también lavara los platos después y lo ayudara con las cajas de arena y la limpieza del café le dio a Lynx tiempo para hacer otras cosas: algunas para el café, pero también algunas para sí mismo. Incluso tuvo tiempo de ver una parte de un documental sobre uno de sus artistas favoritos que llevaba siglos queriendo ver. Algo en la parte de la entrevista le recordó las campanitas de la puerta, y fue a cambiarlas de nuevo.

Tiger y los gatos jugaban felices en la sala, mientras él entraba y salía del almacén. Solo cuando sacó la escalera otra vez captó el interés de los gatos, que dejaron a Tiger solo para ser los primeros en subir los peldaños.

“¡Ey! ¿A dónde van? ¡No me dejen solo!” gritó Tiger con un puchero que hizo que el corazón de Lynx se debilitara.

“Solo síguelos. Me vendría bien que alguien sostenga la escalera mientras subo a cambiar las campanitas.”

Esta vez, Lynx se sintió mucho más seguro en la escalera, aunque los gatos estaban más locos que antes, subiendo y bajando los peldaños a su lado, tropezando con sus pies o aferrándose a sus piernas. Se estaban divirtiendo, y Tiger parecía disfrutarlo también, a juzgar por las risitas y chillidos que se le escapaban.

Pronto las nuevas campanitas estaban en su lugar, las otras guardadas de nuevo en el almacén, su caja marcada con una pequeña x – demasiado silenciosas.

Como todavía quedaba algo de tiempo antes de abrir el café, Lynx decidió leerles un poco más a los gatos y se acomodó en su sillón. De repente tenía sentido que hubiera dos: con Tiger sentado a su lado y los gatos reunidos alrededor de ellos. Tomó el libro, abrió la página, pero luego se lo pasó a Tiger.

“¿Tal vez te gustaría leernos a nosotros?”

“¿Qué? ¿Yo?”

“A los gatos les encanta escuchar esas historias, y como parecen quererte tanto, quizás también les guste tu voz al leer...”

Tiger lo miró, luego a los gatos, luego al libro que Lynx todavía sostenía, y finalmente lo tomó.

“Voy a intentarlo. Nunca he leído en voz alta para alguien, ¿sabes?”

Los gatos parecían ansiosos por escucharlo y se acercaron más a Tiger, pero antes de que hubiera leído siquiera media página, un coro de maullidos lastimeros lo hizo detenerse de nuevo.

“No creo que les guste mi estilo de lectura.”

“¡Miau!”

“¡Miiiau miau miau!”

“Miau, miau miau.”

Lynx no entendió ni una sola palabra, pero Tiger parecía debatirse entre reír y llorar.

“Dicen que debería hacer las voces diferente, y leer con más pasión, más como tú.”

“¿Yo?”

“Sí. A todos les encanta cómo lees tú, y quieren que yo lo haga igual.”

Lynx todavía no estaba del todo convencido de que Tiger realmente pudiera entender a los gatos, aunque todo apuntaba a que sí, pero oír eso igual lo llenó de calidez. Fuera cierto o no, era la primera vez que escuchaba que los gatos realmente lo querían y lo apreciaban por algo que hacía, y no solo lo veían como el abrelatas y cuidador.

“Ah... a mí también me gusta leerles...”

“Entonces, ¿tal vez deberías leernos tú y mostrarme cómo se hace?”

Lynx sintió que se sonrojaba bajo la mirada suave de Tiger y empezó a leer con voz temblorosa. Pero pronto se sumergió en la historia y casi olvidó su entorno. Los maullidos suaves de vez en cuando le indicaban que los gatos estaban escuchando y probablemente discutiendo sospechosos y teorías. Cuando terminó el capítulo y cerró el libro, Tiger y los gatos protestaron ruidosamente.

“Les leeré de nuevo mañana, lo prometo. Pero ahora es hora de abrir el café.”

Lynx fue adelante, los siete gatos y Tiger lo siguieron detrás, haciéndolo sentir por un momento como un ganso guiando a sus crías, porque en realidad eran más a Tiger a quien los gatos seguían ahora, no a él.

Lynx encendió las luces, acomodó algunas sillas, preparó la cafetera y se tomó un momento para admirar las auroras boreales antes de ponerse detrás del mostrador a esperar al primer invitado.

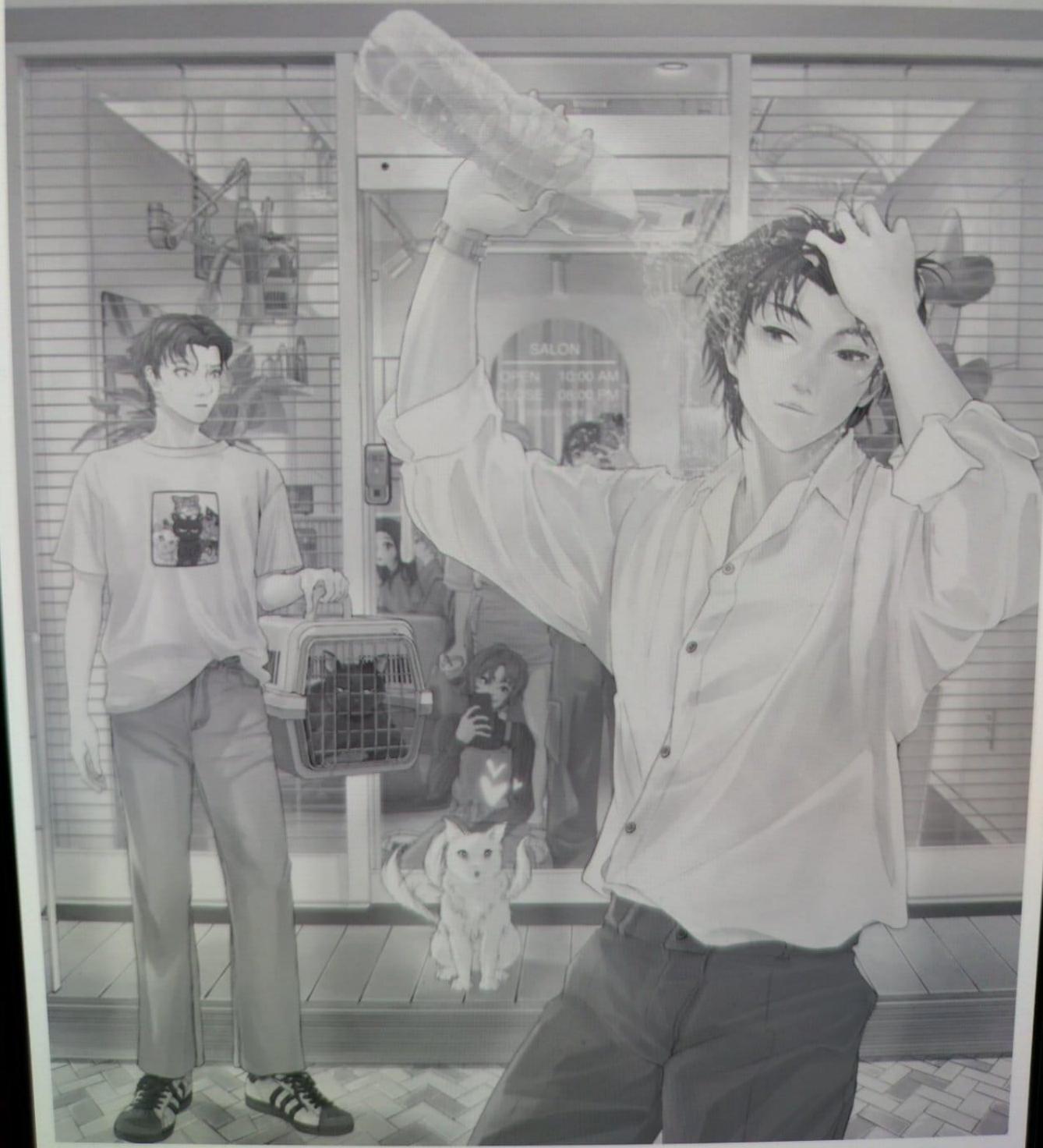
Tiger había elegido una mesa al fondo otra vez, y los gatos se acomodaron en sus lugares habituales, por una vez.

El café estaba tranquilo y lleno de calidez, el aire olía a café y canela, y una suave música de piano sonaba de fondo. Lynx sintió que su respiración se volvía más fácil, y el frío que lo había tenido tan apretado durante tanto tiempo parecía haberse aliviado un poco.

La calma no duró mucho, sin embargo. Cuando entró su primer invitado, las nuevas campanitas lo anunciaron con sonidos fuertes y ruidosos que no solo sobresaltaron a los gatos de su sueño, sino también al cliente.

Las campanitas eran otro no: demasiado fuertes y sin melodía para el café, y Lynx se sintió aliviado de que ningún otro cliente llegara durante esa noche.

SALON



Capítulo 14: Noche 14 - Atrapado en un sueño

Lynx despierta de otra pesadilla. Por un momento se siente desorientado, las luces están todas mal y la casa suena extraña a su alrededor. En su sueño, alguien vino a llevarse a los gatos, otra vez. Se tranquiliza diciéndose que solo fue su imaginación, no la realidad, pero no logra calmarse ni volver a dormirse. Solo una cosa lo ayudará ahora: ver a todos los gatos durmiendo plácidamente en sus camitas.

Por eso Lynx se levanta, se pone un suéter abrigado y baja a buscar a los gatos.

Es raro caminar por la casa a esta hora y todavía se siente como si estuviera dentro de un sueño.

Sus pasos son lentos y suaves. No quiere despertar a los gatos ni a su huésped. Tiger.

La sala está vacía. Es un poco fuera de lo normal, pero no le preocupa todavía. Lynx conoce a los gatos; a veces cambian sus lugares favoritos para dormir por unas noches, así que camas y rascadores vacíos no lo asustan. Todavía no.

Tampoco hay gatos en la cocina. Ninguno en el baño, ninguno en el cuarto de lavado.

Revisa cada canasta, incluso la lavadora, cada cajón, cada escondite que aman los gatos. Todos están vacíos.

El miedo y el frío se extienden por Lynx como una enfermedad. Quiere creer que sigue soñando, que solo tiene que despertar y todos los gatos estarán ahí, pero sabe que está despierto.

¿Dónde más puede buscarlos? ¿El cuarto de su mamá? Está cerrado con llave, seguro. ¿El cuarto de almacenamiento? ¿La cafetería? ¿Habrán logrado salir? Parece poco probable, pero aun así Lynx sale al porche. El jardín está vacío y se siente abandonado. Igual que Lynx en ese momento.

Vuelve a recorrer cada habitación, mira detrás de cada almohada, cada puerta, dentro de las ollas y cajas, debajo de las sillas, detrás del sofá. Los gatos siguen sin aparecer. Incluso regresa a su propia habitación para ver si de alguna forma los pasó por alto al despertar, pero su cuarto también está vacío.

El pánico crece en el corazón de Lynx y su búsqueda se vuelve frenética. Ya no le importa hacer ruido ni molestar a nadie. Los gatos se fueron y necesita encontrarlos.

Abre cada armario, cada puerta con llave, cada cajón e incluso revisa encima de los estantes. Nada. Su último recurso es una bolsa de los premios favoritos de los gatos. El sabor que todos adoran y que él solo les da en ocasiones especiales para que sigan siendo algo especial.

Sacude la bolsa. Nada. Hace crujir el plástico. Ninguna reacción. Abre la bolsa y deja salir el olor intenso. Ningún gato aparece. Espera un minuto, dos minutos, cinco minutos.

Nada pasa.

Justo cuando Lynx siente que las mejillas se le humedecen y las rodillas empiezan a flaquear, escucha un ruido en la casa silenciosa. Viene de arriba. Aguza el oído y ahí está otra vez: Algo como un murmullo suave, interrumpido por un maullido agudo y luego más silencio callado.

Sube las escaleras otra vez, recorre el pequeño pasillo y se detiene frente a la única habitación que no había revisado: la habitación de huéspedes. Por qué no se le ocurrió antes está más allá de su comprensión. La forma en que todos los gatos parecen gravitar hacia Tiger debería haberla convertido en su primera opción. Culpa al mal sueño y a la falta de sueño.

La puerta no está completamente cerrada, solo entreabierta, y Lynx la empuja suavemente sin hacer ruido. No debería sentirse herido por lo que ve al otro lado, ya no. Tal vez sea el alivio de que los gatos están bien, los restos del terror del sueño o sus sentimientos no resueltos hacia Tiger, pero en el momento en que su mirada pasa de gato en gato hasta posarse en el rostro feliz de Tiger (*que no lo nota*), su corazón se contrae en un dolor feo.

Tiger está sentado en la cama, con almohadas en la espalda, la manta sobre las piernas, una libreta y un bolígrafo en las manos, y parece escuchar a los gatos, que están sentados ya sea en la cama o en los muebles a su alrededor y maúllan suavemente.

Es una imagen cálida. Todos parecen felices y emocionados. ¿Y no era exactamente por eso que Lynx invitó a Tiger en primer lugar? ¿Para hacer felices a los gatos? Entonces, ¿por qué duele tanto verlo?

El dolor en el pecho de Lynx crece, amenazando con desgarrarlo, y un sonido entre suspiro y sollozo se le escapa. Por supuesto, Tiger y los gatos lo escuchan y se callan al instante.

“Lynx... ¿Te despertamos? Lo siento si fuimos muy ruidosos” Tiger mira a los gatos y los regaña. **“¿Ven? Les dije que fueran más callados.”**

Un suave coro de maullidos le responde y Lynx necesita irse.

“No... Yo... No fue nada.”

Lynx da media vuelta sin decir más y casi corre de regreso a su habitación. Los gatos están a salvo.

Debería sentirse aliviado, pero su corazón no está tranquilo en absoluto. Está a punto de estallar de anhelo. ¿De qué? Lynx ni siquiera puede ponerlo en palabras. Los últimos restos de celos hacia Tiger, que tanto se esforzaba por mantener, se desvanecen en el aire y por fin acepta que no le teme a que Tiger le robe a los gatos. Ni siquiera quiere estar en su lugar, adorado y amado por los gatos con todos sus pequeños grandes corazones. No. Él quiere estar dentro de esa imagen también, a su lado, disfrutando del calor de Tiger y siendo adorado por él como si fuera un gato más.

Lynx no duerme mucho más. Está demasiado alterado y decide empezar el día temprano. Cuando baja, los gatos ya están de vuelta en sus sitios habituales de dormir y no se mueven mientras él se mueve en silencio entre ellos. Se detiene y observa a cada gato por un momento, con el corazón lleno de emociones, y espera que sepan que los ama, aunque no siempre lo demuestre tan fuerte como Tiger.

Sale al porche con un café fuerte en la mano, aprovechando un poco de sol. El aire está fresco y claro. Será otra noche fría y se pregunta cuándo caerá por fin la primera nieve.

Esta vez prepara el desayuno él. No es un banquete como los de Tiger, pero es más que solo cereal o pan con mermelada. Se esforzó por hacerlo ver atractivo y se siente aliviado al ver la cara feliz de Tiger cuando finalmente baja a la cocina también. No hablan de la noche y Lynx no está seguro si tal vez todo fue solo un sueño. Al menos sus sentimientos son reales. De repente se siente tímido cerca de Tiger e intenta evitarlo, lo cual es una tarea imposible considerando que viven bajo el mismo techo por ahora.

Cambian otra vez las campanitas de la puerta, aunque esta vez es Tiger quien sube a la escalera.

“Déjame ayudarte, Lynx. Parecías un poco incómodo ayer y no tengo problema con las alturas.”

Los gatos suben y bajan por la escalera otra vez, divirtiéndose, y Lynx está agradecido de no tener que subir por una vez. Se queda sosteniendo la escalera firme para que Tiger esté seguro y no puede evitar robarle miradas mientras Tiger le agradece con una de sus sonrisas brillantes que sacan a la perfección sus hoyuelos. Lynx se derrite en el acto y se queda inmóvil por un momento.

Más tarde, Tiger intenta otra vez leerles a los gatos, pero siguen protestando y al final es Lynx quien lee el siguiente capítulo, mientras trata desesperadamente de no sonrojarse bajo la suave mirada de Tiger.

Cuando la puerta de la cafetería se abrió esa noche, las campanitas no hicieron ningún sonido, pero el hombre que entró tenía un aura tal (*a pesar de la tristeza que emanaba de él en oleadas*) que ninguna alma en la cafetería pudo ignorarlo. Era alto como Tiger, pero vestía de una forma que lo hacía parecer un poco mayor y tenía tatuajes por todo el cuerpo. Había una abeja grande en su pecho, algo escrito detrás de la oreja y sus antebrazos desnudos también estaban cubiertos. Miró a Lynx como si hubiera visto un fantasma y tomó asiento en una mesa junto a las ventanas, lejos del rincón de Tiger.

Lynx admitió que sintió un poco de miedo al acercarse al hombre, que parecía mucho más un cobrador de deudas que Tiger. ¿Estaba en peligro su cafetería? ¿Su mamá le dejó deudas de las que no sabía nada? Pero como el hombre no se le acercó directamente, Lynx decidió tratarlo como a cualquier cliente normal. Los gatos también parecían recelosos al principio, observándolo desde una distancia segura, y fue Cat otra vez quien se acercó un poco más antes de que los demás se atrevieran a moverse.

Cuando Lynx tomó su pedido, el hombre lo miró con tanto amor y añoranza que Lynx sintió dolor por él. Entendió que esos sentimientos no eran para él, sino para alguien que el hombre tatuado veía y que llenaba su corazón de todo tipo de emociones.

El pedido del hombre sorprendió a Lynx. No era algo que preparara a menudo y necesitó dos intentos para dejar la crema batida perfecta. Cuando sirvió el batido de chocolate con crema batida y una cereza encima, el hombre sonrió feliz. Parecía como si viera a una persona sentada en la silla frente a él y estuviera esperando a que diera el primer sorbo. Incluso sostuvo la cereza para que la persona invisible la comiera.

Algo en la escena le apretó el corazón a Lynx. Era como ver una escena de película donde faltaba uno de los personajes. Y solo empeoró. El hombre sorbió despacio su bebida, fingiendo tomar de la mano a alguien, dejando que sus dedos acariciaran los del otro.

Lynx se mantuvo ocupado con otras cosas, intentando darle al hombre la mayor privacidad posible, pero no podía evitar mirarlo de vez en cuando. Nami, Cheddar y Cat seguían cerca de él, pero salvo el contacto inicial, el hombre había ignorado a los gatos hasta ese momento.

Un sonido fuerte de sorber alertó otra vez a Lynx. Lo hizo feliz, porque lo tomó como señal de que el batido había estado delicioso. Esa sensación no duró mucho. Cuando el hombre se levantó poco después, Lynx pensó al principio que se iba, aunque su corazón parecía tan pesado como cuando entró. En cambio, el hombre empezó a bailar al ritmo

de una melodía que sólo él escuchaba y con una pareja que no estaba ahí. Para Lynx, fue como si el hombre estuviera viviendo en un sueño, tal vez incluso en un recuerdo. El hombre se mecía lentamente de un lado a otro, sosteniendo a alguien en sus brazos con una gentileza tan posesiva que hizo que Lynx se le llenaran los ojos de lágrimas. No sabía cómo se sentía ser abrazado así ni abrazar a alguien querido de esa forma, pero entendía el anhelo y pensó que quizás conocer y extrañar esa sensación era mucho, mucho más difícil de soportar que añorar algo desconocido.

Lynx intentó secarse las lágrimas en secreto, pero Tiger debió verlo, porque apareció con pañuelos para él cuando se dio la vuelta y se los ofreció sin decir palabra.

Al final fue Celeste quien recibió los abrazos del hombre mientras sus lágrimas empapaban el pelaje, haciendo que las diminutas manchas blancas brillaran como estrellas reales. Encajaban muy bien, demostrando una vez más que los gatos sabían perfectamente cómo consolar a sus visitantes, porque cuando Lynx escuchó un momento lo que el hombre le decía a Celeste, oyó que le hablaba de sus constelaciones favoritas y de la Vía Láctea.

Capítulo 15: Noches 15-18 - El aspecto secreto del arte del café

En los días y noches siguientes, Lynx cayó en una nueva rutina. De noche, seguía detrás del mostrador de la cafetería atendiendo a los clientes, con Tiger sentado en algún rincón, jugando con los gatos cuando no los necesitaban en otro lado. Y cuando la cafetería cerraba, todas las tareas se compartían entre ellos, y aprovechaban el tiempo para conocerse un poco mejor.

Aunque todavía le resultaba extraño compartir su espacio, sus tareas y sus responsabilidades con alguien, Lynx tenía que admitir que también era agradable tener a Tiger cerca. Formaban un buen equipo cuando se trataba de cuidar a los gatos. Bañarlos nunca había sido tan fácil como ahora con otro par de manos que ayudaban. A Tiger le encantaba jugar con ellos, pero acudían a Lynx por cepillados y caricias extra. Especialmente Lady no estaba contenta con la forma en que Tiger le cepillaba el pelaje y maullaba con fuerza.

“Tienes que ser extra suave con ella y su pelaje; necesita un poco más de cuidado que los demás, y tenemos muchos cepillos diferentes para cada uno de sus estados de ánimo.”

A Tiger le encantaba cocinar, y a Lynx le encantaba su comida. No tanto la limpieza después, pero Tiger lo consentía. A Tiger le encantaba escucharlo leer, y Lynx estaba feliz de tener otro par de oídos escuchando su voz.

Los gatos también parecían más vivos y felices. Donde iba Tiger, ellos lo seguían, a veces incluso se colaban con él al baño, solo para ser echados fuera un momento después. Cuando Tiger descansaba, ellos dormitaban cerca. Cuando estaba ocupado por la cafetería o la casa, intentaban ayudarlo. Cuando hablaba, se reunían a su alrededor y escuchaban.

Lynx supo más sobre su familia y su trabajo, que además de ellos nadie lo esperaba afuera, lo que lo hizo mucho más feliz de lo que quería admitir. Y por fin obtuvo la confirmación de que Tiger realmente podía hablar con los gatos. Lo había mirado un poco asustado cuando se lo contó a Lynx, pero él lo tranquilizó de inmediato. No le parecía raro ni aterrador; más bien lo encontraba práctico para una cafetería como la suya, y enternecedor cuando Tiger discutía con los gatos, mientras Lynx solo entendía su parte de la conversación.

Cambiaron las campanitas de la puerta dos veces más antes de volver finalmente a la original.

“¿Por qué no ponías una campana tras otra y las probabas? ¿No habría sido mucho más fácil que cambiarlas todos los días?”

“Tal vez, pero... no puedo abrir esa puerta.”

“¿Eh? ¿Por qué no?”

“No lo sé. Tiene que ver con la magia de este lugar.”

“¿Y si yo abriera la puerta por ti?”

“Tampoco funcionaría. Por alguna razón, las campanitas solo anuncian la llegada de alguien, pero se quedan en silencio cuando se van.”

“¿Y si yo saliera un momento?”

“Podrías, claro. Pero no es seguro que encuentres la cafetería de nuevo si sales una vez, aunque hayas vuelto tantas veces.”

“¿Por eso siempre miras las auroras boreales solo desde la ventana en lugar de salir?”

“Ah, sí. Siempre soñé con verlas, ¿sabes? Pero no así. Me encantaría simplemente pararme debajo de ellas un rato y disfrutar de su belleza. Estoy seguro de que deben ser mucho más impresionantes afuera que viéndolas desde detrás de una ventana.”

Un día, Tiger decidió que quería aprender a hacer arte en el café. Ya había memorizado el menú de la cafetería y había probado algunos de los tragos más fáciles, pero si quería

ser de verdadera ayuda para Lynx, dijo, también necesitaba dominar esto. El coro de maullidos a su alrededor le mostró a Lynx que los gatos apoyaban con entusiasmo a Tiger, quien se puso a trabajar con mucha energía, pero se topó con el primer obstáculo en forma de la espumadora de leche. El aparato gorgoteaba, escupía y silbaba, y Tiger actuaba como si estuviera luchando por su vida.

“¿Por qué esta cosa es tan ruidosa? ¿Y escupe agua caliente? ¡Lynx! Podrías haberme advertido, y ustedes...” Tiger se giró hacia los gatos. **“Ya veo que a todos les parece divertido, pero ¿y si pasa algo?”**

“No te va a pasar nada, Tiger. Solo necesitas un poco más de confianza y...” Otro chirrido agudo se escuchó, haciendo que Tiger retrocediera y casi dejara caer la jarra, mientras los gatos le sisearon de vuelta a la máquina. Pero Lynx nunca perdió la calma, solo se acercó más a Tiger, puso sus manos sobre las de él y guió lentamente sus movimientos.

“¿Ves? Así, justo así. Ahora manténlo hasta que la espuma llegue a la marca. Mientras tanto yo preparo unas tazas y café para nosotros.”

“No, Lynx, no me dejes solo con esta máquina. Estoy seguro de que ya está planeando mi muerte sin ti aquí para protegerme.”

Lynx se acercó otra vez, pero con cuidado de no tocar a Tiger. De dondequiera que hubiera salido ese breve arrebato de valentía hacía un momento, ya no lo sabía, y ya se había ido, dejando su corazón casi saltando del pecho, la sangre acelerada y las manos sudorosas. Por suerte para él, Tiger estaba demasiado concentrado en su tarea como para notar nada.

Cuando la espuma de leche tuvo la consistencia perfecta, Lynx hizo que Tiger parara y empezó a mostrarle cómo hacer diferentes tipos de arte en el café, ya sea solo vertiendo la leche o con ayuda de un palito pequeño y una cuchara. Hojas, corazones, animales, espuma con forma de gato... Lynx podía hacerlos todos. Le había tomado un tiempo aprenderlo todo, y todavía no era tan bueno como lo había sido su madre, pero estaba orgulloso de su trabajo.

Lynx no esperaba que Tiger dominara todo de una vez ni siquiera en el primer intento, y Tiger pronto descubrió que la espumadora había sido solo un pequeño obstáculo comparado con la espuma. Su hoja era solo un borrón. El corazón salió como una nube enojada. El sol que dibujó asustó hasta a los gatos, y el gato bañándose en el café se convirtió en una especie de hongo. Tal vez. En resumen, las habilidades de arte en el café de Tiger eran un desastre, pero su intento tan sincero y apasionado era adorablemente tierno para Lynx, quien incluso alababa sus peores intentos con una sonrisa.

“Lynx, admítelo, maldijiste la espuma, o la jarra, o el café. ¿Por qué no funciona? Se ve tan fácil cuando lo haces tú.”

“Deberías haber visto mis primeros intentos, los tuyos son mucho mejores que los míos, créeme.”

“¿Puedes mostrarme una vez más? Quiero lograr al menos una cosa bien hoy.”

Lynx tomó la leche y otra taza para hacer otra figura.

“No, así no. ¿Puedes guiar mis manos otra vez? Estoy seguro de que quedará perfecto si lo hacemos juntos. ¿Por favor?”

¿Y quién era Lynx para negarle esos ojos de cachorro? Era incluso más difícil que resistir los ojos suplicantes de Umi, así que realmente no tenía ninguna posibilidad.

“Está bien, ven aquí. Es mejor que te pongas detrás de mí, eres tan alto que de la otra forma no vería lo que hago.”

Cuando Tiger se colocó detrás de él y se acercó tanto que su pecho se pegó a la espalda de Lynx, este sintió que la cara le ardía. Los brazos de Tiger lo rodearon, sus manos se posaron sobre las de Lynx, y casi se sintió como un abrazo, suave, cálido, y Lynx solo quería derretirse. Sus manos temblaban un poco cuando empezó a verter la leche, pero al final apareció un hermoso corazón dentro de la taza.

“¿Ves? Te dije que quedaría perfecto si lo hacíamos juntos.”

Lynx sintió que se sonrojaba aún más que antes y ocupó sus manos limpiando un poco.

Para no desperdiciar todo lo que habían usado, decidió prepararles un *cookieccino* especiado de invierno. Aunque era una bebida fría y más adecuada para días calurosos de verano, sintió que era la bebida perfecta para terminar su aventura del arte del café.

Capítulo 16: Noche 19 - Aventuras invernales en la cocina

Lynx despertó con Umi y Cheddar durmiendo acurrucados a su lado y se acomodó de nuevo en la almohada con un suspiro feliz. Hacía tiempo que no despertaba así, y trató de disfrutar el momento todo lo que pudiera. Los ruidos que venían de abajo le indicaron que los demás ya estaban despiertos, y el olor a café sugería que el desayuno lo estaba esperando.

Era agradable saber que los gatos estaban bien cuidados y que no tenía que bajar corriendo. Todavía se sentía un poco como estar de vacaciones, y Lynx notó que estaba

peligrosamente cerca de acostumbrarse a esto. Sabía que no podía, que ni siquiera debería, porque Tiger se iría de nuevo eventualmente.

Pero por ahora estaba ahí, y a los gatos les encantaba. Esperaba que Tiger ya les hubiera explicado que no se quedaría para siempre, para que no se pusieran demasiado tristes cuando se fuera. Y tal vez volviera de visita de vez en cuando. Lynx estaba seguro de que los gatos se pondrían muy contentos. No estaba tan seguro de sí mismo. Sabía que se había enamorado por completo de Tiger, de sus hoyuelos adorables y de su alma cálida. Hubiera sido difícil no hacerlo. ¿No sería más fácil para su corazón si Tiger, una vez que se fuera, simplemente nunca regresara, y solo quedara perseguido por su recuerdo en lugar de visitas repentinamente que volverían a despertar sus sentimientos?

Cuando bajó un rato después, el impacto de Tiger era visible en todas partes. Cuidaba tan bien de los gatos, de la casa y de Lynx, como si estuviera tratando de demostrar algo.

Pero a quién y qué exactamente, Lynx no lograba descifrarlo.

Toda la casa parecía un poco más cálida con Tiger dentro. Los colores se habían vuelto un poco más vivos, aunque Lynx no había limpiado más de lo habitual. El cajón de las cucharas ahora abría y cerraba sin problemas. Algunas bombillas que faltaban o estaban quemadas habían sido cambiadas. Había nuevas fotos en las paredes del café y un poco más de adornos en los estantes, no de forma desordenada, sino haciendo que todo se viera un poco más acogedor y cómodo.

Tiger estaba dejando huellas por todas partes, no solo en el corazón de Lynx.

Los corazones de los gatos los había conquistado desde el principio, y demostraba cada día cuánto los adoraba también. Tiger había inventado juegos que incluían a los gatos o había creado nuevas reglas para los ya existentes, permitiéndoles participar en varios. Lynx nunca había sido fan de los juegos de mesa ni de las charadas, pero le encantaba ver a Tiger representando palabras para que los gatos las adivinaran, y casi se caía de la risa con sus ocurrencias y la frustración exagerada de Tiger.

Algunas cosas, sin embargo, era mejor hacerlas con los gatos mirando desde lejos. Como cuando Lynx le enseñó a Tiger a hacer arte en el café. Según Tiger, los gatos habían sido implacables burlándose de sus dibujos torcidos, pero al menos no había pelos de gato en las recetas.



El plan de hoy incluía algo que Lynx temía incluso más que los gatos temían la visita al veterinario.

Le traía recuerdos no tan buenos, pero ¿quién era él para resistirse a los ruegos de Tiger y esos ojos de cachorrito?

Tiger había encontrado una caja de cortadores de galletas viejos y abandonados con formas de gatos en el cuarto de trastos y decidió que tenían que usarlos. Según él, era obligatorio, porque el invierno estaba llegando y ¿no sería lindo que los clientes se pudieran llevar una bolsita de galletas a casa o al menos disfrutarlas con sus bebidas? ¿Qué tan difícil podía ser? Tiger estaba lleno de entusiasmo y motivación. Lynx temía por su cocina. Después de la actuación de Tiger con el arte en el café, no estaba muy seguro de que fuera buena idea dejarlo suelto por la casa así, pero Tiger insistió.

“Déjamelo todo a mí, Lynx. Lo hago todos los años con mi familia, conozco todas las recetas y eso. Mientras tengas todo lo que necesitamos para la masa, nada puede salir mal. Incluso voy a preparar las diferentes masas, algunas necesitan reposar en frío un rato, ¿sabes? Así que ve a hacer lo que tengas que hacer y regresa en una hora.”

Lynx había intentado leer, limpiar e incluso salió un rato afuera, pero los sonidos y las risas felices que venían de la cocina siempre lo atraían de vuelta para ver el caos y a Tiger en medio de todo.

Tiger había puesto una playlist y cantaba junto con una voz sorprendentemente bonita, mientras amasaba las diferentes masas y poco a poco convertía la cocina de Lynx en algo entre una escena del crimen invernal y una zona de guerra. Había harina por todas partes. Hasta en el pelo de Tiger y en la punta de su nariz. Eso lo hacía verse aún más tierno que de costumbre, y Lynx tuvo que luchar contra las ganas de limpiarle la nariz y dejarle un beso ahí en su lugar.

Los gatos habían sido vetados de la cocina y se habían reunido todos frente a la puerta, observando cómo se desarrollaba el caos. Celeste, Nami y Cheddar mantenían una distancia segura, pero Moomii, Cat, Umi e incluso Lady habían intentado entrar para ver de cerca lo que hacía Tiger, pero huían como pequeños ladrones cuando una bolsa de harina explotaba cerca, las nueces se esparcían por la mesa o una cuchara caía al suelo dejando salpicaduras de huevo y azúcar por todos lados. Lady había caminado directo a una nube de harina y había cambiado el color de su pelaje por un rato. Lynx la había ayudado a limpiarse, pero ahora estaba sentada en una silla viéndose muy miserable y lanzándole miradas a Lynx y Tiger como si los hubieran ofendido profundamente.

“Deberías haberte puesto un delantal, o una especie de armadura completa para esto...”

“¿Pero dónde estaría la diversión? Todo esto forma parte del proceso, para que después puedas darte una ducha caliente, ponerte el pijama, acurrucarte en el sofá con una manta y disfrutar los frutos de tu arduo trabajo.”

“¿O en nuestro caso, abrir el café? ¿O vas a ir en pijama también?”

“¿Por qué no? Son cómodos y cálidos, y tienen gatitos, así que encajan perfecto con el café.”

Lynx podía imaginárselo claramente, y todo su cuerpo se calentaba con la idea de Tiger viéndose tan acogedor y suave.

“Ahora ven aquí y ayúdame a estirar la masa y cortar los gatitos.”

Lynx no tenía ni una fracción de la confianza de Tiger, pero aun así entró en ese caos invernal de música, especias y diferentes masas de galletas. Esto estaba muy fuera de su zona de confort, y temía el resultado.

“Lynx, no tengas miedo. ¡Se supone que esto sea divertido! Si dejas que tu ansiedad se note, la masa lo va a sentir y te va a complicar la vida... ¿ok? Sonríe, respira, canta conmigo y dame diez de cada forma de gato de esta tanda, por favor.”

Si Lynx pensaba que los intentos de Tiger con el arte en el café habían sido malos, no eran nada comparados con el desastre de tratar de estirar la masa o pelear con ella al cortar las formas.

La masa se pegaba a todo: sus manos, el rodillo, la mesa, su cara. No se quedaba en las formas que quería, y se preguntaba si Tiger habría confundido la receta de galletas con una de pegamento especial. Esto era tortura, era su infierno personal, y ni siquiera la imagen de Tiger en pijama podía suavizar su agonía.

Tiger, por supuesto, lo vio luchando y vino al rescate con una sonrisa feliz y algunos trucos bajo la manga. Las cosas fueron mucho más fáciles para Lynx después de domar esa primera tanda, y pronto se encontró tarareando junto con las canciones de Tiger. Hacer galletas nunca sería su pasatiempo favorito, pero podía admitir que era lindo y divertido con Tiger a su lado.

El siguiente obstáculo llegó cuando el horno estuvo listo y Tiger empezó a meter una bandeja tras otra. Lynx casi se quema los dedos, pero Tiger le agarró las manos antes de que tocara el metal caliente, y por un momento el corazón y el cerebro de Lynx dejaron de funcionar. El toque de Tiger era tan suave, incluso en medio del caos, y Lynx no quería más que derretirse en él.

En cambio, le dieron varios tipos de glaseados y decoraciones azucaradas y le dijeron que se desatara con colores y brillos. Lynx se sintió más cómodo decorando, pensando que sus habilidades con el arte en el café le ayudarían, pero pronto descubrió que no era así. Mientras el aire se llenaba lentamente con los deliciosos aromas de galletas recién horneadas con diferentes especias invernales como clavo, canela, cardamomo o jengibre, él luchaba con el glaseado de chocolate, las perlitas de azúcar y otras decoraciones. Sus primeros gatitos salieron más como manchas verdes con ojos, pero pronto supo dominar la técnica, y al final estaba orgulloso de sus hermosas galletas. Tiger lo llenó de cumplidos por su arte mientras devoraba feliz las primeras galletas.

La limpieza fue sorprendentemente rápida con Tiger haciendo la mayor parte, ya que Lynx tenía que guardar energía para la noche en el café. Él también se duchó, pero a diferencia de Tiger, no se puso el pijama después. Aunque lo deseaba, no creía que se viera profesional.

La noche en el café estuvo inusualmente concurrida con más de cuatro clientes visitándolos. Era como si el delicioso aroma de las galletas invernales los hubiera guiado hasta ahí, y todos se llevaron felices una bolsita con los dulces a casa, que los llenaría de calidez y amor cada vez que las comieran.

Lynx estaba agotado después de un día largo lleno de diversión y trabajo. Su mente y su cuerpo se sentían tan pesados que podría haberse dormido de pie en medio del café. Cuando todo estuvo limpio y listo para el día siguiente, se sentó en una de las sillas para tomar solo un pequeño descanso antes de prepararse para dormir.

Debió haberse quedado dormido un momento, porque lo siguiente que notó fue a Tiger colocando una de sus mantas acogedoras sobre él y dejando un suave beso en su frente. ¿Estaba soñando?

“¿Tiger?” La voz de Lynx salió ronca por el sueño.

“Ay, ¿te desperté? Perdón, solo no quería que tuvieras frío, ¿na?”

“Está bien. De todos modos debería subir a dormir, o mañana mi espalda me va a matar. Pero quería preguntarte algo.”

“Adelante.”

“¿Te acuerdas de cuando me contaste sobre el gato triste y gruñón?”

“Claro.”

“¿Está más feliz ahora que estás aquí?”

Tiger se tomó un momento para responder.

“Hmm, no estoy seguro. ¿Y tú?”

“¿Yo?”

“Sí. ¿Cómo te sientes ahora, conmigo aquí?”

“Me encanta que estés aquí, Tiger. Ojalá pudieras quedarte...” Lynx tuvo que luchar para mantener los ojos abiertos y no dormirse. Apenas registró la voz de Tiger cuando habló de nuevo mientras le acariciaba suavemente el cabello.

“Entonces sí, Lynx, creo que está un poco más feliz y menos gruñón ahora.”

Capítulo 17: Noche 20 - La melodía de una noche tranquila

Al día siguiente, Lynx tuvo un poco de tiempo de calma y descanso. Después de dos días llenos de diversión y acción, sus baterías estaban agotadas y no quería nada más que sentarse en su sillón, tomar una taza de café y fingir que era una almohada en ese mismo sillón. Tal vez también acurrucarse con uno o dos gatos, si se acercaban por casualidad. Pero nada más.

En la mesita pequeña a su lado había algunos libros por si quería leer algo, un plato de galletas especialmente seleccionadas para él por Tiger, su viejo cuaderno de bocetos y algunos lápices, y una esfera de nieve que Lynx nunca había visto antes. O era otro regalo de Tiger o algo que encontró de nuevo en el cuarto de trastos. Ni siquiera anda husmeando, pero tiene un olfato especial para descubrir tesoros escondidos y a menudo parece tropezar con ellos por casualidad.

Lynx se acomodó en el sillón. Estaba completamente listo para un día de descanso, mientras Tiger y los gatos seguían llenos de energía. Lynx se alegraba de que Tiger estuviera ahí para entretenér a los gatos y disfrutaba viéndolos jugar juntos desde debajo de su manta.

Habían empezado con una variante de **Mensch ärgere Dich nicht** (*¡Hombre, no te enojes!*), adaptada para que todos los gatos pudieran participar. Cada vez que un gato lograba sacar a otro jugador del tablero, recibía una golosina, mientras que Tiger recibía una galleta. Por supuesto, él era el encargado de tirar los dados y mover las fichas para evitar cualquier intento de trampa por parte de los gatos. Sus maullidos no parecían muy contentos con eso, pero pronto todos estaban inmersos en el juego.

A Lynx le encantaba cómo cada uno había elegido algo diferente para representarse en el tablero, en lugar de usar las fichas originales del juego. Moomii había elegido una

cucharita de café pequeña con una flor grabada en el mango. La ficha de Lady era una cinta rosa con brillantina que usaba en días muy especiales. Umi había escogido una hermosa concha de color azul claro, mientras que la de Cheddar era una pulsera hecha de granos de café. Para Celeste había una obsidiana en forma de copo de nieve que parecía haber caído justo de su pelaje. La ficha de Cat era un mitón verde diminuto cuyo origen nadie conocía, igual que él. La de Nami era su pelota azul y esponjosa favorita, la que adoraba perseguir por toda la casa. Lynx tenía una caja entera de esas pelotas, todas del mismo tono exacto de azul, porque desaparecían regularmente. A menudo las encontraba debajo de los muebles al limpiar, a veces también bajo su almohada o en el bolsillo de su abrigo de invierno.

Lynx no veía bien qué ficha había elegido Tiger. Parecía un pedazo de papel doblado, y se preguntaba qué tenía de especial.

Tiger fue el primero en llevar su ficha a casa y los gatos lo declararon ganador. Al menos eso es lo que Lynx interpreta de sus maullidos. Todos parecen felices y satisfechos, y Lynx esperaba que fuera verdad para todos ellos, incluso para el gato gruñón de Tiger.

Después decidieron jugar varias rondas de escondidas, con las reglas nuevamente ajustadas por Tiger. Él recibiría caricias de cada gato que lo encontrara, mientras que los gatos recibirían una golosina cada vez que él no lograra encontrarlos. Según Tiger, los gatos querían golosinas también cuando los encontraba, pero eso sería demasiado fácil y sospechaba que simplemente se sentarían detrás de él sin siquiera intentar esconderse. Sus maullidos decepcionados le mostrarían a Lynx que Tiger había visto a través de su plan para engañarlo otra vez.

“¿Tacaño? ¿Yo? ¿Qué quieres decir? ¡Si les doy más golosinas, me temo que Lynx me va a echar! Ahora vayan, escóndanse. ¡Y háganlo bien, quiero un verdadero desafío!”

“¿Estás seguro de que quieres que se escondan bien?”

“¡Por supuesto! Soy un experto en esto. ¡No importa dónde se escondan, los encontraré a todos!”

“Está bien, si tú lo dices. Pero no vengas a pedirme pistas si no los encuentras. Yo conozco todos sus lugares favoritos, ¿sabes?” Lynx no puede evitar provocarlo un poco. Se ve adorablemente tierno cuando se pone nervioso, atónito o finge que su orgullo está herido.

“¡No voy a necesitar tu ayuda, Lynx, ya verás! ¡Hmph!” Tiger dio un pisotón juguetón.

“Bueno, aquí estoy si cambias de opinión. Pero cada pista tendrá un costo.” Lynx aún no está seguro de qué va a pedir a cambio de una pista, pero una idea comienza a formarse en su mente y la imagen lo hace sonrojar y sonreír suavemente.

Los gatos miran de uno a otro como si estuvieran esperando algo, y Lynx está seguro de que están riéndose en secreto y emocionándose por Tiger y él. Tiger los ignora, los pone en orden y empieza a contar, mientras los gatos corren a sus mejores escondites.

Lynx los ve irse y cae en un sueño ligero, ayudado por el conteo casi melodioso de Tiger. Se despierta sobresaltado cuando Tiger grita de repente por toda la casa: “¡50! ¡Escondidos o no, allá voy!” y sale en su misión de encontrar a los gatos.

Lynx se acomodó de nuevo en el sillón y se envolvió un poco más con la manta. Le dió a Tiger media hora antes de pedirle la primera pista, tiempo suficiente para una siestita corta. Estaba seguro de que los gatos también aprovecharon la oportunidad para dormir un rato, así que ¿por qué no él?

Un rato después, se despierta cuando Tiger se sienta en el reposabrazos junto a él y empieza a quejarse.

“Lynx, Lynx, despierta. ¿Cómo puedes dormir en esta situación? ¡Es un desastre! ¡Todavía no he encontrado ni a un solo gato! ¡Lynx! ¡Ayúdame!”

Lynx bosteza y estira los brazos. En lugar de decirle “*te lo dije*”, lo jala hacia su regazo y le acaricia la cabeza. Su cerebro somnoliento debe haber pensado que era una idea brillante, pero detiene el movimiento cuando siente que Tiger también se queda congelado.

“Tranquilo, tranquilo. ¿Qué es un desastre? Hmm... Cuéntame.” Lynx apenas logra decir las palabras, pero luego el calor y el peso de Tiger se acomodan sobre él, se siente increíble y agradece poder esconder su rostro en el hombro de Tiger para que no vea cómo se sonroja y sonríe.

Cuando deja de acariciar la cabeza de Tiger, este lo empuja suavemente como un gato, y Lynx reanuda la caricia suave.

“Tienes que consolarme y acurrucarte conmigo, Lynx. Estoy triste y devastado.” Tiger se hace pequeño y se pone todo suave en el abrazo de Lynx.

“Está bien, está bien, te voy a ayudar. Pero primero dime dónde has buscado ya.”

Entonces Tiger empieza a relatar sus pasos de una habitación a otra, mientras Lynx se ríe por dentro de todas las oportunidades perdidas para encontrar a alguno de los gatos.

Tiger había pasado por cada gato al menos una vez, pero ellos eran maestros del escondite, incluso dormidos.

“Hmm. Eso suena a una búsqueda muy superficial. ¿Abriste algún cajón? ¿Miraste dentro de los armarios? ¿Qué tal la canasta de la ropa sucia? ¿Las ollas de la cocina? ¿El zapatero?”

“¿Pero cómo podría un gato esconderse ahí? No tienen manos para abrir cosas.”

Lynx suelta a Tiger y se aleja un poco de él.

“¿Entonces estás cuestionando mi conocimiento? Ya veo cómo es. Podrías haber dicho simplemente que ya no quieras mi ayuda.”

“¡No! Quiero decir, sí, quiero tu ayuda, Lynx, pero...” Agarró el brazo de Lynx y lo volvió a poner alrededor de su cintura. “Esto no suena muy convincente.”

“¿No deberías intentarlo al menos antes de rechazar mi ayuda? Ve y busca a los gatos otra vez. Y si después de esta ronda sigues sin encontrar ni a uno solo, vendré contigo y te ayudaré a encontrarlos.”

Tiger se fue de nuevo, después de exigir otra caricia en la cabeza para animarse, y esta vez Lynx lo escuchó abrir cajas, puertas y armarios. Solo le tomó cinco minutos encontrar a Moomii en la cocina, que había quedado atrapada otra vez en la olla gigante de pasta.

“¡No puede ser! ¡Lynx! ¡Realmente había un gato en una de las ollas! ¿Cómo entró Moomii ahí?”

“Entrar nunca es el problema, sino salir después. Tal vez tengas que rescatar a algunos de los otros gatos también. Pero cuando encuentres a Cheddar, solo déjala dormir. Ella es la maestra en entrar y salir de cosas y adora esconderse para sus siestas.”

Le tomó a Tiger casi otra hora y algunas pistas más de Lynx encontrar a todos los gatos. Quedó asombrado por sus escondites y les dio golosinas a pesar de haberlos encontrado, porque había tenido ayuda de Lynx. A cambio, todos los gatos lo acurrucaron y se pegaron a él, y Lynx decidió dibujarlo. Sus habilidades estaban un poco oxidadas; hacía mucho que no tocaba su cuaderno de bocetos, pero quería guardar ese momento e incluso pensó en regalarle un dibujo a Tiger como recuerdo, para cuando se fuera de nuevo, así no olvidaría a los gatos... ni a Lynx.

“¿Y tú, Lynx? ¿No dijiste que cada pista tendría un costo? Entonces, ¿qué quieres?”

“Ah, no te preocupes, Tiger. Ya obtuve lo que quería.”

Tiger lo miró con escepticismo, pero Lynx aún sentía su calor en su regazo y cómo, a pesar de ser tan alto y grande, Tiger encajaba perfectamente en sus brazos.

Fueron al café un poco más temprano ese día, porque Tiger tenía una idea que quería probar. Lynx no estaba seguro de qué esperar, y cuando lo vio llegar con una caja de herramientas, se quedó aún más perdido. Aun así, empezó con los preparativos y dejó que Tiger hiciera lo suyo.

Solo cuando una ráfaga repentina de aire frío lo alcanzó, Lynx levantó la vista hacia Tiger y se quedó mirando por un minuto el agujero en la pared donde antes estaba la puerta del café. Los gatos también la miraban igual, agrupados a una distancia segura.

“¿Tiger? ¿Qué hiciste? ¿Dónde está mi puerta?”

“Sigue aquí, solo la quité temporalmente para ver si era posible. Está apoyada contra la pared ahí, ¿ves?”

Los gatos sisearon al agujero y maullaron profundo, sin gustarles nada.

“¿Pero por qué?”

“Dijiste que no puedes abrir la puerta. Pensé que tal vez, sin puerta, nada te mantendría adentro.” Tiger se rascaba la cabeza un poco avergonzado otra vez, con una sonrisa torcida, como si no estuviera seguro de si esperar regaño o elogio.

“¿Por qué siquiera se te ocurrió eso?”

“Solo quería que pudieras ver las auroras boreales. Mira, no tienes que salir ahora, ni nunca. Puedes pensarla. Pero ahora sabemos que la puerta se puede quitar, y cuando decidas que sí quieres salir, podríamos intentarlo así.”

“Estás loco, Tiger. Pero gracias, fue un pensamiento muy amable. Ahora, por favor, vuelve a poner la puerta en su lugar. No estoy seguro de que la gente nos encuentre sin ella.”

Pero antes de que Tiger pudiera volver a colocar y asegurar la puerta, alguien entró al café.

Un hombre alto y delgado con una chaqueta de cuero marrón, que llevaba una guitarra en la espalda y una expresión confundida en el rostro.

“Hola, eh... este no es el *Black Cherry Bar*, ¿verdad?”

“No, perdón, nosotros somos el *Silent Cat Café*.

“¿Saben dónde está el bar? Estaba seguro de que debía estar aquí.”

“Nunca he oído de él, pero estoy seguro de que debe estar justo al lado.”

El hombre se dio la vuelta, listo para irse de nuevo.

“Espera, por favor. Ahora que estás aquí, ¿por qué no te sientas un momento? ¿Un café o alguna de nuestras galletas de invierno?”

“Me encantaría, aunque supongo que a Ray le gustaría más. Este lugar se parece mucho a uno del que me habló hace un tiempo... extraño. Pero tengo un show en ese bar y no quiero llegar tarde.”

¿Ray? Lynx recordó el nombre y al hombre al que pertenecía, y se preguntó si era la misma persona y si se habían reconciliado desde entonces.

“No te preocupes por eso. Te prometo que tienes tiempo para un trago y tal vez hasta para unas caricias con los gatos. La gente normalmente no encuentra nuestro lugar sin una razón, ¿sabes?”

La mirada de Lynx pasó del hombre a Tiger, que todavía sostenía la puerta, sin saber cómo proceder. Todavía no sabía por qué Tiger había encontrado el café. Estaba claro por qué estaba ahí ahora: para hacer felices a los gatos. Pero por qué había aparecido ante él al principio seguía siendo algo que tenía que descubrir.

“Tiger, por favor, vuelve a poner la puerta. Se está poniendo frío y quiero que nuestro invitado y los gatos se sientan acogidos aquí y no se congelen.”

“Oh, perdón. Claro.”

El hombre de la guitarra se acercó a Tiger y lo ayudó a asegurar la puerta de nuevo, antes de tomar asiento en una de las mesas. Miró alrededor con curiosidad abierta antes de teclear furiosamente en su teléfono.

“¿Saben que no hay señal dentro del café, verdad?”

“Sí. Cosas como esa no funcionan dentro de esta habitación.”

“¿Eso también aplica al tiempo, o solo mi teléfono está fallando ahora?”

“Qué perceptivo... Bueno, ¿qué puedo decir? Te prometí que estarías a tiempo para tu show, incluso si te quedabas aquí un rato...”

“¡No tengo tiempo para estas tonterías! ¿Qué es siquiera este lugar?”

“Llevas mucho peso encima, ¿verdad?”

“¿Qué? ¿De qué hablas, hombre? ¡Deja de analizarme!”

“Este es un lugar para quienes necesitan descanso, quienes están cansados del peso constante en sus hombros y aun así siguen adelante, y también para quienes a menudo olvidan cuidarse a sí mismos. Está claro que te preocupas por las personas en tu vida, que tienes tus propias luchas, pero las dejas de lado para mantener a los demás a salvo y enteros.”

Lynx se acercó un poco más al hombre, que de repente parecía haber perdido toda la energía.

“Este es realmente el lugar del que hablaba Ray. No lo puedo creer. ¡Ni siquiera le creí a él! Pensé que solo había tenido un sueño borracho.”

Así que este era realmente el hombre que Ray tanto temía perder. Sand, si recordaba bien.

Qué coincidencia que él también hubiera encontrado el camino hasta aquí.

“Muchos eligen pensar en este lugar como eso: un sueño. Pero somos mucho más: un lugar donde estás a salvo de todo daño, donde puedes descansar sin sentir culpa, donde siempre encontrarás corazones abiertos y palabras amables si las necesitas.”

“¿Qué más les ofrecen? ¿Y a qué costo?”

“No hay costo por entrar al café, ni por salir de él. No se puede comprar el amor de un gato. Ni siquiera con las mejores golosinas sería permanente. La gente viene aquí porque está perdida, sola, con el corazón roto, asustada... la lista es interminable. No ofrecemos soluciones, pero estamos aquí para ellos, viéndolos, escuchando su dolor. Y si quieren, pueden acurrucarse con uno o más gatos y recibir un abrazo en muchas formas. No es más ni menos que eso.”

Lynx observó a Sand asimilándolo todo por un momento antes de continuar:

“¿Cómo está Ray ahora? Cuando vino aquí estaba hecho un desastre, pero también tan lleno de amor por ti.”

“Está bien. O al menos tan bien como es posible en este momento. Está en rehabilitación ahora. Lleva algunas semanas.”

“Y lo extrañas.”

“Por supuesto que sí.”

“Entonces lo amas.”

“...Sí, ¿cómo no iba a hacerlo?”

“Es tan valiente. Me alegra que te tenga a ti para apoyarlo, Sand. ¿Lo visitas a veces?”

“Todos los fines de semana. Siempre es difícil dejarlo otra vez, pero dice que no aguantaría otra semana sin esas visitas.”

“¿Podrías pasarle un mensaje de mi parte?”

“Claro.”

“Por favor, dile que yo también estoy intentando ser valiente. Él sabrá a qué me refiero. Y dale un abrazo.”

“Oh, le daré mucho más que solo abrazos, créeme.”

Lynx se sonrojó un poco por el tono sugerente en la voz de Sand, pero logró preguntarle por su pedido sin tropezar con las palabras.

Sand tomó su café en silencio. Con cada sorbo, su postura parecía más relajada, sus hombros menos encorvados y sus ojos un poco más suaves. Después pasó un rato con los gatos también, acariciándolos con suavidad y contándoles sobre Ray, que era tan parecido a un gato: reservado pero tan cariñoso una vez que su corazón confiaba en ti.

Cuando estuvo listo para irse y ya casi se había echado la guitarra al hombro otra vez, Lynx se acercó con una pequeña petición.

“Sé que dije que no cobramos por nuestro servicio y puedes decir que no totalmente, pero... dijiste que vas camino a un show y me encantaría escucharte cantar, pero no puedo dejar el café... ¿Podrías, tal vez, cantar una canción para nosotros? ¿Quizá una que a Ray le encantaría?”

Sand lo miró un momento, luego sonrió suavemente y se sentó de nuevo.

“Solo esta vez. Considéralo un gracias por ayudar a Ray esa noche.”

Sand tomó un momento para afinar su guitarra y luego empezó a tocar una melodía suave antes de pasar a una canción que Lynx nunca había oído antes. Lo miró con admiración y lo escuchó sin quitarle los ojos de encima. Las emociones salían a borbotones de Sand con cada palabra; su voz era un poco ronca y áspera por ellas. Hasta los gatos estaban hipnotizados y escuchaban sin maullar.

Lynx estaba tan cautivado por la interpretación que no vio cómo Tiger no le quitó los ojos de encima ni una sola vez y cantaba bajito cada "*I wanna be yours*" de la canción.

Capítulo 18: Noche 21 (parte uno) - El cambio de luces

El día siguiente comenzó como la mayoría de los días desde que Tiger llegó a su casa: Lynx despertaba con el aroma del café y los suaves ruidos provenientes de la cocina. Le encantaba despertar así, y había pocas cosas que cambiaría por esto. Tal vez despertar con alguien acurrucado a su lado. No un gato. Ni dos ni tres gatos. Ni siquiera siete gatos. Sino, quizás, una persona. Una persona que se parece sospechosamente a Tiger.

El desayuno que comparten es tranquilo, pero aun así Lynx no puede quitarse de encima la sensación de que algo flota en el aire. Los gatos parecen incluso más pegajosos con Tiger de lo habitual, y no puede evitar que la ansiedad se extienda por su cuerpo. ¿Será este el día en que Tiger los deje? No puede ser. Todavía no han hablado al respecto, y Lynx tiene miedo de sacar el tema. Quiere que Tiger se quede, aunque sabe lo imposible que es. Quiere las comidas compartidas, los juegos con los gatos, las risas resonando por la casa, el calor que poco a poco estaba derritiendo el bloque de hielo que era su corazón. Lynx quiere todo eso y más. Pero ¿querría Tiger quedarse si hubiera una posibilidad real? No está muy seguro.

Además de las tareas diarias, no tienen planes para este día, así que Lynx decide trabajar un poco más en sus bocetos, sin dejar que ni Tiger ni ninguno de los gatos los vea. Las imágenes deberían ser una sorpresa para ellos, tal vez un regalo de despedida, o algo que suavice el golpe de la ausencia de Tiger.

Es extraño y maravilloso cómo Tiger encaja tan perfectamente en sus vidas y rutinas. Es como si alguien hubiera visto los sueños de Lynx y hubiera sacado a Tiger de ellos. Aunque Tiger es mucho mejor que un sueño. Es cálido y gentil, cariñoso y servicial, su risa es contagiosa y su sonrisa con esos hoyuelos adorables ilumina toda la casa y cada rincón del corazón de Lynx. Sea cual sea la magia que está actuando, Lynx está agradecido y no la cuestiona. Hace mucho tiempo que no se sentía tan cálido y cuidado. Lynx casi se siente amado, pero no se atreve a pensar en esa palabra.

Amor. Tiger es tan fácil de amar. Ojalá él también lo fuera.

Lynx deja de dibujar cuando de pronto aparecen manchas húmedas en el papel. Las lágrimas corren silenciosas por sus mejillas, algunas caen en su sudadera, otras vuelan un poco más lejos cuando parpadea, intentando desesperadamente detenerlas. No quiere que Tiger ni los gatos lo vean llorar. Por suerte, todos están ocupados en un rincón junto al calentador. Parece que Tiger está contando otra historia sobre su vida y los gatos

que conoció afuera. Lynx aprovecha que no le prestan atención, guarda despacio su cuaderno de bocetos y sale sigilosamente de la habitación.

Busca pañuelos desechables; las lágrimas ahora corren más rápido, pero Lynx sigue conteniendo cada sollozo que quiere escapar de su boca. Tiene miedo de que alguien lo escuche, y aún no está listo para que lo vean así. De alguna manera termina en la cocina, donde ya hay una bandeja preparada con dos tazas y un plato de galletas, esperando el momento en que se sienten a tomar un té dulce. Tiger incluso eligió el té favorito de Lynx; la caja está justo al lado de la bandeja, y eso le hace algo feo al corazón de Lynx.

Finalmente encuentra unos pañuelos en uno de los cajones. Los agarra con manos temblorosas y lentamente se desliza hasta quedar hecho un ovillo de pura tristeza, apoyado parcialmente contra el mueble de la cocina.

Pasan varios minutos hasta que las lágrimas se secan. Cuando Lynx se suena la nariz por última vez, le duele la cabeza, le arden los ojos y hay una pila de pañuelos arrugados a su lado.

Lynx recorre lentamente la habitación con la mirada. Es raro verla desde esta perspectiva, y se pregunta si así es como ven todo los gatos y si hay algo especial en esa vista que él no nota, ya que Tiger suele sentarse en el suelo con ellos tan a menudo. Ve la fila de tazones de comida, las patas de las sillas y la mesa, algunos juguetes de gato, una cinta azul solitaria de la que no tiene idea de dónde salió, y un papel doblado. Su primer instinto es descartarlo como basura con la que a los gatos les gusta jugar a veces. Luego recuerda el extraño “*objeto de juego*” de Tiger y se pregunta: ¿podría ser eso? ¿Lo habrá perdido? ¿Se lo habrá robado algún gato? Se acerca con cuidado, como si temiera que el papel pudiera escapar, y lo toma con toda la delicadeza que puede.

Lynx regresa junto al mueble y se apoya completamente contra él. El papel está presionado contra su pecho, cerca del corazón. Siente curiosidad y miedo a la vez. Podría ser cualquier cosa o nada: una receta, un viejo dibujo, una lista de compras, una nota de su madre fallecida, un plan para dominar el mundo. Las posibilidades son infinitas. También podría ser algo de Tiger. Algo importante para él, tal vez.

El papel pesa en la mano de Lynx. Está algo desgastado en los bordes y las esquinas, como si lo hubieran doblado demasiadas veces. ¿Debería abrirlo? Todavía duda. ¿Será esta su oportunidad de descubrir el secreto de Tiger? Pero ¿sería tan tonto como para escribir su plan y luego perderlo así nada más? Lynx no lo cree.

Al final, la curiosidad gana y abre el papel despacio. Hay escritura dentro. Lynx siente que su corazón late más rápido. Está preparado para casi todo, pero cuando sus ojos

recorren el contenido en busca de pistas, se da cuenta de que no estaba preparado para esto.

Es una lista con viñetas, y el título dice: **Maneras de hacer feliz a Lynx** o **Maneras de ganarse el corazón de Lynx - sugerido por Nami, Cat, Celeste, Umi, Lady, Moomii y Cheddar**.

Las lágrimas vuelven a brotar mientras Lynx sigue leyendo, intentando entender lo que tiene en las manos. Recuerda la noche en que encontró a todos los gatos reunidos en la cama de Tiger. ¿Era esto lo que estaban haciendo esa noche? Sabía que había sido una tontería sospechar que Tiger quería quitarle la cafetería. Solo amaba a los gatos con todo su corazón. Siempre supo que había venido por ellos. Y muchas veces sintió que los gatos y Tiger estaban trabajando juntos en algo. Lo que no sabía, no se daba cuenta, ni siquiera se atrevía a pensar, era que también lo amaban a él, y que todos solo querían que fuera feliz.

La lista es larga. Algunas cosas ya están tachadas. Reparar cosas en la cafetería y en la casa, por ejemplo. Mamarlo con golosinas, prepararle comidas deliciosas – **El camino al corazón de un gato pasa por su estómago; debería ser igual para los humanos**. Jugar con él. Mostrarle que está bien ser un poco tonto.

Otras están decoradas con pequeños dibujos adorables. **Amarlo** está rodeado de un montón de corazoncitos diminutos. **Dejar que vea las luces del norte** tiene un cielo colorido al lado.

Abrazarlo.

Hacerlo feliz.

La lista continúa, y Lynx se siente abrumado por todo lo que siente. Llora de felicidad, de amor, de miedo a perder a Tiger... está a punto de estallar de emociones y no sabe cómo reaccionar ni qué hacer ahora. Se reduce a un desastre lloroso, con el papel arrugado entre sus manos, y así es como Tiger y los gatos lo encuentran.

“¿Lynx? ¿Lynx? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió?” La voz de Tiger está llena de preocupación y angustia mientras se arrodilla a su lado. Pero Lynx no puede hablar. Ni siquiera puede formar un pensamiento coherente. Lo único que puede hacer es lanzarse a los brazos de Tiger y llorar hasta que se le secan las lágrimas y su corazón se calma un poco.

Tiger lo sostiene durante todo el rato, susurrándole palabras dulces y reconfortantes al oído, mientras los gatos se acercan uno a uno para empujarlo suavemente con la cabeza en señal de apoyo.

“¿Puedes decirme ahora qué pasó?”

Lynx sacude lentamente la cabeza.

“Está bien. No tienes que hacerlo. Solo... no lo guardes dentro por mucho tiempo. Estoy aquí para escucharte si lo necesitas.”

Lynx no responde con palabras, solo se acurruca un poco más contra Tiger y se derrite contra su pecho.

El latido del corazón de Tiger es un sonido constante y reconfortante, y combinado con su calor y la fuerza de sus brazos, que lo sostienen con tanta suavidad, es lo más seguro que Lynx ha sentido jamás.

A pesar del torbellino de emociones dentro de él, Tiger lo hace sentir tranquilo, seguro y protegido.

“¿Qué tal un poco de té y galletas? En realidad veníamos a buscarte para merendar antes de abrir la cafetería, ¿sabes?”

Lynx asiente, pero todavía no suelta a Tiger.

“¿Crees que puedes levantarte? No puedo hervir el agua que necesitamos desde aquí, Lynx...”

Les toma dos intentos levantarse, y Lynx sigue aferrándose a la espalda de Tiger, de alguna manera temiendo que desaparezca si lo suelta.

“¿Te convertiste en un koala por tanto llorar?”

La respuesta de Lynx es un murmullo sin palabras que hace reír a Tiger.

“Cuidado ahora, mi pequeño gato pegajoso, vamos a movernos y hay té caliente de por medio. No quiero que te quemes.”

Lynx sigue los pasos de Tiger, quien los guía con cuidado por la casa. Esperaba que fueran al salón a tomar el té, pero se lleva una sorpresa cuando entran en la sala de la cafetería.

En un momento Tiger se detiene para dejar la bandeja, y Lynx piensa que se sentarán, pero Tiger sigue avanzando. Como aún tiene la cara enterrada en la espalda de Tiger, Lynx simplemente lo sigue sin ver nada, esperando a que termine sus preparativos.

“¿Puedes moverte un poco, Lynx? Puedes sentarte en mi regazo si quieres. Solo descansa un rato, toma tu té y disfruta la vista por la ventana.”

“Hablas como si yo fuera un cliente.”

“¡Oh, mi gato pegajoso recuperó la voz! ¡Qué bien!” Tiger le acaricia la cabeza un poco.

“Ven aquí. Hoy eres un cliente, Lynx. Al menos por un rato. Me parece que necesitas un abrazo también, y quizás unos mimos de los gatos y míos, junto con tu té, ¿no?”

“Tal vez.”

Lynx se acomoda en el regazo de Tiger. Se siente cercano e íntimo de una forma que nunca había experimentado. Cuando levanta la vista para tomar su taza, ve a todos los gatos reunidos alrededor. Por una vez, él forma parte de la escena, no solo un observador. Se siente exactamente como siempre lo imaginó: cálido, acogedor, como hogar.

Solo cuando empieza a sorber su té Lynx mira por fin por la ventana. Tiger había acercado uno de los sillones del rincón a una de las ventanas y había corrido las cortinas. Afuera se ven algunos edificios, pero sin forma ni color definidos, porque la cafetería aún no ha aparecido en ninguna ciudad.

Por encima de todo, el cielo brilla en tonos verdes brillantes con destellos dorados esparcidos. Es una vista magnífica. Una vista que refuerza el deseo de Lynx de verla algún día de verdad, no solo así.

Entonces recuerda la lista de Tiger y su idea loca de intentar quitar la puerta para hacer realidad su sueño. Una idea descabellada. ¿Pero y si funcionara?

Lynx ya no siente la necesidad de huir, de escapar de la cafetería y sus responsabilidades. Esta es su vida ahora, con o sin Tiger a su lado. ¿Preferiría que Tiger se quedara y manejaran la cafetería juntos? Por supuesto. ¿Lo extrañaría si se fuera? Absolutamente. Tiger le había mostrado cómo se siente ser cuidado, ser amado no solo con palabras sino con acciones. Era casi como si le hubieran mostrado cómo es ser un cliente en su propia cafetería. Había tenido tiempo para descansar y recargar energías, alguien que lo veía y lo escuchaba, alguien que le quitaba un poco las preocupaciones por un rato. Si sus clientes habituales sentían aunque sea una fracción del amor y la felicidad que Tiger le había hecho sentir en estos últimos días, Lynx pensaba que estaba haciendo un buen trabajo. Nunca había estado en sus planes, pero ahora no podía imaginarse haciendo otra cosa.

Una sensación de cosquilleo recorre el cuerpo de Lynx, y ve que los gatos también se retuercen; incluso juraría que por un momento vio moverse algunas sillas y tazas.

“¿Tiger?”

“¿Hmm?”

“Creo que me gustaría intentar salir esta noche.”

“¿Estás seguro?”

“Sí. No me preguntes por qué, pero tengo la extraña sensación de que hoy podría funcionar.”

“Está bien, si tú lo dices. Solo déjame buscar las herramientas...”

“Después, Tiger. Tomemos primero el té. Está tan acogedor y cómodo ahora mismo.”

Cuando Tiger termina de limpiar la bandeja y trae las herramientas necesarias para quitar la puerta, Lynx es una mezcla de emoción y ansiedad. Los gatos maúllan casi desesperados alrededor de ellos. No parecen contentos con su decisión, pero Lynx no deja que eso lo detenga.

Antes de que Tiger empiece a trabajar, Lynx lo detiene.

“¿Puedo pedir un abrazo de buena suerte?”

“Claro, ven aquí.” Tiger abre los brazos y Lynx entra en su espacio. Esta vez no hay lágrimas, solo dos corazones latiendo más rápido y una burbuja cálida de consuelo. Lynx inhala profundamente el aroma de Tiger y se deleita en su calor. Espera que este sea solo el primero de muchos abrazos.

Pero si fuera el único, guardaría el recuerdo para siempre.

“Déjame intentar abrir la puerta primero, tal vez funcione esta vez”, le dice a Tiger antes de acercarse.

Lynx agarra el picaporte y lo baja suavemente. Se mueve sin resistencia, y la puerta se abre como si nunca hubiera hecho otra cosa por él.

Lynx mira hacia atrás a Tiger, que lo observa con emoción y tensión. Luego su mirada pasa de un gato a otro. Se ven tensos y preocupados, maullándole a él y a Tiger.

Por una vez, Lynx se alegra de no entenderlos.

“No se preocupen, pequeños. Solo voy a salir un momento. Ni siquiera van a notar que me fui.”

Lynx se da la vuelta y siente dos brazos rodeándolo por detrás.

“Por favor, regresa sano y salvo, Lynx. ¡Te vamos a extrañar!”

“No tardaré mucho, Tiger. Mira, sigo con mis pantuflas de casa. ¿A dónde iría con estas?” Señala las pantuflas esponjosas de gato en sus pies.

“Al menos ponte una bufanda, no quiero que tengas frío afuera.” Tiger le pasa la suya, que parecía haber traído junto con las herramientas.

Lynx deja que Tiger le envuelva la bufanda alrededor del cuello y luego sale.

No hay ningún obstáculo, ningún portal mágico, nada. Se siente un poco anticlimático después de tanto tiempo queriendo y no pudiendo usar esa puerta.

El aire cambia a su alrededor cuando deja el calor y la luz de la cafetería y sale a la noche más fría, aún iluminada por tonos verdes y dorados en el cielo. Es hermoso. Casi le quita el aliento.

Por un rato todavía escucha a los gatos maullar y a Tiger hablándoles para tranquilizarlos. Luego solo queda silencio. Lynx no lo registra. Está demasiado cautivado por las luces de arriba como para notar lo que lo rodea.

Lynx solo había planeado quedarse afuera un momento, pero la belleza sobre él le hace olvidar el tiempo. Solo cuando el frío empieza a subirle por las piernas y la bufanda ya no basta para mantenerlo caliente, se da la vuelta. Lo que ve entonces hace que su corazón se detenga, y la conocida sensación de pánico y desesperación lo invade.

Los edificios sin forma han desaparecido. Está parado en un prado interminable sin señal alguna de civilización. Y lo peor es que tampoco hay señal de su casa en ninguna parte.

Está completamente solo, y la cafetería se ha ido.



Capítulo 19: Noche 21 (parte dos) - La noche más larga

Tiger despertó con una sonrisa. Últimamente, sus días siempre empezaban así. Y la sonrisa lo acompañaba durante la mayor parte del día. Desde que vio a Lynx por primera vez a través de la ventana del café, su mente se había llenado de imágenes de ese hombre tierno y un poco gruñón, tanto de día como de noche. Aunque pronto descubrió que no era gruñón en absoluto, solo tímido y un poco triste. Un poco demasiado triste. A Tiger le encantaba soñar con Lynx, pero lo que más disfrutaba era pasar tiempo con él y conocerlo mejor cada día.

A su lado, Nami y Cat estaban acurrucados y ronroneaban suavemente. Le encantaba despertar así. A veces la cama quedaba un poco pequeña para él y los siete gatos, pero solo en dos ocasiones habían estado todos juntos. Por lo demás, parecía que tenían su propio horario: algunos gatos se acurrucaban a su lado cuando se iba a dormir y luego se iban más tarde; otros llegaban en medio de la noche para una visita corta, y otros aparecían justo antes de que amaneciera, esperando caricias matutinas.

Antes de quedarse en el café de Lynx, a Tiger a veces le costaba levantarse por las mañanas. Empezar el día solo, con solo el trabajo esperándolo... a veces era simplemente difícil y un poco solitario.

Ahora tenía una razón para despertar y levantarse, una que lo hacía sonreír solo de pensarlo: podía preparar el desayuno para los gatos y para Lynx, y podía ver a Lynx bajando las escaleras todo somnoliento, viéndose tan acogedor y abrazable... Tiger quería tener eso todos los días, si era honesto. Apenas dos noches atrás, un Lynx casi dormido le había dicho que él también deseaba que Tiger pudiera quedarse. Eso lo había llenado de tanto calor y felicidad que no pudo evitar acariciar suavemente su cabeza.

Los dos gatos se movieron, sintiendo que estaba despierto, se estiraron y se acercaron un poco más para recibir las primeras caricias del día. Tiger amaba a esas pequeñas bolas de pelo con todo su corazón, incluso más que al principio. Cada uno tenía sus propias manías y rasgos de personalidad que le parecían adorables y encantadores, aunque a veces se interpusieran entre él y Lynx.

Sus comentarios y sus ánimos a menudo lo descolocaban, haciéndolo olvidar las palabras o volverse un poco torpe cerca de Lynx, mientras maldecía en silencio a los gatos, que se reían divertidos desde algún lugar detrás de él.

Incluso ahora, después de casi dos semanas, todavía no se acostumbraba a eso, ni a las reacciones de Lynx. Al principio, Lynx parecía tan desconfiado de él, siempre frunciendo el ceño cuando jugaba con los gatos y molestandose por él sin razón aparente.

Pero con cada noche que pasaba, Tiger había ganado poco a poco su confianza. Todavía no estaba seguro de cómo lo había logrado, pero no lo cuestionaba. Ahora Lynx simplemente le sonreía cuando se ponía nervioso o regañaba a los gatos por algo que decían, aunque Lynx no los entendiera.

Era uno de los pocos misterios que seguían sin resolverse, y ni él ni los gatos tenían la menor pista para descifrarlo.

La mirada de Tiger cayó sobre su mochila junto a la cama. Moomii a veces dormía ahí, pero hoy la mochila estaba vacía. Sin gato, pero llena de recordatorios de que pronto tendría que volver a casa. Su tiempo se estaba acabando, y todavía no había hablado de eso con Lynx. El otro hombre se había vuelto mucho menos triste, sonreía a menudo y tarareaba sin darse cuenta, para deleite de Tiger y de los gatos.

Ellos lo adoraban. Querían que fuera feliz y que siguiera cuidándolos a ellos y al café.

De alguna manera, todavía temían que Lynx simplemente los abandonara un día, aunque todas las evidencias mostraban cuánto los quería. El comienzo tan difícil que habían tenido parecía haber afectado tanto al hombre como a los gatos, y ahora se querían, pero no confiaban del todo en que el otro sintiera lo mismo.

Tiger alimenta a los gatos y prepara el desayuno para él y para Lynx, mientras tararea suavemente la melodía de la noche anterior. Ciento, Sand era un gran cantante y merecía todos los elogios, pero Tiger había estado ocupado mirando a Lynx. Apenas había registrado que incluso había cantado junto con él, porque la pura alegría que irradiaba Lynx mientras escuchaba la música lo hacía verse aún más hermoso. En ese momento había echado raíces otro plan en la mente de Tiger, y ahora sacó la lista que había hecho junto con los gatos, buscó un bolígrafo y, cuando por fin lo encontró, añadió otro punto: **Llevar a Lynx a ver uno de los conciertos de Sand, o cualquier concierto, cuando el problema de la puerta se resuelva por fin.**

La puerta. No había sido uno de sus mejores momentos, pero había hecho sonreír a Lynx, así que lo contaba como un triunfo. Y tal vez funcionara. ¿Quién sabía cómo funcionaba la magia del café? Bueno, definitivamente no él. Y los gatos solo conocían pedacitos. Según ellos, Lynx debería saberlo todo, ya que su madre le había dejado todo a él, pero estaba incluso más perdido que Tiger.

Cuando oyó los pasos de Lynx en las escaleras, Tiger dobló rápidamente el papel y lo guardó en su bolsillo antes de servir una taza de café para Lynx. Lo había calculado tan perfectamente que, cuando Lynx entró en la cocina y se sentó a la mesa con un suave saludo, él ya le estaba entregando la taza llena con una sonrisa.

Más tarde, todos se acomodaron en la sala. Lynx seguía dibujándolos sin mostrar ni un pedacito de su trabajo, y los gatos pedían más historias sobre el mundo exterior. Aunque preferían cuando Lynx les leía, adoraban escuchar a Tiger contándoles sobre los gatos que había conocido.

Tiger intentaba vigilar a Lynx, que parecía un poco extraño esa mañana. No triste, solo tenso de alguna forma. Pero los gatos se lo ponían difícil, reclamando toda su atención por un rato.

Por eso, cuando levantó la vista otra vez y vio que Lynx ya no estaba en el sillón, sin que ni él ni los gatos lo hubieran notado, se preocupó de inmediato.

“¿Lynx? ¿Dónde se fue?”

Su ansiedad contagió también a los gatos, y todos hablaron al mismo tiempo.

“¿Se escapó?” preguntó Nami.

“¿Dónde podría estar?” se preguntó Umi.

“¿Nos dejó solos?” temió Cat.

Empezaron a buscarlo por la sala, aunque sabían que no estaba ahí, mientras Tiger se acercaba a la puerta. En el momento en que la abrió, oyó el sonido de alguien llorando.

Lynx. Lynx estaba llorando. Lynx lo necesitaba. Corrió hacia el origen del sonido, con los gatos siguiéndolo de cerca, y lo que vio cuando finalmente encontró a Lynx le rompió el corazón.

Lynx estaba en el suelo de la cocina (*si es que se podía llamar estar sentado*), más bien hecho un ovillo envuelto en miseria, y lloraba como si no hubiera un mañana.

“¿Lynx? ¿Lynx? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió?” Tiger se arrodilló junto a él, lleno de preocupación. Pero Lynx no parecía poder hablar. Solo se lanzó a sus brazos y lloró.

Tiger lo sostuvo durante todo ese tiempo, susurrándole palabras dulces y reconfortantes al oído, mientras los gatos también mostraban su apoyo y preocupación.

“Te queremos, Lynx” dijo Cheddar.

“Estamos aquí para ti” agregó Celeste.

“Por favor, no estés triste” suplicó Moomii.

“¡Haz algo, Tiger! ¡Hazlo feliz otra vez!” exigió Lady.

“¿Puedes decirme qué pasó ahora?” preguntó Tiger con la voz quebrada. Quería ayudar a Lynx, pero no sabía cómo.

Lynx solo negó lentamente con la cabeza.

“Está bien. No tienes que hacerlo. Solo... no te lo guardes demasiado tiempo. Estoy aquí para escucharte cuando lo necesites.”

La respuesta de Lynx fue acurrucarse aún más contra Tiger, y sintió cómo casi se derretía contra su pecho. Encajaba perfectamente en sus brazos, pero Tiger deseaba que fuera en otras circunstancias.

Tiger miró a su alrededor para ver si encontraba alguna pista sobre las lágrimas de Lynx, pero no vio nada fuera de lo normal. La bandeja que preparó antes estaba ahí esperándolos y, tal vez, pensó, esto podría distraer a Lynx de lo que fuera que lo estaba lastimando, aunque fuera solo por un momento.

“¿Qué tal un poco de té y galletas? En realidad vinimos a buscarte para merendar antes de abrir el café, ¿sabes?” Era una pequeña mentira, pero no quería preocupar más a Lynx, así que creía que estaba justificada.

Esta vez Lynx asintió, pero seguía sin soltar a Tiger.

“¿Crees que puedes levantarte? No puedo hervir el agua que necesitamos desde aquí, Lynx...”

Les tomó dos intentos levantarse, porque Lynx seguía aferrándose a Tiger, como si tuviera miedo de soltarlo.

“¿Te convertiste en un koala de tanto llorar?” Tiger se dio un golpe mental en la frente, pero al menos la tontería que dijo logró sacarle alguna reacción a Lynx. Sonaba como una mezcla entre un gruñido suave y un murmullo. Era adorable e hizo que Tiger se riera a pesar de la situación.

Encendió la tetera y, mientras esperaban a que hirviera el agua, simplemente se quedó ahí de pie con Lynx abrazándolo por detrás, sin dejar ni un centímetro de espacio entre ellos. Tiger disfrutaba de esa cercanía y esperaba que Lynx encontrara algo de consuelo en ella.

Llenó despacio las tazas, con cuidado de no salpicar el agua caliente, y pensó en dónde ir.

“Cuidado ahora, mi gatito pegajoso, vamos a movernos y hay té caliente de por medio. No quiero que te quemes.”

Tiger se movió lentamente, con Lynx siguiendo cada uno de sus pasos. Los gatos caminaban alrededor de ellos, esperando volver a la sala, pero Tiger tuvo otra idea.

Cuando entraron, el café estaba casi a oscuras. Unas pocas luces tenues iluminaban la barra y el rincón con las alfombras junto a la puerta, pero la mayor parte de la luz venía de afuera. Hoy tenía un brillo verde, y Tiger esperaba que ver eso ayudara a Lynx a sentirse mejor. Aunque fuera solo a través de la ventana.

Dejó la bandeja y movió un poco los muebles hasta que, al final, quedó un sillón junto a la ventana donde pudieran sentarse. Lynx aún no había dicho nada, así que Tiger no estaba seguro de si ya se había dado cuenta de dónde estaban.

“¿Puedes moverte un poco, Lynx? Puedes sentarte en mi regazo siquieres. Solo descansa un rato, toma tu té y disfruta de la vista por la ventana.”

“Hablas como si yo fuera un cliente” respondió la vocecita de Lynx, y Tiger sintió alivio.

“¡Oh, mi gatito pegajoso recuperó la voz! ¡Qué bien!” Acaricia la cabeza de Lynx como aquella noche.

“Ven aquí. Hoy eres un cliente, Lynx. Al menos por un rato. Me parece que necesitas un abrazo, y tal vez unos mimos de los gatos y míos, junto con tu té, ¿no?”

“¡Mimos! ¡Sí! ¡Tiger da los mejores mimos!” El coro de los gatos hace sonreír a Tiger, pero es la breve respuesta de Lynx y el hecho de que se acomode en su regazo lo que despertó esa sensación de cosquilleo en su estómago.

Tiger ignoró su propia taza de té y solo observó a Lynx con atención. Vió cómo poco a poco se calmaba y se relajaba, y cuando notó que todos los gatos se habían reunido alrededor de ellos, apareció en su rostro una expresión de asombro, como si apenas en ese momento se diera cuenta de que los gatos también estaban ahí cuidándolo.

Cuando Lynx finalmente tomó conciencia de las auroras boreales afuera, por una vez no hubo añoranza en su cara. En cambio, parecía haber una calma determinación que Tiger no lograba descifrar del todo.

Sólo cuando empezó a sorber su té Lynx miró por la ventana. Tiger había acercado uno de los sillones del rincón a una de las ventanas y había corrido las cortinas. Afuera se

veían algunos edificios, pero no tenían forma ni color definidos, porque el café aún no había aparecido en ninguna ciudad.

Un temblor recorrió el cuerpo de Lynx como si tuviera frío, pero desapareció antes de que Tiger pudiera comentarlo.

“¿Tiger?”

“¿Hmm?”

“Creo que me gustaría intentar salir esta noche.”

Decir que Tiger se sorprendió sería quedarse corto.

“¿Estás seguro?”

A los gatos no les gustaba nada esta idea.

“¡Tiger! No, no lo alientes!” dijo Nami.

“¡Eso no es buena idea, Tiger, tienes que detenerlo!” gritó Moomii.

Tiger los ignoró. Toda su atención estaba en Lynx. Y si Lynx quería salir, no se interpondría en su camino, sino que haría todo lo posible para que pudiera hacerlo.

“Sí. No me preguntes por qué, pero tengo la extraña sensación de que hoy podría funcionar” respondió Lynx con una calma resuelta.

“Está bien, si tú lo dices. Solo déjame buscar las herramientas...”

“Más tarde, Tiger. Tomemos primero el té. Está tan acogedor y cómodo ahora mismo.”

Tiger lo abrazó un poco más fuerte después de eso, temiendo que sea la última vez que pudiera sostenerlo así.

Solo cuando Lynx terminó su taza se movió de nuevo. Caminó por el café mientras Tiger recogía la bandeja y traía las herramientas y su bufanda.

Los gatos seguían intentando disuadir a Lynx de salir. ‘*Estarán tan seguros de que esta vez funcionará?*’, se pregunta Tiger.

“Lynx, no, por favor no vayas.”

“No nos dejes, Lynx.”

Era un poco desgarrador oírlos así, pero Tiger se mantuvo firme. Quería hacer feliz a Lynx y, por eso, necesitaba ayudarlo a ver las auroras boreales, sin importar las consecuencias.

Estaba listo para quitar la puerta de nuevo cuando Lynx le pidió un abrazo de buena suerte.

“Claro, ven aquí.” Tiger abrió los brazos y Lynx se metió en su espacio. Esta vez no había lágrimas, solo dos corazones conectados en una cálida burbuja de consuelo.

Lynx quiso intentar abrir la puerta primero, antes de que Tiger la quitara, y Tiger lo observó tomar el picaporte y bajarlo despacio. Se movió sin resistencia, y Tiger se preguntó qué cambió para que la puerta también funcionara para Lynx.

Tiger vio a Lynx mirarlo con emoción y tensión. Luego su mirada pasó a los gatos. Todos estaban tensos y preocupados, maullándole a él y a Tiger.

“Es una mala idea, Lynx. Por favor no vayas. El café te necesita. La magia te necesita. Nosotros te necesitamos.”

“No se preocupen, pequeños. Solo voy a salir un minuto. Ni siquiera van a notar que me fui.”

Lynx se dió vuelta hacia la puerta y Tiger necesitó abrazarlo otra vez. Lo rodeó con los brazos por detrás e inhaló su calor.

“Por favor, vuelve sano y salvo, Lynx. ¡Te vamos a extrañar!”

Lo que realmente quería decir era que lo extrañaría cada segundo que estuviera fuera, que lo necesitaba de vuelta para poder confesarle por fin, para hacer planes juntos para su futuro.

“No tardaré mucho, Tiger. Mira, sigo con mis pantuflas de casa. ¿A dónde iría con estas?”

Ambos miraban las pantuflas de gato esponjosas en los pies de Lynx, y Tiger sintió otra vez ese impulso de ternura abrumadora, queriendo cargarlo, mimarlo y besarlo por todas partes hasta saciarse. **‘Pronto’**, se dijo, y alcanzó la bufanda.

“Al menos ponte una bufanda, no quiero que tengas frío afuera.”

Tiger le envolvió la bufanda con suavidad alrededor del cuello y finalmente lo soltó.

Lynx cruzó la puerta como si fuera lo más normal del mundo. Tiger lo siguió mirando desde atrás, incluso dió un paso más cerca de la puerta, pero antes de que pudiera alcanzarla, la puerta se cerró de golpe de repente.

Al principio Tiger no se preocupó demasiado, pero cuando las luces empezaron a parpadear y finalmente se apagaron, y el café pareció doler y encogerse a su alrededor, su miedo se disparó.

"¡Esto es malo, esto es muy malo!" grita Nami.

"¿Qué está pasando?" pregunta Moomii.

"No, no, no, esto no está bien" susurra Cat.

"¿Dónde está Lynx? ¿Por qué no vuelve?" pregunta Cheddar.

"¡Esto es toda tu culpa, Tiger! ¿Por qué lo dejaste ir? El café lo necesita..." lo acusa Umi.

Tiger se quedó ahí parado, congelado. Entendía las preocupaciones y miedos de los gatos y le encantaría consolarlos, pero esta situación estaba más allá de su comprensión. ¿Realmente se fue Lynx? ¿Debería haber escuchado las advertencias de los gatos?

El sonido de algo crujiendo en una de las paredes lo sobresaltó, y Tiger corrió hacia la puerta intentando abrirla desesperadamente. No se movía. Probó la otra puerta que llevaba a la casa de Lynx, pero también estaba cerrada con llave. Las luces que dejaron encendidas también se apagaron, y parecía que solo había una noche vacía y oscura detrás de esa puerta, que poco a poco se iba colando en el café.

Al menos todos los gatos estaban con él. Tiger agradeció ese pequeño detalle. No quería pensar en que uno de los gatos se hubiera quedado atrás o separado en esta situación...

Tiger se dejó caer al suelo. Recordó la primera noche que llegó a este lugar. Esa noche estaba tan feliz. Ahora se sentía vacío. No había desesperación, ni miedo, ni esperanza... no quedaba nada, como si Lynx se hubiera llevado todas sus emociones al irse, dejando solo una cáscara de Tiger atrás.

Era diferente para los gatos. Sus maullidos eran tan tristes y llenos de desesperación. Sus voces estaban quebradas ahora, y Tiger solo parecía entender una de cada dos palabras.

Supo que estaban enojados con él por haber dejado ir a Lynx y lo culpaban por todo lo que estaba pasando. Debería irse. Ya no lo querían aquí. Tal vez habría sido mejor si nunca hubiera puesto un pie en este lugar. 'No', pensó. Había una razón por la que encontró este lugar y luego volvió cada noche. Había un trabajo que tenía que hacer, un

trabajo que quería hacer por el resto de su vida. Un trabajo que tenía que ver con Lynx. Lynx. ¿Quién es? ¿Por qué su nombre suena tan extraño y familiar al mismo tiempo? Lynx. Lynx...

La mente de Tiger se quedó en blanco cuando se trataba de Lynx. Como si una nube oscura se hubiera posado sobre todo lo que alguna vez supo de él. Su rostro, su sonrisa, su voz, cómo le gustaba el café, cómo se sentía tenerlo en sus brazos... todo desapareció.

"Me encanta que estés aquí, Tiger. Ojalá pudieras quedarte." El recuerdo de ese momento resonó en la oscuridad y trajo consigo una suave luz dorada.

"¿Tiger? ¡Tiger! ¡Tienes que reaccionar! ¡Esto no está ayudando a Lynx a encontrar el camino de vuelta!"

Hay voces, vocecitas llenas de preocupación y molestia. Las conoce.

"¡Tiger! ¡Ahora!" La voz era exigente y poco después sintió un leve dolor en la mano. Alguien lo arañó. Levantó la vista y vió a una gata persa negra mirándolo con cara de disculpa. Lady. Claro que fue ella. Y ahí, a su lado, estaban todos los demás gatos, que ya no parecían enojados, sólo preocupados.

"Ahí estás, Tiger. Por un momento pensamos que también te habíamos perdido."

"¿Qué pasó?"

"Bueno, ¿Qué es lo último que recuerdas?"

"Lynx... Lynx se fue y luego... por un momento olvidé todo sobre él."

"Ese debió ser obra de Leo. Vio su oportunidad de entrar y causar un poco de caos, pero el café te protegió a ti y a nosotros. La magia fue un poco lenta sin Lynx aquí para anclarla" explicó Celeste.

"Es una lástima que aún no haya aceptado del todo su herencia" murmuró Nami.

"Ahora todo depende de él para que encuentre el camino de regreso" dijo Umi con un suspiro.

"¿No están preocupados de que simplemente se haya ido y nunca vuelva?" Tiger miró a los gatos, sin entender la mayor parte de lo que decían.

"Claro que estamos preocupados. Lo queremos y no queremos perderlo" respondió Cheddar.

“Entonces, ¿por qué están tan tranquilos de repente?”

“¿Qué esperabas? ¡Somos gatos, nos encanta el drama!” contestó Lady moviendo su larga y esponjosa cola.

“Porque el café sigue aquí” dice Moomii.

“Si Lynx hubiera querido dejar este lugar atrás, habría desaparecido en el momento en que salió” agregó Celeste.

“Todavía no entiendo.”

“Humano sin remedio” gruñó Cat. **“Todo es tu culpa.”**

Tiger se quedó sorprendido por un segundo.

“Lo que Cat quiere decir es que...” intentó Nami, pero Cat la interrumpió otra vez.

“¡Eres un caso perdido! Te dimos tantas pistas y oportunidades, ¡y ahora Lynx se fue y tú no le has confesado! ¡Algunos lazos necesitan palabras, no solo sentimientos y acciones, tonto!”

“Es verdad, ¿sabes? A veces actúan como pareja casada, pero sin palabras...”

Nami intentó de nuevo.

“Te dijimos que Lynx necesitaba palabras claras para entender y creer en tus sentimientos. ¿Y qué hiciste? Lo mirabas con corazones en los ojos toda la noche, le preparabas comidas deliciosas...”

“Aunque sí lo hizo más feliz, tienes que admitirlo” dijo Celeste.

“No lo suficientemente feliz, o nunca habría querido salir” refunfuñó Cat.

“No es cierto y lo sabes. A veces todos queremos cosas aunque puedan ser malas para nosotros...”

“Como una bolsa llena de premios” dijo Moomii.

“O un pedazo de queso” agregó Umi soñadora.

“Está bien, está bien, tienen razón. Pero eso no cambia el hecho de que Lynx se fue y no sabemos cuándo va a volver.”

“¿Hay algo que podamos hacer para ayudar a Lynx a regresar más rápido?” pregunta Tiger, contento de poder meter palabra entre la discusión de los gatos.

“Solo aferrarte a tus sentimientos por él y recordar tus momentos favoritos con él.”

“Igual que antes, cuando había ese brillo dorado a tu alrededor.”

“Aun cuando ninguno de los dos lazos está completamente formado, juntos podrían ser suficientes para guiarlo a casa.”

Tiger se puso de pie y sacó uno de los paquetes de emergencia de premios que Lynx tenía escondidos en el café para calmar las tensiones entre los gatos y darles algo de consuelo. Luego juntó todas las alfombras y cojines en un solo lugar. Incluso encontró dos mantas para agregar e hizo una cama cómoda para los gatos y para él. No sabía cuánto tiempo tardaría Lynx en volver, pero quería que los gatos estuvieran abrigados y se sintieran seguros mientras durara la espera.

Se acurrucaron todos juntos y luego se turnaron para contar sus momentos y recuerdos favoritos con Lynx. Compartieron sonrisas, lágrimas y risas, mientras la noche a su alrededor parecía extenderse sin fin y las luces doradas giraban por la oscuridad.

Tiger recordó la noche en que Akk y Aye visitaron el café. Él solo estuvo una parte, pero recordó lo larga que se sintió y lo cansados que estaban Lynx y los gatos al día siguiente. Esta noche se sentía igual de larga, si no es que más. No había indicios de que el tiempo avanzara desde que Lynx se fue. Tal vez él y los gatos estaban atrapados en un momento sin tiempo hasta que sus corazones estuvieran completos otra vez. No lo sabía. Lo único que podía hacer era ver cómo los gatos se iban quedando dormidos uno tras otro, mientras él vigilaba sobre ellos.

Era la noche más larga que Tiger había soportado jamás, y le pareció casi apropiado, porque dependiendo de cómo había corrido el tiempo afuera, podría ser la noche del solsticio de invierno, y así como el mundo esperaba que regresara la luz, ellos estaban esperando que Lynx trajera de vuelta su luz, su calor y su amor.

Capítulo 21: Noche 22 - Gatos Pegajosos

Lynx despertó con un calor desconocido. Había un cuerpo a su lado, tan cerca que sus hombros casi se tocaban. A diferencia de sus manos, que se sostenían con fuerza entre sí.

Lynx no necesitaba abrir los ojos para saber quién estaba acostado junto a él. Lo hizo de todos modos, mientras se giraba lentamente hacia un lado, con cuidado de no despertar a ninguno de los gatos que dormían alrededor en la cama, ni a Tiger.

Tiger.

Se veía tan tranquilo ahora. Todas sus preocupaciones habían desaparecido, las lágrimas se habían secado. Parecía estar soñando algo bonito, porque sonreía suavemente mientras dormía.

Era la primera vez que Lynx despertaba así, y aunque era un sueño hecho realidad, su corazón aún estallaba de anhelo. Despertar junto a la persona que amaba se sentía maravilloso, cálido, cómodo y feliz, y Lynx quería despertar así todos los días. Sabía que no era probable, sabía que Tiger tendría que irse eventualmente, pero por ahora apartó esos pensamientos y simplemente disfrutó de su cercanía y de observarlo. Con suavidad, como si tocara el ala de una mariposa, apartó un mechón de cabello del rostro de Tiger y se maravilló con su suavidad.

Lynx habría adorado enterrar la nariz en el cabello de Tiger y cubrirle la cara de besos. Solo pensar lo hizo sonrojar y reír bajito, y patalear un poco, lo que le ganó algunos maullidos de queja.

Al final, solo se quedó ahí acostado mirando a Tiger hasta que fue hora de levantarse.

“¿Qué dicen, pequeños? ¿Quieren ayudarme a preparar el desayuno?”

“Meaaaaoooolluadaaa” respondió suavemente Nami desde su espalda.

“Claro que te maulludaremos” agregó Cat, que había dormido acurrucado junto a Tiger hasta ese momento.

“¿Habrá premios por maullar?” preguntó Moomii desde debajo de la cama.

Lynx se rió por lo bajo. Todavía sólo entendía partes de lo que decían los gatos, pero no dejó que eso lo detuviera.

“Habrá premios, no se preocupen. Solo tenemos que salir en silencio para que Tiger no se despierte, y así sorprenderlo con un festín. ¿De acuerdo?” susurró Lynx con aire conspirador.

Nami y Cat se estiraron y luego saltaron de la cama tan suavemente que casi no hicieron ruido. Moomii, en cambio, logró golpear uno de los postes de la cama con un fuerte golpe al salir de debajo, y toda la cama se sacudió un poco. Pero Tiger no se movió.

“¿Estás bien, Moomii? Por favor ten más cuidado, no quiero tener que correr al veterinario contigo otra vez, mi gato torpe.”

"Estoy maullien, solo vi maullestrellas por un maullomento."

Lynx apartó despacio la manta, soltó la mano de Tiger y, en un impulso del momento, se inclinó hacia él y le dio un beso suave en la frente antes de intentar levantarse. No llegó muy lejos. Dos brazos se alzaron para rodearle la cintura y lo jalaron de vuelta a la cama.

“No me dejes, Lynx” murmuró Tiger contra su espalda.

“Solo iba a darme una ducha rápida y preparar el desayuno para nosotros. ¿No tienes hambre?”

“¿Ves? Querías dejarme atrás, solo y triste.” Tiger se acurrucó un poco más contra él, y Lynx sintió que se derretía.

“Pensé que estabas dormido y solo quería que descansaras un poco más, Tiger. Te habría despertado en cuanto todo estuviera listo.”

“Pero ahora ya estoy despierto.” Lynx podía imaginar perfectamente el puchero de Tiger en ese momento.

“Entonces puedes bajar con nosotros y ayudarme.”

“Pero no tengo hambre para nada. Solo quiero quedarme en la cama todo el día y abrazarte. Estuviste fuera demasiado tiempo anoche.”

“Lo siento por tardar tanto en encontrar el camino de regreso hacia ti, Tiger. No me habría ido si hubiera sabido que esto iba a pasar.”

De repente, los brazos cálidos que lo sostenían desaparecieron, y Lynx escuchó algunos sollozos detrás de él.

Se dio vuelta y vio a Tiger llorando.

“¿Tiger? ¿Qué pasó? ¿Qué...?” Lynx intentó acercarse a Tiger para consolarlo, pero Tiger se apartó.

“No... no merezco tu consuelo, Lynx.”

“¿Por qué ibas a pensar eso alguna vez, Tiger? Quiero abrazarte y consolarte siempre.”

“Pero... Lynx... Todo es mi culpa. Si no hubiera quitado la puerta en primer lugar y no te hubiera metido esa maldita idea en la cabeza, nunca habrías salido ni habrías estado en peligro. Yo... solo quería que fueras feliz y vieras las auroras boreales por

una vez, ¿y mira cómo terminó? Ni siquiera deberías querer estar cerca de mí ahora mismo."

"Oye... no me digas qué puedo hacer o qué debería sentir ahora. Tienes razón, tal vez no habría salido ayer sin ti. Me habría tomado mucho más tiempo aceptar todo y encontrar la forma de cruzar esa puerta."

"¿Ves? Casi lo arruino todo. ¿Y si no hubieras encontrado el camino de regreso? Nunca me lo habría perdonado si algo te hubiera pasado, ¡Lynx!"

"Pero no pasó nada. Estoy de vuelta sano y salvo. Te aseguraste de calentarme bien. Y déjame decirte que sin ti y sin los gatos nunca habría encontrado el camino de regreso. Habría estado perdido sin ti, Tiger. Ahora ven aquí y déjame abrazarte, o voy a llorar yo también, y no quieres eso, ¿verdad?"

"No, por favor, no llores, Lynx. Estoy aquí." Tiger cayó en los brazos abiertos de Lynx y escondió el rostro en su pecho, envolviéndolos a ambos con la manta.

"Quería decirte esto más tarde, quizás después del desayuno, cuando todo se hubiera calmado, pero ¿para qué esperar? Puedo decírtelo ahora mismo."

"¿Qué quieres decirme?"

"¡Yo también quiero mauller!" dijo Umi desde la puerta.

"Claro que quieras oírlo también, y lo harás. ¿Solo pide a los demás que vengan aquí?"

Momentos después, Cheddar, Celeste y Lady también se habían unido, y todos los gatos estaban cómodamente acomodados alrededor de ellos.

"¿Quieren saber qué fue lo que me trajo de vuelta a ustedes y al café?"

"Sí."

"¡Meow!"

"¿Sabes, Tiger? La primera noche que viniste, no me caíste bien para nada. Los gatos estaban todos tan fascinados contigo, y yo sentía celos y me sentía excluido."

"Me preguntaba por qué estabas tan molesto cuando nunca nos habíamos visto antes."

"Lo siento por eso. No mejoró por un tiempo. Pero luego las cosas empezaron a cambiar poco a poco. Siempre eras tan amable, tan juguetón y gentil con los gatos.

¿Cómo no iban a quererte? Ahora lo entiendo. Quería tanto ser parte de esa imagen, pero no me lo permitía. Pensaba que no lo merecía, que esa felicidad no era para mí, aunque la deseaba con todo mi ser.”

“Está bien desear eso, Lynx. Mereces ser feliz y amado como cualquier otra persona.”

“Lo deseaba tanto. Quería que tus sonrisas fueran para mí, Tiger, y quería que los gatos me adoraran como a ti. Paso a paso diminuto, los dejé entrar a todos en mi corazón a pesar de mis inseguridades. Y cuando estuve allá afuera en esa noche vacía y fría, fueron los recuerdos de ustedes y mis sentimientos los que iluminaron la oscuridad y me guiaron hacia ustedes, hacia casa. Y supe que me estaban esperando, porque allá afuera también pude ver las luces doradas que venían de ti. Vi el lazo formándose y asentándose, no solo entre los gatos y yo, sino también entre nosotros, Tiger.”

“Nosotros también nos turnamos maullando por ti, Lynx.”

“Sabíamos que ibas a maullar de vuelta.”

“Gracias por creer en mí, pequeños. Y gracias a ti también, Tiger. Estaba tan solo, mi corazón estaba tan frío y vacío, igual que ese espacio de allá afuera. Pero tú llegaste y lo llenaste de calidez, sonrisas, juegos tontos, galletas y simplemente... me gustas muchísimo, Tiger. Muchísimo. Por favor, nunca pienses que te culpo por lo que pasó o que te guardo rencor.” Lynx abrazó a Tiger un poco más fuerte y besó la parte superior de su cabeza, frotando un poco la nariz en su cabello.

Lynx se sentía como si flotara en una nube. Estaba feliz y tenía en sus brazos al hombre que amaba.

Había confesado y ahora se sentía mucho más ligero, aunque no estaba seguro de si Tiger realmente había entendido lo que acababa de decirle. No importaba. Se lo diría de nuevo. Tal vez en un momento, cuando estuvieran solos y no rodeados de gatos. Por más que los quisiera, algunas cosas era mejor decirlas y hacerlas en privado.

El momento acogedor se interrumpió cuando el estómago de Tiger comenzó a rugir.

“¿No tienes hambre? Ya veo.” Lynx se rió y soltó despacio a Tiger, muy a su pesar.

“Tiger, tienes que soltarme un momento. Aunque insistas en que no tienes hambre, yo sí. Y realmente necesito ir al baño.”

Tiger lo soltó de mala gana y siguió observándolo desde la cama, aún envuelto en la manta, mientras Lynx preparaba ropa cómoda y se dirigía al baño.

Cuando Lynx abrió la puerta otra vez, con el cabello todavía un poco húmedo por la ducha, se encontró con siete gatos y Tiger sentados frente a la puerta esperándolo pacientemente. Tiger seguía envuelto en la manta y parecía él mismo un gato enorme y suave.

“¿En serio?” Lynx intentó parecer serio, pero pronto ganó su sonrisa.

“Te tardaste demasiado.”

“¿Demasiado? Esta fue la ducha más rápida que he tenido en mi vida. Y ahora te toca a ti.” Lynx le dio palmaditas en la cabeza a Tiger.

“Pero no quiero dejarte solo.

“Solo? Yo? Los gatos se asegurarán de que no esté solo ni desaparezca. Y prometieron ayudarme a preparar el desayuno.”

“Es verdad, Tiger. Lo maullometimos.”

“Nosotros cuidaremos de Lynx.”

“Está bien, está bien. Pero no antes de que me des otro abrazo.” Tiger abrió los brazos y la manta, y Lynx se dejó envolver una vez más por su calor.

“Y tú me llamaste gato pegajoso ayer. Claramente el pegajoso eres tú.”

“¿Te estás quejando?”

“Solo observo.”

“Extrañarías mis abrazos si me fuera, sé honesto.”

Lynx sabía que Tiger lo decía en broma, pero para él era la triste verdad.

“Te extrañaría muchísimo, Tiger. Tu sonrisa, tus hoyuelos adorables, tu voz cuando hablas con los gatos, tu calor, tus abrazos, todo lo que eres tú.”

Preparar el desayuno tomó un poco más de tiempo ese día, aunque los gatos hicieron todo lo posible por ayudar a Lynx. Se ponían en su camino, se frotaban la cabeza contra sus piernas, pedían caricias y mimos, y aunque Lynx les daba de comer y les ponía premios extra, de vez en cuando levantaban la vista de sus tazones para comprobar que todavía estuviera ahí.

Durante el desayuno, Tiger acercó su silla lo más posible a la de Lynx y se habría sentado en su regazo si no estuviera ya ocupado por Celeste. La gata negra estaba acostada ahí ronroneando suavemente, mientras Lynx comía y a veces acariciaba su suave pelaje.

No terminó ahí. Todo lo que Lynx hacía ese día, siete gatos y Tiger lo seguían paso a paso, esperaban frente a las puertas, nunca se apartaban de su lado cuando se sentaba en algún lugar y siempre querían mimos de él. Nunca lo perdían de vista y siempre se rozaban contra sus piernas o saltaban a su regazo, mientras Tiger lo tocaba al pasar y venía a abrazarlo con frecuencia. Parecía que necesitaban asegurarse de que todavía estuviera ahí. Claro que eso hacía que las tareas diarias y los preparativos para el café fueran un poco más difíciles de lo habitual, pero Lynx estaba feliz. Aunque no lo demostrara abiertamente y a menudo pareciera refunfuñar, en realidad estaba ocultando su sonrisa.

Cuando Lynx miró por las ventanas en un momento tranquilo, sus ojos brillaron aún más.

“¡Miren! ¡Tiger, pequeños! ¡Está nevando! La primera nieve del año, y el jardín ya se ve tan hermoso.”

Todos se reunieron frente a las grandes puertas de vidrio que daban al jardín y observaron los copos de nieve cayendo. Lynx había encendido las pequeñas luces repartidas por el jardín, lo que realzaba la magia del momento.

“¿Lo vieron?” Lynx se frotó los ojos y miró otra vez hacia la nieve. Ahí estaba de nuevo. Un movimiento extraño entre las estrellas heladas.

“Hay algo en la nieve, ¿no lo ven?”

Tiger y los gatos miraron hacia afuera y forzaron la vista para ver lo que Lynx veía, pero para ellos solo había nieve y nada más.

“Miren, ahí junto a la lámpara bajo los árboles. Algo se está moviendo en la nieve.”

Solo cuando lo que fuera que estaba afuera llegó al porche, los demás también lo vieron.

“Tienes razón. Hay algo ahí.”

“Parece una maullbola de nieve” dijo Umi.

Lynx pensó que tenía razón. Algo blanco y esponjoso se movía entre la nieve, y si tuviera que apostar, Lynx pondría todo su dinero en que era un gato. El primer gato que llegaba al café desde que su madre había muerto.

Abrió un poco una de las puertas para dejar entrar a la bola nevada. Entró sin dudar, se sacudió la nieve, miró alrededor y fue directo hacia Lynx para frotarse contra su pie, trepar por su pierna y pecho hasta acomodarse en su hombro izquierdo.

Era efectivamente un gato, pequeño, todo blanco y esponjoso, con una cinta rosa en el cuello que tenía un nombre bordado en letras negras.

“Bienvenida al *Silent Cat Café*, Lyka.”

“Miiiauuu.”

Capítulo 22: Noche 23 & 24 - Tiger sin dormir

Tiger no puede dormir. De hecho, una gran parte de él ni siquiera quiere dormir. Su tiempo en el *Silent Cat Café* se está acabando como el agua de un balde con agujeros, y quiere aprovechar al máximo las horas que le quedan. Aunque eso signifique perder algunas horas de sueño solo para ver a Lynx soñar.

Es la tercera noche seguida que comparten la cama, y Tiger no podría estar más feliz por eso. Desea que sea así todas las noches y espera que el futuro se los regale.

Lynx se ve suave y sin defensas mientras duerme. Sus rizos caen sobre su rostro y ocultan las ojeras bajo sus ojos. Las cortinas no están completamente cerradas, y Nami duerme detrás de la de la izquierda. Afuera, la nieve refleja la luz de la luna, bañando todo en un brillo plateado; parte de esa luz incluso se refleja en el cabello de Lynx.

Tiger anhela tocarlo, acariciarlo con suavidad y ver si podría hacer que Lynx ronronee. Para él, Lynx es tan parecido a un gato. Un gato tímido pero cariñoso, que no deja ver cuánto le gustan en realidad los abrazos y los besitos en la frente. A Tiger le encanta cómo Lynx encaja en sus brazos cuando se derrite contra su pecho, aunque refunfuñe porque no puede hacer las cosas con Tiger y los gatos siendo tan pegajosos. Tiger no puede evitarlo. Hay una necesidad de estar cerca de Lynx, de tocarlo, de asegurarse de que está ahí, sano y salvo. Esa necesidad estuvo presente desde la primera noche que lo vio, y solo ha crecido desde entonces. Especialmente después de que Lynx confesara.

Tiger todavía no ha dicho nada al respecto. Parece que Lynx no necesita oírlo para saber que Tiger también lo quiere. Pero aun así... Tiger está dividido. Su corazón le urge a decirlo en voz alta también, a darle a Lynx tranquilidad y algo a lo que aferrarse cuando se vaya. Sin embargo, su cerebro piensa que sería más amable no decir nada y ahorrarle a Lynx un dolor extra ahora. Tiger quiere confesar. No, lo necesita. Es algo que le recorre la piel y le produce cosquilleo, pero intenta ignorarlo.

De alguna forma, piensa que no sería justo confesarle y luego irse. No cuando no está seguro de cuándo volverá. Que volverá es una certeza. Solo podría tomar algo de tiempo arreglar todas sus cosas y convencer a su familia de que estará a salvo con Lynx, aunque sea en un lugar algo alejado de la ciudad. Está seguro de que a sus padres les encantaría Lynx cuando lo conozcan algún día. Puede imaginárselo claramente: los ojos curiosos de su madre recorriendo el café, viendo todo el amor que se ha vertido en él, y luego a Lynx, que es la fuente de todo eso.

Su padre podría parecer más duro por fuera, pero incluso él notaría el calor de ese lugar y terminaría queriendo a Lynx y a los gatos en un abrir y cerrar de ojos.

Su lugar. Tiger sabe que todavía no es de los dos, igual que la cama en la que están acostados es de Lynx y no de ellos. Pero Tiger sueña y espera por un tiempo en que todas estas cosas se conviertan en "*nuestro*" y "*de los dos*".

Los últimos dos días habían estado llenos de energía caótica. Lyka, la más reciente incorporación a los gatos del café, era con diferencia la más joven, aunque ya no era una gatita, y mantenía a todos en alerta constante, gatos y humanos por igual. Encajó perfectamente en su familia caótica pero amorosa y llenó sus días de risas interminables y aventuras. Trepaba a los árboles para gatos más altos junto a Celeste, se escondía bajo las alfombras con Moomii, exploraba todos los escondites de Cheddar, se sentaba en el alféizar de la ventana con Nami para ver el mundo afuera, se acurrucaba con Umi en la cama para gatos cerca de los calentadores, o la ayudaba a pedir premios, y jugaba a perseguirse con Cat por toda la casa. Todos la consentían. Solo Lady estuvo un poco distante al principio. Pero Tiger la vio acicalando a Lyka varias veces ya, en secreto, cuando nadie miraba.

Cuando Lynx les leía, ella pronto se aburría. No de su voz, sino de estar quieta. Así que Tiger se aseguraba de que siempre hubiera suficientes juguetes alrededor para entretenérila, sin molestar a los otros gatos. Ella atrapaba pelotas y ratones de juguete, incluso se metía debajo del mueble y regresaba con juguetes perdidos y casi olvidados. Solo cuando terminaba de correr y se quedaba sin energía caía al suelo justo en el lugar donde estaba y dormía una siesta un rato, antes de que empezara otra carrera.

Lynx la dejaba jugar con una sonrisa. Era la primera vez que conocía a un gato nuevo sin la red de seguridad de las notas de su madre. Además, todavía no entendía del todo lo que decían los gatos y a menudo miraba a Tiger pidiendo ayuda y traducciones. En los ojos de Tiger, lo estaba haciendo genial. Aunque Tiger podría estar sesgado, no encontraba ni un solo defecto en Lynx.

Pero algo seguía preocupando a Tiger.

Desde que Lynx había regresado de esa noche terrible de vacío, había una calma confiada en todo lo que hacía. Caminaba con un paso ligero, y a menudo tarareaba melodías suaves mientras preparaba café o limpiaba la casa. Aunque todavía fruncía el ceño con frecuencia, su sonrisa parecía llegar mucho más fácil ahora, y se sentía más cálida y completa que antes. Hablaba con los gatos tan amable como siempre y los trataba con el mismo cuidado y gentileza que los gatos siempre alababan en él.

Pero también había momentos en que simplemente se detenía en medio de lo que estaba haciendo, perdido en pensamientos que Tiger no podía leer. En esos momentos, la sonrisa de Lynx perdía algo de su calidez y ya no llegaba a sus ojos. Incluso ahora, durmiendo profundamente a su lado, había una tristeza persistente rodeando a Lynx, y Tiger no tenía idea de cuál era la razón.

Tiger se acurruca un poco más cerca de Lynx y pone su brazo alrededor de su cintura. El calor somnoliento de Lynx lo envuelve lentamente en un capullo de consuelo y amor, y siente que sus ojos se ponen pesados y se cierran poco a poco. Mañana intercambiarían regalos. Pasado mañana sería el último día de Tiger con Lynx y los gatos. Por ahora. Intentaría llegar al fondo de los últimos hilos de tristeza de Lynx en ese tiempo, esperando dejarlo con un corazón completamente sanado.

Pero eso sería para mañana. Ahora ya estaba soñando con el hombre amable y hermoso que dormía a su lado, y con las aventuras que vivirían en los años por venir.

Capítulo 23: Noche 25 - El gato gruñón

La mañana comenzó como la mayoría de las mañanas desde que Tiger entró en sus vidas: con él preparando el desayuno y alimentando a los gatos, mientras Lynx aprovechaba para cerrar los ojos cinco minutos más antes de bajar a la cocina a unirse a ellos. Hoy, sin embargo, había dos cosas diferentes: por un lado, Tiger y Lynx todavía llevaban puestos sus pijamas cómodos y abrigados, y Lynx hizo un pequeño desvío para comprobar que la puerta de la sala seguía cerrada con llave y que nadie había entrado sin su permiso.

El desayuno volvió a ser un festín delicioso, y Lynx se alegró de no tener una báscula, porque seguramente había subido un poco de peso desde que Tiger se encargaba de la mayoría de sus comidas. De repente, comía más sano y se tomaba su tiempo para sentarse y disfrutar cada bocado, incluso cuando los gatos intentaban convertir cada mañana en una persecución caótica por más premios. Iba a extrañar esas comidas con Tiger.

Pero comparado con todo lo que extrañaría del hombre, esto era solo una pequeña parte. ¿Cómo viviría sin su calor y sus sonrisas con esos hoyuelos adorables? ¿Cómo les iría a

los gatos sin Tiger con quien hablar y jugar? ¿Sin sus abrazos y sus premios? Dejaría un gran vacío en sus nueve corazones, y solo el tiempo diría si sería solo por un rato más o si se convertiría en una marca permanente.

Pero hoy no era un día para pensamientos sombríos como esos. Lynx había preparado una sorpresa, con la ayuda de Tiger, quien los había distraído el día anterior, y esperaba que llenara a todos de felicidad.

Los gatos, por supuesto, sabían que algo pasaba e intentaban sacárselo a él o a Tiger.

Pero esta vez, ni siquiera los ojos grandes de Umi funcionaron, y mantuvieron la boca cerrada, para gran molestia de los gatos. El día anterior les habían dicho que el calentador de la sala estaba averiado y que haría demasiado frío para dormir ahí. Los gatos lo habían aceptado de mala gana, buscando otros lugares para dormir, pero ahora habían llegado al límite de su paciencia.

Los gatos tuvieron que soportar unos mimos y cepillados extra de Lynx antes de que él finalmente se levantara para terminar los preparativos finales.

“Denme cinco minutos más, luego pueden venir a la sala. ¡Y nada de espiar! Tiger me dirá si todos se portaron bien. De lo contrario, no tendrán...” Lynx se detuvo antes de soltar más.

“¿No tendrán qué?” preguntó Nami.

“¿Más premios?” preguntó Moomii.

“¿Tal vez juguetes nuevos?” se preguntó Umi.

Lynx solo sonrió y fue a la sala, siempre verificando que ningún gato intentara colarse con él. Después de cerrar la puerta con llave detrás de él, Lynx abrió las cortinas, puso una lista de reproducción suave con melodías instrumentales de invierno, encendió las luces del árbol y del estante de libros, se aseguró de que todos los regalos estuvieran en orden y extendió dos mantas en el sofá, esperando que él y Tiger se acurrucaran juntos debajo de ellas.

La nieve caía suavemente afuera, sumando al ambiente sereno. Pero en cuanto Lynx abrió la puerta, el caos estalló por un momento. Los gatos entraron corriendo, tropezándose unos con otros. Cada uno quería ser el primero en ver qué había escondido y descubrir su sorpresa.

Tiger los siguió detrás, equilibrando con cuidado una bandeja con dos tazas de chocolate caliente con muchos malvaviscos pequeñitos y un plato de galletas. Las dejó en la mesa

frente al sofá antes de mirar alrededor, ignorando a los gatos volviéndose locos a su alrededor.

“Se ve hermoso, Lynx. Muy festivo y acogedor.”

“Solo creo que los gatos no lo aprecian como tú” sonrió Lynx y suspiró al mismo tiempo.

“Dales un poco de tiempo. Están demasiado emocionados para asimilar todo todavía.”

“Tienes razón. Ven, disfrutemos el chocolate caliente un rato y démosles tiempo para que se calmen.”

Tal como Lynx había imaginado, Tiger y él se sentaron en el sofá y se acurrucaron bajo la manta. Estaban tan cerca que sus cuerpos se tocaban casi desde los pies hasta los hombros, y el calor los envolvió como un capullo cálido mientras sorbían sus chocolates calientes.

Lynx se sintió un poco orgulloso de su trabajo. No había sido fácil hacerlo todo solo, pero el resultado valía la pena. Y tal vez, la próxima vez, Tiger lo ayudaría con algo más que distraer a los gatos.

Tal vez en ese momento también decorarían el café.

Lynx no podía evitar lanzar miradas a Tiger de vez en cuando. Se veía feliz y satisfecho, su sonrisa se ensanchaba cada vez que uno de los gatos hacía algo lindo o gracioso. No sabía si recordaban el árbol de Navidad para gatos que su mamá solía poner en esa época del año. Lynx nunca lo había usado antes. Nunca había sido fan de la Navidad, pero este año se sentía correcto sacarlo de nuevo.

El árbol para gatos constaba de dos partes: una con forma de árbol, con varios pisos donde los gatos podían dormir o atrapar algo de la decoración, y la otra como una pila de cajas, que incluso superaba al árbol, con rincones y escondites. Lynx había cambiado la cadena de luces porque la antigua ya no funcionaba. En lugar del brillo colorido de antes, la nueva emitía una luz dorada y cálida.

Sin sorpresa, Celeste había reclamado la caja más alta, mientras que Cheddar se sentó en la punta del árbol como una estrellita y miraba el caos desde arriba. El árbol estaba decorado con esferas irrompibles y juguetes de madera, y Nami ya había logrado robar una de las bolas brillantes y correr por la habitación con ella. Lady miraba desde una de las cajas más bajas, acompañada por Lyka. Cat estaba acostado en una de las hamacas bajo el árbol, mientras que Moomii intentaba meterse bajo la alfombra donde estaba el árbol y solo lograba esconder la cabeza.

La única gata que no estaba interesada en el árbol era Umi, quien había descubierto las cajas brillantes y nuevas alrededor del árbol para gatos y saltaba de una a otra buscando la mejor.

Ninguno de los gatos había notado todavía las pequeñas bolsas. Cada una estaba hecha de una tela con un patrón diferente y tenía el nombre de uno de los gatos bordado. Adentro había juguetes nuevos, premios favoritos, cepillos y cintas, pelotas, conchas, un proyector pequeño que podía transformar el interior de una cueva para gatos en un cielo nocturno lleno de estrellas brillantes, cucharitas pequeñas, almohaditas con catnip o valeriana, ovillos de lana en todos los colores del arcoíris y otros pequeños detalles que Lynx esperaba que les encantaran a los gatos.

Cuando todos los gatos parecieron contentos con su lugar, Lynx decidió que era hora de abrir los regalos.

“¡Empecemos con Tiger! Es nuestro invitado especial, ¡debería ir primero!”

Los gatos maullaron en aprobación, así que Lynx salió de debajo de la manta y sacó el regalo de Tiger de debajo del árbol. El papel estaba un poco arrugado y torcido (*Lynx no era un experto en envolver regalos*), pero estaba hecho con amor, igual que lo que había dentro.

“Lynx, no tenías que regalarme nada.”

“Pero quería hacerlo. No es mucho, solo algo pequeño para que recuerdes el tiempo aquí, a los gatos... y a mí...” La voz de Lynx se fue apagando al final, pero le dio el regalo a Tiger con la sonrisa más brillante.

Lynx observó ansioso cómo Tiger desenvolvía su regalo. Tiger tuvo mucho cuidado con el papel, incluso lo dobló de nuevo antes de mirar realmente el regalo, y luego se quedó ahí sentado sin decir una palabra por un rato.

“¿Está mal? Lo siento si no te gusta, Tiger. Hace mucho que no dibujo, necesito practicar más, lo sé...”

Lynx se sintió mal y decepcionado consigo mismo, las lágrimas amenazaban con caer y todo era demasiado en ese momento. Así que Lynx hizo lo que solía hacer en momentos como ese: huyó.

Lynx ya estaba a mitad del jardín, con la cara mojada por las lágrimas, la nariz goteando, y habría corrido aún más lejos si Tiger no lo hubiera alcanzado y agarrado de la mano, impidiéndole escapar otra vez.

“Lynx... por favor, ¿puedes mirarme?”

Lynx negó con la cabeza.

“¿Al menos puedes darte vuelta?”

“¿Tengo que hacerlo?”

“¿Por favor?”

Lynx no lo vio, pero podía imaginar perfectamente el puchero y los ojos de cachorro de Tiger, así que se dio vuelta de mala gana, pero todavía no levantó la vista.

“Ahí estás. ¿Hmm?”

Lynx no sabía qué hacer consigo mismo. Quería correr, quería caer en los brazos de Tiger, quería que lo abrazaran, pero solo se quedó ahí, inmóvil.

“Lo siento por no haber dicho nada, Lynx. Pero no fue porque tu regalo fuera malo o porque no me gustara. Todo lo contrario. Solo me quedé sin palabras, asombrado, feliz, impresionado, conmovido y un poco abrumado, ¿tal vez?”

Tiger se acercó un poco más a Lynx.

“Nunca había recibido algo así, Lynx. El dibujo es hermoso, y capturaste a cada gato perfectamente. Ahora sé qué estabas dibujando tan en secreto. Me preguntaba por qué no querías mostrarles tus bocetos a los gatos ni a mí, ¿sabes?”

“¿De verdad te gusta?”

“No me gusta, lo amo, Lynx. Igual que todo lo que es tuyo. Lynx, podrías no haberme dado nada y habría estado bien, o solo un pedazo de carbón, y lo habría amado porque venía de ti.”

“¿Entonces estás diciendo que mi arte es como un pedazo de carbón?”

“¡No, Lynx! Estás perdiendo el punto...” Tiger se quedó callado un momento y se acercó aún más a Lynx. **“No quería decirlo así, porque tengo que irme pronto... Tenía este plan en la cabeza de irme solo por el tiempo más corto para contarle a mi familia sobre ti... Y luego volver, confesar y pedirte que me dejes quedarme, y ahora aquí estamos en tu jardín, parados en la nieve, los gatos nos están mirando desde las ventanas...”**

Lynx sintió calor por todo el cuerpo a pesar del frío de afuera. Escuchó e intentó comprender, pero su cerebro había dejado de funcionar. De repente, quedó envuelto en

los brazos fuertes de Tiger, justo como le gustaba, con labios rozando su frente, su nariz y sus mejillas.

“Me gustas muchísimo, Lynx. No, te amo. Capturaste mi corazón desde el primer momento que te vi, y me llenas de tanta felicidad y alegría. Es una locura porque apenas nos conocemos desde hace poco, pero quiero pasar mi vida contigo y con los gatos.”

“¿Qué estás diciendo?”

“Estoy diciendo que mi corazón es tuyo, lo ha sido desde el principio, y lo será para siempre si tú loquieres. ¿Loquieres, Lynx?”

Lynx asintió, incapaz de formar una oración, pero Tiger necesitaba más.

“Dilo, Lynx, por favor. Necesito oírlo aunque sea una vez.”

“Yo... lo quiero... Quiero que te quedes y seas mío y que cuides mi corazón, Tiger. Lo quiero muchísimo.”

“Entonces me tendrás, mi Lynx.”

Tiger lo abrazó un poco más fuerte y dejó caer más besos en su rostro.

“¿Puedo besarte, Lynx? Realmente quiero...”

Tiger no logró terminar lo que decía, porque Lynx reunió todo su amor, corazón y valentía para presionar sus labios contra los de Tiger de la forma más suave. Por un momento, todo alrededor de Lynx desapareció. Lo único que podía sentir eran los labios de Tiger, cálidos a pesar del frío, suaves y con un toque del chocolate que habían estado tomando antes. No fue más que un roce, pero hizo florecer flores en el corazón de Lynx, y esta vez no eran de hielo, sino que podrían haber llenado todo un prado en primavera.

Cuando levantó la vista hacia Tiger, pudo ver el rubor en sus mejillas reflejando lo que él sentía, y tuvo que frotar su nariz contra la de Tiger porque se veía demasiado adorable.

“Volvamos adentro, Lynx. Aunque quiero quedarme aquí contigo así, se está poniendo frío y estoy seguro de que los gatos ya están preocupados.”

Tiger le preparó otro chocolate caliente y envolvió a Lynx en la manta para que se calentara, mientras repartía los regalos a los gatos con mucha pompa y circunstancia. A los gatos les encantó y adoraron todos sus pequeños regalos también.

Cuando todo se calmó de nuevo, con cada gato cómodamente acostado en una de las cajas nuevas o en algún lugar del árbol para gatos, Tiger se levantó una vez más y sacó otra cajita pequeña que había estado escondida de la vista de Lynx hasta ese momento.

“Esto es para ti.”

Lynx miró a Tiger, luego a los gatos, luego al regalo. Estaba envuelto en papel verde oscuro que todavía parecía nuevo y decorado con una cinta roja brillante. Se veía demasiado bonito para abrirlo, así que Lynx lo sostuvo un rato más. Entonces sus ojos cayeron en la etiqueta. *“Para mi gato gruñón”* estaba escrito, y Lynx no estaba seguro de qué pensar al respecto.

“Pero... pensé... pensé que habías venido por los gatos, no... no por mí.”

“¿Recuerdas cuando me preguntaste sobre los gatos y te dije que mi favorito era el gruñón?”

“¡Oye! ¿Cómo iba a saber que te referías a mí? ¡No soy gruñón!”

“Sé que no lo eres. Solo fue mi primera impresión, y de alguna forma me pareció que el nombre te quedaba bien, lindo, igual que tú.”

“No soy lindo tampoco.”

“Pero sí lo eres, al menos para mí. Eres mi gato lindo y a veces gruñón, ¡y no cambiaría eso por nada en el mundo!”

“Todavía pienso que podrías haber dejado más claro que te gustaba” refunfuñó Lynx.

“Ahora ya sabes que has sido tú desde el principio.”

Capítulo 24: Noche 26 - El corazón de una madre

El aire en la habitación de su madre estaba rancio. Lynx no podía decir cuánto tiempo había pasado desde que había huido de esa habitación después de su primer intento de revisar las cosas de ella. Solo sabía que había sido mucho. Muchísimo. Recordaba el leve aroma de su perfume favorito, que todavía flotaba en el aire en ese entonces. Ahora también se había ido, igual que ella.

Lynx dio otro paso dentro de la habitación, con la presencia tranquilizadora de Tiger cerca de él. Agarraba la mano de Tiger como si su vida dependiera de ello y se sentía agradecido por su consuelo firme.

Los gatos habían rechazado la oferta de acompañarlos. Tal vez en el pasado habrían estado interesados en volver a jugar ahí o esconderse entre las cosas de su madre. Pero todos habían llorado su pérdida, sus corazones se habían sanado. Quizás no por completo, porque siempre la extrañarían a ella y a su amor, pero lo suficiente como para saber que ya no había nada que buscar para ellos en esa habitación.

Para Lynx era diferente.

Lynx todavía estaba en su camino de duelo y sanación. Todavía había cosas que quería saber, cosas que necesitaba ver. Tal vez una prueba de que su madre lo había amado alguna vez, o hasta el final. Que había pensado en él cuando estaba lejos. Que una parte de su corazón había sido su hogar, incluso cuando él no lo reconocía ni lo sentía.

Pero ese no era el plan para hoy. Hoy solo darían un primer paso, entrar, tal vez guardar su ropa en cajas o revisar algunos de sus libros. Nada demasiado pesado.

El día había comenzado con Lynx despertando en los brazos de Tiger, cálido, seguro, amado. Habían compartido unos minutos tranquilos, acurrucados bajo la manta, sin hablar, solo disfrutando de la cercanía del otro, antes de que Nami y Umi llegaran a recordarles sus deberes. Habían alimentado a los gatos y preparado el desayuno juntos. Lynx había puesto la mesa y hecho café mientras Tiger cocinaba otro festín para ellos.

Habían pasado por todas las tareas pequeñas y grandes juntos, sabiendo que sería la última vez por un tiempo con Tiger ahí. Y aunque había algo de tristeza en sus corazones, no era abrumadora. Sus miradas tímidas habían dado paso a sonrisas tiernas y caricias suaves.

Sus voces eran un poco más suaves ahora cuando hablaban, como si un solo sonido demasiado fuerte pudiera romper la calma que habían encontrado.

Lynx les había leído a los gatos y a Tiger mientras estaba sentado en el regazo de Tiger, para diversión de los gatos. Habían jugado otra ronda de escondite con reglas nuevas y Lynx uniéndose a ellos, habían bailado al ritmo de una de las canciones favoritas de Tiger y luego habían salido a hacer gatos de nieve, mientras los gatos de verdad los observaban desde las ventanas. Después, Tiger les había preparado chocolate caliente otra vez y, a mitad de su taza, Lynx de repente sintió el impulso de revisar algunas cosas de su madre.

Así que ahora estaban ahí, parados en su habitación, que les parecía tan ajena a ambos como si no solo hubieran viajado a otro país, sino a un universo completamente diferente.

“¿Estás bien?” preguntó Tiger, preocupado.

Lynx asintió. Su voz estaba atascada en la garganta, pero el calor tranquilo de Tiger lo envolvía como una manta, casi como una armadura, así que Lynx siguió adelante. Soltó la mano de Tiger, aunque de mala gana, y abrió el armario mientras Tiger comenzaba a armar algunas de las cajas.

Qué haría con la habitación una vez que estuviera vacía, Lynx aún no lo sabía. Tal vez se convertiría en la nueva habitación de huéspedes, para que Tiger pudiera hacer la actual su habitación permanente cuando regresara. Tal vez se convertiría en una especie de oficina o en una habitación para los gatos. El tiempo lo diría y traería una solución para eso, que no era necesaria por ahora.

El armario y la cómoda se vaciaron pronto, y la ropa se dividió en cosas que no se podían donar y aquellas que sí podrían encontrar un hogar con alguien más. A Lynx no le importaba ninguna de ellas, ya que no tenía ningún apego emocional a esas cosas.

Cuando Tiger bajó a buscar más cajas porque las primeras ya estaban llenas, Lynx aprovechó el momento para mirar alrededor. Había estado tan concentrado en el armario y en hacer algo que no había prestado atención a las demás cosas en la habitación de su madre.

Los cojines coloridos en su cama parecían que podrían ser un buen agregado para la sala o incluso para el café. En su mesita de noche había una foto poco común de Lynx sonriendo, una instantánea de uno de esos días en que no había habido discusiones entre ellos. El estante ocupaba toda la pared y estaba lleno de libros, archivos, cajas, recuerdos y souvenirs, calendarios viejos, álbumes de fotos, carpetas, algunos discos de vinilo y aún más fotos de Lynx a lo largo de los años.

Sobre la cama colgaba un tablero de corcho en la pared, decorado con postales, notas cortas, polaroids antiguas, dibujos y otras cosas. Lynx reconoció su propia letra en algunas, si no en la mayoría, y volvió la vista al estante. Los pequeños adornos que decoraban el estante eran todas cosas que él le había regalado alguna vez a su madre. Eran cosas de sus viajes, objetos que le habían recordado a ella o que a veces simplemente había agarrado a las apuradas, cuando todavía le preocupaba no volver con las manos vacías. Ella los había conservado todos. Cada cosa pequeña e insignificante seguía ahí. A diferencia de ella.

Por un segundo, Lynx sintió enojo hacia esas cosas porque ¿cómo podían seguir ahí cuando su madre ya no estaba? Pero entonces se dio cuenta de otra cosa, y el dolor punzante alrededor de su corazón empeoró aún más.

Esta era la habitación de su madre, la habitación de una mujer que había amado a los gatos, que había dedicado grandes partes de su vida y de su hogar a ellos. Toda la casa

estaba llena de cosas para gatos o con gatos en ellas, y por supuesto con gatos vivos también. Pero aquí, en su pequeño santuario personal, no había ni rastro de ningún gato. Lynx siempre se había sentido invisible en esa casa y en la vida de su madre, pero aquí, aquí estaba la evidencia de que ella lo había visto, de que debía haber sido de alguna forma querido para ella, o no habría convertido su habitación en un espacio para todos los recuerdos de él.

Lynx se dejó caer al suelo, apretándose el pecho. Sus ojos ardían, pero las lágrimas no caían. Ni siquiera notó que Tiger había regresado hasta que quedó envuelto en sus brazos fuertes.

Un rato después, Lynx se encontró sentado en el sofá de la sala, con una taza de té entre las manos y un Cheddar ronroneando en su regazo, mientras Tiger estaba a su lado con los brazos rodeándolo. La puerta de la habitación de su madre estaba cerrada otra vez, y las cajas nuevas seguían intactas. Por ahora.

Después de asegurarle a Tiger que estaba bien, solo un poco sacudido, se pusieron a preparar la apertura del café juntos. Se sentía como una noche normal entre ellos; la única diferencia era la bolsa que Tiger escondió detrás de la barra.

Tiger no había empacado todo lo que había traído para su estadía. Una o dos de sus camisas habían terminado milagrosamente en el armario de Lynx, y los regalos que había llevado al café ahora estaban cambiados por cosas que llevaría de regreso a su familia. También se llevaría partes de nueve corazones consigo, mientras dejaba partes del suyo con los gatos y con Lynx.

La noche fue tranquila. Aunque llegaron dos clientes más, Lynx tuvo tiempo de ver a Tiger jugar con los gatos una vez más. Podía sentir que los gatos necesitaban su propia despedida y los oyó susurrarse entre ellos y a Tiger.

Tiger se fue cuando la noche ya estaba casi terminando y los gatos se habían acomodado para dormir. Casi se sintió como la primera noche otra vez, pero esta vez reconoció a Lynx.

Se abrazaron por largos momentos, memorizando la forma y el aroma del otro, compartiendo su calor y un latido.

No hubo una despedida llorosa, solo un suave “*nos vemos pronto*” lleno de esperanza y amor.

Lynx vio a Tiger irse, lo vio salir y alejarse antes de cerrar la puerta con un suave tirón, y una vez más quedó solo en el café. Solo con ocho gatos, un corazón en proceso de sanación y la promesa de que el amor regresaría pronto.

Capítulo 25: Los gatos silenciosos

Toda la casa estaba en silencio. Demasiado silencio para el gusto de Lynx.

Afuera, una tormenta de nieve rugía con fuerza. Era como si el frío que alguna vez había vivido dentro de su corazón ahora intentara volver a entrar. Pero no tenía ninguna oportunidad, porque en el corazón de Lynx ardía un fuego.

Afuera, el viento aullaba alrededor de la casa y los copos de nieve danzaban al ritmo de una melodía demasiado rápida para los oídos de Lynx. Pero adentro, adentro, no se escuchaba ni un solo sonido.

Donde antes los gatos jugaban y maullaban, ahora reinaba el silencio.

Era la cuarta noche desde que Tiger se había ido, y por más que Lynx intentara todo, los gatos no habían pronunciado ni una sola palabra. No era que hubiera vuelto a no entenderlos; simplemente habían dejado de maullar por completo.

Ya fuera que les ofreciera premios extra, les propusiera jugar algunos de los juegos que Tiger había inventado para ellos, o les contara sus ideas para el café, los gatos permanecían en silencio. Incluso cuando tomó el libro que Tiger les había regalado y les leyó un cuento corto de crímenes, apenas reaccionaron. No hubo adivinanzas, ni comentarios sobre sus voces, ni quejas de que la historia era demasiado corta. Lynx ni siquiera estaba seguro de que lo estuvieran escuchando. Lo único que podía decir era que todos tenían la mirada fija en el sillón vacío que estaba junto al suyo.

Los gatos extrañaban a Tiger. Eso estaba claro para Lynx. Él también lo extrañaba, pero al mismo tiempo estaba convencido de que regresaría pronto. Los gatos parecían no estar tan seguros, aunque Tiger había hecho todo lo posible por tranquilizarlos.

Lynx volvía a despertarse en una cama vacía por las mañanas que se sentía demasiado grande y fría sin Tiger a su lado. Cuando se preparaba una taza de café, a veces hacía dos y solo se daba cuenta cuando intentaba pasarle la segunda a Tiger, que no estaba. Su cuaderno de bocetos se iba llenando poco a poco de dibujos de Tiger, a menudo adornados con pequeños corazones, y seguía escuchando las listas de reproducción que Tiger había hecho para ellos.

Se había permitido un día de tristeza y duelo después de la partida de Tiger, pero al ver lo afectados que estaban los gatos, apartó la tristeza para que no tuvieran que preocuparse también por él.

Lynx no recordaba haber hablado tanto en su vida como en los días posteriores a la partida de Tiger. Les contaba a los gatos sobre sus sueños, sobre sus planes para la cena, ideas para nuevas recetas que quería probar o diferentes bebidas para el café. A veces incluso dejaba caer alguna pregunta sobre el pasado y su madre, esperando que eso los animara a hablar, pero no funcionaba.

Ni siquiera la consulta con el Dr. Pom, el veterinario, logró tranquilizarlo del todo. El único consejo que le dio fue que les diera tiempo para llorar la ausencia de Tiger y que recordara cómo habían reaccionado después de la muerte de su madre. Aunque en esa ocasión cada gato había llorado de forma diferente y ahora todos actuaban igual, eso no parecía preocuparle demasiado al Dr. Pom.

“Es una situación diferente, claro, y sus reacciones también lo son.”

“¿Incluso Lyka, que solo conoció a Tiger por unos pocos días? No habría pensado que ella se viera tan afectada como los demás.”

“¿Y quiénes somos nosotros para entender el corazón de un gato, Lynx? Solo somos humanos, y ni siquiera nuestros propios corazones dejan de ser un misterio la mayor parte del tiempo, ¿no crees?”

Lynx no tuvo respuesta para eso. Intentó demostrarles a los gatos que Tiger no había sido olvidado manteniendo las rutinas que habían creado juntos. Se sentaba a comer con calma, dedicaba tiempo a preparar y disfrutar sus comidas. Construyó más gatos de nieve en el jardín y les puso pequeñas luces para que brillaran de noche. Colocó uno de los dibujos de Tiger con todos los gatos en un estante del salón y hasta invitó a los gatos a ayudarlo a cocinar. Nada de eso cambió las cosas.

Solo después de recordar cómo actuaba Tiger con los gatos, Lynx fue cambiando poco a poco su enfoque. Se echó a dormir una siesta en una alfombra junto a Moomii y soñó con la sonrisa de Tiger. Construyó un fuerte de almohadas y puso el proyector pequeño adentro para ver estrellas junto a Celeste. Llevó su cuaderno de bocetos al cuarto de lavado y dibujó apoyado contra la canasta donde dormía Cheddar. Puso una silla junto a la ventana y se sentó allí a mirar el mundo exterior con Nami. Se cepilló el cabello al mismo tiempo que a Lady y hasta se puso algunos listones rosas en sus rizos, iguales a los que a ella le encantaban. Buscó entre la colección de conchas de su madre una hermosa para Umi y se sentó a su lado, con una concha más grande pegada a la oreja para escuchar el sonido de las olas, mientras le leía poemas sobre el mar. Incluso encontró lana y buscó un patrón para tejer una bufanda para Cat, en un color que combinara con sus mitones favoritos. Aunque tuvo que empezar de nuevo muchas veces y las filas salieron dispares al principio, Lynx lo consideró un éxito cuando Cat comenzó a jugar con la madeja de lana. Con Lyka todavía no sabía qué le gustaba, así

que simplemente la acompañaba en sus paseos por la casa y le contaba historias sobre el café y los otros gatos. A veces dejaba cosas afuera a propósito o cambiaba cómo habían sucedido las cosas, esperando alguna reacción de los demás gatos.

Solo por las noches, dentro del café, los gatos estaban un poco menos apagados. Cada vez que se abría la puerta, se ponían alerta, claramente esperando ver entrar a Tiger... igual que él, si era honesto consigo mismo. Siempre tragaba la decepción y los suspiros que querían escapar, y recibía a cada cliente con una sonrisa cálida. Y aunque los gatos se acercaban un poco más despacio a los invitados, seguían ofreciéndoles consuelo y calidez.

Pasó más de una semana así antes de que Lynx finalmente notara un cambio en el comportamiento de los gatos.

Empezó de a poco: un gato durmiendo en una almohada junto a él por la noche, o uno sentándose en su regazo durante el desayuno. Uno tras otro se acercaron a acurrucarse, a recibir caricias en la cabeza y frotadas en la barbilla, y a disfrutar del amor de Lynx.

“Me alegra mucho que se sientan un poco mejor ahora. Estuvo muy solitario aquí sin ustedes.”

“Pero Lynx, nosotros nunca nos fuimos...” dijo Umi.

“Lo sé. Pero no se sentía como si estuvieran aquí.”

“Solo extrañamos muchísimo a Tiger” intentó explicar Cheddar.

“Yo también lo extraño. ¿Saben? Hay un hueco enorme con forma de Tiger en mi corazón y no puedo esperar a que vuelva con nosotros.”

“¿Va a volver, verdad, Lynx?” preguntó Moomii.

“Claro que va a volver. Nos lo prometió, ¿no? Y Tiger es de los que cumplen su palabra.”

“Pero ¿cuándo, Lynx? ¿Cuándo va a volver?” preguntó Nami con un suspiro.

“Pronto. Va a volver pronto.”

“¿No puedes hacer que vuelva más rápido, Lynx?” preguntó Lady con un tono casi exigente.

“Ojalá pudiera. Pero todos nos aseguramos de que sepa cuánto lo queremos y lo valoramos aquí, y estoy seguro de que también nos extraña. Así que démosle el tiempo que necesita para arreglar sus cosas y volver con nosotros, ¿de acuerdo?”

Un coro suave de maullidos afirmativos resonó en la sala.

“Solo una cosa. ¿Podrían, tal vez, no volver a dejar de hablarme... ni hablar en general? Me preocupé muchísimo estos días por ustedes.”

“Los maullidos lo sienten” dijo Lyka.

“No, no, no tienen que disculparse. Entiendo que estaban de duelo. Solo busquen alguna forma de dejarme saber cómo están o si hay algo que pueda hacer para que sea más fácil para ustedes. ¿Está bien? Aunque debo admitir que espero que nunca volvamos a pasar por algo así.”

“No nos quedaremos callados otra vez, Lynx. Solo un poco más callados de vez en cuando” dijo Cheddar.

“Y tenemos que agradecerte” agregó Celeste. **“Gracias por cuidarnos tan bien.”**

“Gracias por querernos a tu manera” dijo Cat.

“Gracias por convertir este lugar otra vez en un hogar para nosotros” añadió Umi.

Afuera, el frío seguía rugiendo. Pero adentro, nueve corazones se habían vuelto a conectar a través del amor y la confianza, y juntos esperaban a que el décimo corazón regresara a casa para completar su familia felina.

Capítulo 26: El regreso del sol

La primavera finalmente había regresado a la pequeña casa en el prado bajo las Luces del Norte. La nieve se había derretido, los gatos de nieve ahora solo eran parte de un recuerdo, y el frío se iba retirando poco a poco. Aquí y allá ya se notaban los primeros signos coloridos. Los campanillas de invierno florecían en pequeños grupos por todo el jardín. Los crocus morados, blancos y amarillos en flor convertían el prado en una manta multicolor.

Entre ellos, algunas manchas azules eran las primeras *Scilla*. Cuando Lynx se sentaba en el porche con los gatos, se podía ver a Celeste caminar entre esas flores que parecían diminutas estrellas azules en flor.

Cheddar había encontrado un lugar bonito en un árbol al fondo del jardín desde donde podía observar todo.

Los demás gatos todavía sólo se aventuraban en salidas cortas al jardín. Preferían quedarse sentados en el porche con Lynx, cada uno en su propio cojín, absorbiendo el calor del sol.

El invierno había sido largo y frío ese año. Una tormenta de nieve tras otra había golpeado la casa, y en un momento Lynx incluso tuvo que quitar la nieve del tejado para que no se derrumbara. Lynx se habría sentido más seguro si alguien hubiera estado ahí para ayudarlo, pero lo logró solo y celebró esa victoria con una taza de chocolate caliente siguiendo la receta de Tiger.

Tiger. Ese hombre seguía viviendo en su corazón y en sus sueños día y noche. El amor de Lynx no había disminuido ni un poco aunque Tiger aún no había regresado al café en todo ese tiempo.

Cuando las *Luces del Norte* se encendían sobre el café, Lynx todavía las observaba desde la ventana con asombro. No habían perdido su belleza, aunque su sueño de verlas había cambiado. Ya no deseaba verlas solo. Ahora Tiger también estaba en ese sueño. Y cuando veía las luces doradas de su vínculo girando entre los brillantes colores del cielo, sabía que Tiger estaba en algún lugar, extrañándolo y pensando en él y en los gatos también.

Para sorpresa de Lynx, Sand había regresado dos veces desde su primera visita. Una antes de otro concierto para llenarse de mimos de gatos y tomar una bebida caliente, y otra justo antes de ir a recoger a Ray del centro de rehabilitación por un día, queriendo sorprenderlo con un café del lugar del que seguía hablando tanto. Lynx había preparado las bebidas con mucho cuidado, incluso incluyó algunos bocaditos y una invitación permanente para que Sand y Ray vinieran de visita cuando Ray terminara la rehabilitación y estuviera listo para conocerlos.

“Dale unos abrazos extra de parte de los gatos y de mí, y dile que nos encantaría volver a verlo.”

“Oh, créeme, recibe todos los abrazos y mimos que quiere. Nunca resisto esos ojos suplicantes por mucho tiempo.” Sand se había reído, seguramente pensando en Ray, y Lynx había recordado todas las veces que Tiger lo había atacado con sus ojos de cachorrito. Lynx sabía exactamente cómo se sentía Sand; era casi imposible resistirse a esos ojos.

“¿Alguna noticia de Tiger?”

“Aún no.”

“Ray va a maldecirlo otra vez cuando se lo cuente. Te está apoyando desde lejos, ¿sabes?”

“Dile que no hace falta. Sé que Tiger va a volver. Un día simplemente entrará al café como si nunca se hubiera ido, con su sonrisa cálida y esos hoyuelos tan lindos...” Los ojos de Lynx se volvieron soñadores mientras imaginaba cómo sería cuando Tiger regresara. **“Pero igual agradezco su apoyo. Sin Ray, tal vez me habría tomado más tiempo dejar entrar a Tiger dentro de mis muros...”**

“Aun así, no debería hacerte esperar tanto.”

“Está bien. Que hayan pasado algunas semanas aquí no significa que sea lo mismo para él. El tiempo se mueve...”

“Diferente aquí, lo recuerdo.”

Lynx pasaba sus días con una suavidad recién encontrada. No estaba esperando a Tiger exactamente, pero siempre era consciente de su ausencia. Había rincones, pensamientos, sueños y lugares que solo él podía llenar. A veces sentía que esos espacios crecían con cada día que pasaba sin Tiger, y con ellos también crecía el dolor en su corazón. Anhelaba que Tiger lo abrazara de nuevo, verlo cada mañana al despertar, escuchar su risa y sus conversaciones tontas con los gatos, sentir su calor otra vez y perderse en sus hermosos ojos.

Cuando el dolor se volvía demasiado, Lynx se ponía más activo para distraerse. Cambiaba las decoraciones del café, practicaba nuevos diseños de arte en el café y modificaba el menú. Limpiaba la habitación de Tiger y la preparaba para su regreso agregando otro estante, algunas fotos y otros pequeños detalles para hacerla un poco más acogedora.

Los gatos estaban a su lado en todo momento. El fuerte de almohadas se había convertido en un elemento permanente en la sala, y a menudo dormían la siesta ahí juntos mientras el proyector les mostraba las estrellas. Todavía se unía a Nami en la ventana y a Cheddar en el cuarto de lavado para momentos tranquilos, y había tejido una bufanda para cada gato en su color favorito, aunque normalmente era Cat quien dormía sobre ellas. Se divertía tomando fotos de Lyka y los demás gatos para agregarla a la galería de gatos del café, e incluso intentó terminar la alfombra que su madre había empezado alguna vez. Definitivamente no era su mejor trabajo, pero a Moomii le encantaba la alfombra sin importar lo torcida que estuviera.

El día en que Tiger finalmente regresó a Lynx y a los gatos fue un día completamente normal. Nada especial había pasado que pudiera considerarse una señal. Por eso Lynx

estaba totalmente desprevenido cuando Tiger entró al café mientras él acababa de servir un café de naranja y vainilla a uno de los clientes. Lynx solo alcanzó a dejar la taza con el resto de su fuerza de voluntad antes de correr hacia Tiger y saltar directo a sus brazos abiertos.

Por una vez, fue más rápido que los gatos, que o bien se tomaron su tiempo o les dieron espacio para saludarse.

“Estás de vuelta. ¡Por fin estás de vuelta! ¡Te extrañé tanto, Tiger!”

“Yo también te extrañé. A ti y a los gatos. Pero sobre todo a ti. Lo siento por tardar tanto en volver.”

“No importa. Ahora estás aquí. Eso es lo único que cuenta.” Lynx enterró su rostro en el cuello de Tiger e inhaló su aroma. **“Te vas a quedar ahora, ¿verdad?”**

“Sí, Lynx. Me voy a quedar aquí contigo. Aunque mi familia quiere que los visitemos y también conocer a los gatos, pero eso puede ser para después. Mucho después. Ahora debería meter mis cosas adentro, o van a bloquear la puerta.”

“¿Eso significa que tengo que soltarte?”

“Me temo que sí.”

“No. No creo. Tus cosas pueden esperar. Necesito que me abras un poco más.”

¿Y quién era Tiger para negárselo?

Siguieron abrazándose, llenando sus corazones con la presencia del otro para calmar el anhelo por un momento.

Solo cuando los gatos exigieron su parte de mimos de bienvenida y otro cliente quiso pedir, Lynx soltó a regañadientes a Tiger. Preparó la bebida mientras Tiger se reconnectaba con los gatos, y cuando todos estuvieron contentos, lo ayudó a meter sus cosas adentro.

Realmente parecía que Tiger se estaba mudando. Había traído una maleta grande, varias bolsas y cajas que se apilaban afuera del café. Las llevaron adentro y las acomodaron, y Tiger se sentó en su rincón habitual hasta que el café cerró. Pidió otro de los favoritos de Lynx solo para molestarlo un poco y lo observó toda la noche, mientras los gatos le contaban las cosas que habían pasado mientras él estuvo ausente.

Volvieron a su ritmo casi sin tropiezos, con Tiger reclamando de nuevo los rincones y esquinas de sus vidas y corazones. Lynx y Tiger demostraron otra vez lo buen equipo

que eran, trabajando juntos dentro y fuera del café, compartiendo sus sueños y esperanzas y amándose. Todavía había muchas cosas que tenían que aprender el uno del otro, pero ahora tenían todo el tiempo que necesitaban y querían, ya que Tiger se quedaba para siempre.

Tiger no solo había hecho suya la habitación de invitados, sino toda la casa su hogar. Sus cosas aparecían por todos lados, y cada vez que Lynx encontraba algo suyo, lo llenaba de una felicidad inmensa.

Los gatos también estaban felices de tener a Tiger de vuelta. Lo único que a veces reclamaban en tono de broma era que ahora era mucho más difícil sacarlos de la cama por las mañanas para darles de comer, y a veces tenían que esperar un rato antes de que se abriera la puerta del cuarto de Lynx para poder entrar.

Sand y Ray regresaban a menudo al café para tomar su dosis de café y mimos de gatos. Habían empezado a pensar en adoptar uno algún día en el futuro, cuando sus vidas estuvieran un poco más estables, y creían que visitar el café era una buena práctica para después.

Al principio, Ray había tratado a Tiger un poco más frío. Le tomó algo de tiempo perdonarlo por haber hecho esperar tanto a Lynx. Pero cuanto más veía cuánto amaba y adoraba Tiger a Lynx, más se suavizaba su corazón hacia él, y pronto también se hicieron buenos amigos.

Una tarde de domingo en verano, el café abrió un poco más temprano de lo habitual y recibió a la familia de Tiger para su primera visita. Lynx había estado tímido al principio, escondiéndose detrás de Tiger todo lo que podía. Pero pronto quedó claro que él había heredado su calidez y bondad de sus padres, quienes trataron a Lynx y a los gatos con casi tanto amor y ternura como Tiger.

No había forma de que Lynx no los quisiera.

Incluso Akk y Ayan regresaron al café dos veces. El peso sobre sus hombros había desaparecido, se veían mucho más relajados y felices, ahora vistiendo el uniforme universitario. Compartían sus bebidas y bocaditos, y se tomaban de la mano bajo la mesa, para diversión de los gatos y de Lynx. Verlos felices y enamorados así hacía inmensamente feliz a Lynx también, y le recordaba una vez más la importancia de su pequeño café para todas las almas perdidas y solitarias.

Ver a Alan y Gaipa regresar al café juntos no era algo que Lynx hubiera esperado alguna vez. Pero ahí parecían encajar muy bien, y había una calma y facilidad a su alrededor similar a la burbuja de calidez que él compartía con Tiger. Se habían encontrado inesperadamente, y cuando se dieron cuenta de que ambos conocían el café con los

gatos, de que ambos lo habían encontrado en el momento más difícil de sus vidas, juraron volver una vez más juntos para mostrar su gratitud.

Años después, incluso Kant regresaría, y traería consigo a su pareja, aquella de la que había soñado en el café alguna vez. Su compañero se escondía entre los gatos durante toda la visita, sus ojos atormentados se calmaban un poco al tocar suavemente su pelaje. Lynx no sabía qué le había pasado, pero se alegraba de que Kant estuviera ahí para sostenerlo con su amor, tal como Tiger siempre lo sostenía a él.

A veces, cuando Lynx despertaba de una pesadilla, recordaba la soledad y el frío del pasado. Pero bastaba un toque de Tiger, un beso tierno o una palabra suave de él, para recordarle que eso había sido solo eso: una pesadilla de un pasado ya lejano.

El corazón de Lynx estaba lleno ahora. Lleno de amor por el hombre a su lado, por los gatos, sus amigos y la familia que ahora también era suya. Sus días estaban llenos de alegría y risas. A veces lágrimas también, pero nunca duraban mucho.

Tomar el control del café nunca había sido su sueño, pero ahora Lynx pensaba que había sido lo mejor que le había pasado en la vida, porque le había dado un hogar. Un hogar hecho de mimos de gatos, abrazos suaves, besos tiernos y, sobre todo, amor, muchísimo amor.

FIN